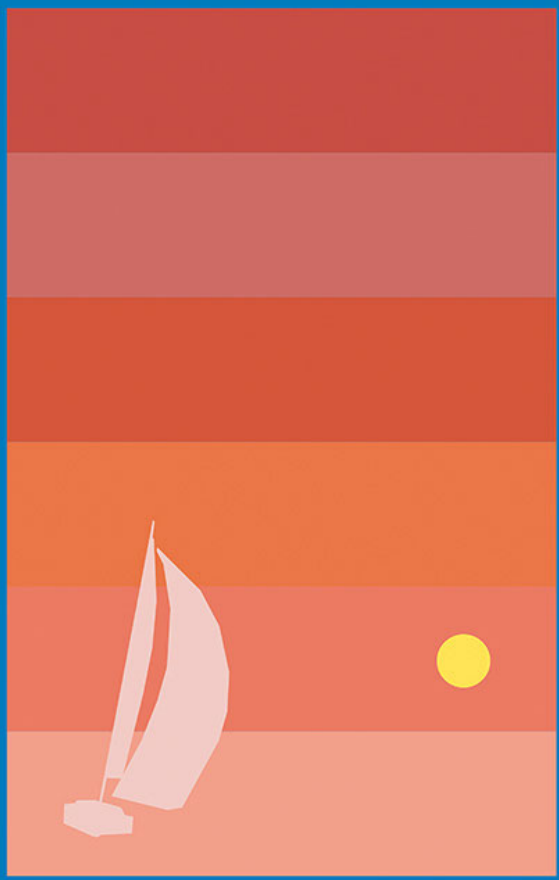
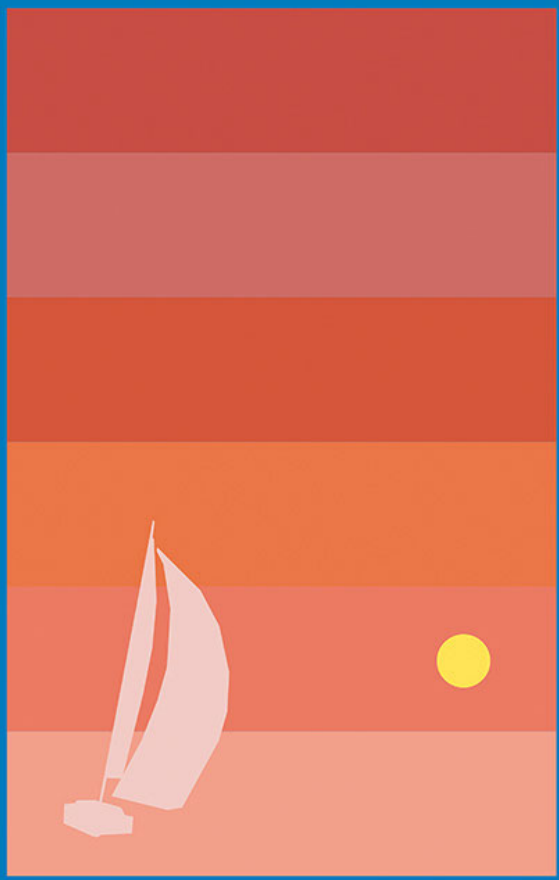
NADA IMPORTA

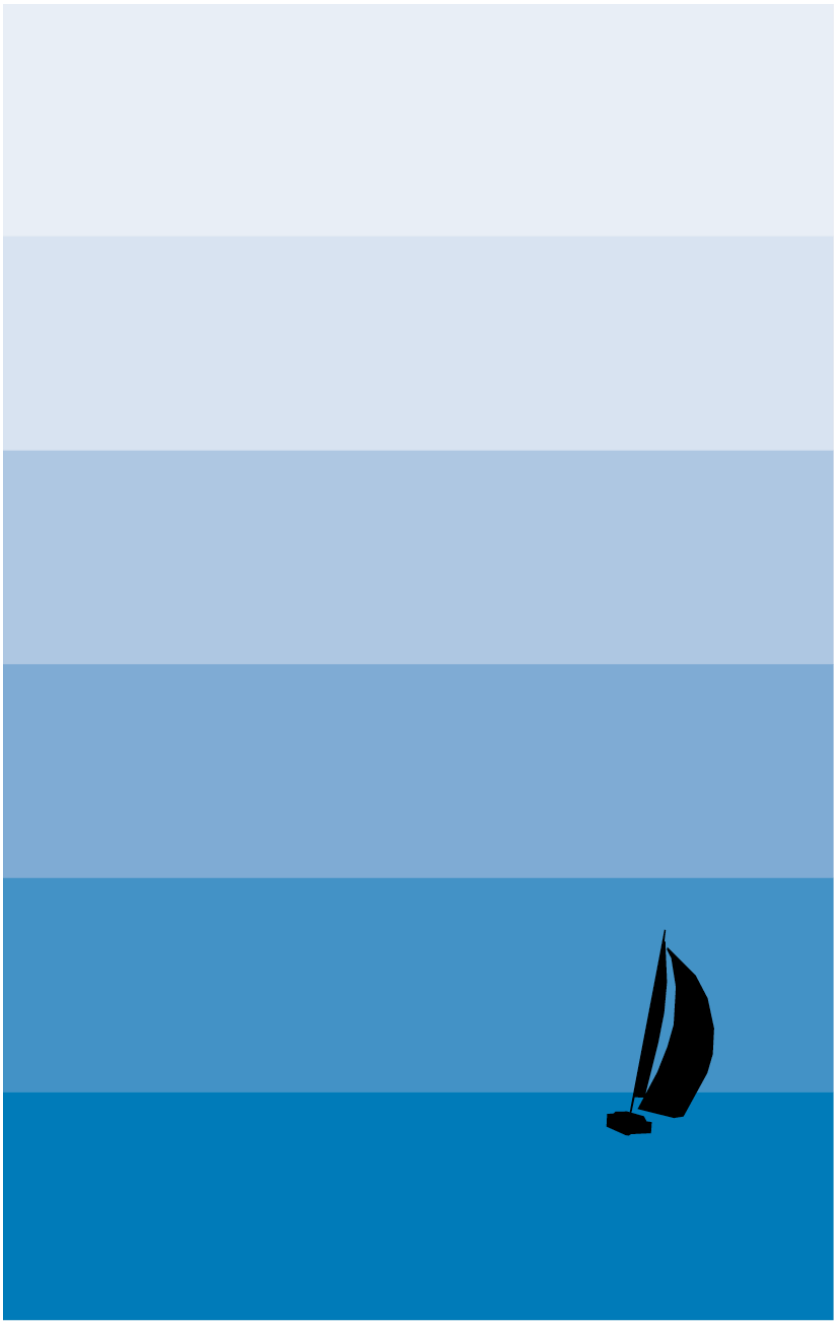


JESÚS TERRÉS

NADA IMPORTA



JESÚS TERRÉS



© Círculo de Tiza

© Del texto: Jesús Terrés

© De la fotografía: Tramontana

© De la ilustración: @nataliabosquesart

Primera edición: julio 2020

Diseño de cubierta: Miguel Sánchez Lindo

Maquetación: María Torre Sarmiento

Impreso en España por Kadmos, S.C.L.

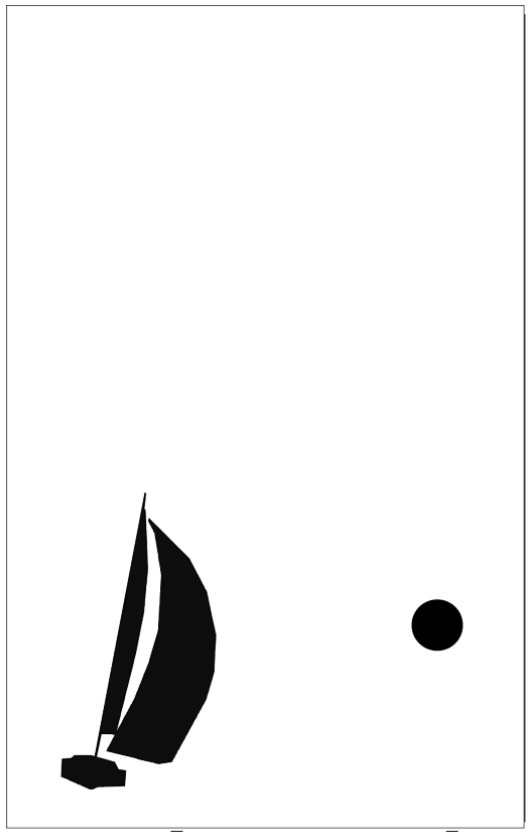
ISBN: 978-84-121034-7-2

E-ISBN: 978-84-121034-8-9

Depósito legal: En trámite

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra ni su almacenamiento, tratamiento o transmisión de ninguna manera ni por ningún modo, ya sea electrónico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa por escrito de la sociedad.

NADA IMPORTA



JESÚS TERRÉS

Para Laura

ROYAL
lalaliabosque

Nota del autor

Escribir fue una de las pocas certezas que sobrevivió a la etapa que recorren estos artículos; afuera hace frío y las letras dan calor. Y cobijo. No podía dejar de buscarlo -el calor- porque no veía otra salida, os prometo que no la veía: por eso tras cada viaje, cada página y cada calambre latía esta prisa por vivir, yo solo quería salvarme. Quizá por eso tengo grabada a fuego aquella sentencia de Antonio Lucas en torno a Chet Baker: «Dame sorpresa. Regálame vértigo».

El tiempo pasó, abracé la consciencia y la certeza —esta vez sí— de que el amor es la única excusa y de que, en realidad, solo hay un viaje. Nunca lo había visto así, pero estos días de relecturas y memorias entiendo que, de alguna manera, este es un diario de vértigos y una celebración de lo cotidiano, la belleza como consuelo, el lado fresco de las sábanas y la única religión que ya profeso: la de la piel erizada. Ha sucedido exactamente lo mismo a lo largo del confinamiento que coincidió con la edición de este libro: ante un mundo tan ajeno solo nos queda, de nuevo, vivir. Y escribir.

No te vendas

Sucedió hace apenas treinta horas en una mesa frente a Gràcia, en la indescriptible sala de Moments. Frente a nosotros, un padre con su hija (¿seis años?); él le explicaba los platos, ella atendía con los ojos muy abiertos, inmensos ojos. Aislados del resto del universo, nada existía más allá de la isla que era su mesa. Nada más. Nada menos.

No tengo hijas, pero sí un folio en blanco. Aquí va una carta para ella, para ti. Ojalá un día la leas:

Viaja, viaja sin descanso. Viaja sola y acompañada, en familia y enamorada (no existe nada mejor). Viaja con amigos y también —por qué no— con un amante. Viaja en primera, pero también en apestosos trenes regionales. Tienes que conocer La Mamounia y ver caer el atardecer en la terraza del Fortuny, con un Bellini en la mano (yo me encargaré de esto). Viajar es la única cura (bueno, y unos cuantos libros) que he conocido contra la estupidez.

No acumules trastos, no tengas dos armarios, no pierdas el tiempo soñando con un vestidor. Solo son cosas, no te definen. Y quizá esta sea la lección más difícil de aprender (a mí me costó toda una vida). Las cosas solo son cosas: no tengas miedo a deshacerte de ellas, a lo único que has de tener miedo es a no acumular calambres.

No te midas, no dejes cosas por decir, saca la basura —ya— de la alfombra. Aún no lo ves, pero la vida es muy corta y un día la medirás por las cosas que no hiciste. Ojalá te salgan las cuentas.

Paga tus deudas, aprende a decir no (es lo que diferencia a un tarugo de un rey); recuerda siempre que nadie te debe nada. Sé fiel. A tu pareja, a tus valores, a tu gente y (también) a ti misma. Esa fidelidad inquebrantable es la única vía que yo he conocido para dormir bien por las noches. Y qué placer, qué importante es dormir bien por las noches.

Lo de la sangre —por mucho que a tu padre le fascine El Padrino—

es una soberana estupidez. Tu familia es tu gente, y tu gente son los que se partirían la cara por ti en cualquier situación. Nada vale tanto como un buen amigo. Nada.

Bebe vino, aprende a comer, cocina para otros. Tienes que probar el rodaballo de Elkano, la cocina de Ángel León y la elegancia de Quique Dacosta; las locuras de Dabiz Muñoz y la esencialidad de Josean Alija. Caerte en los baches de Cádiz y recorrer las tabernas de la calle Laurel, patear las calles de «lo viejo» en Donosti y fondear la ría de Vigo. Michel Bras en Laguiole, De Kas en Ámsterdam, las tabernas de Shibuya y las barras en el Soho. Come, siempre que puedas, frente al mar. Todo es más fácil frente al mar.

Dedica tu vida a los animales. Cada minuto perdido con ellos valdrá un millón de veces más que muchas de las personas que habitarán tus días.

Es inevitable: la música será tu vida. Escucha lo que sea que escuches —no hagas caso a los carcas—, pero haz hueco para Chet Baker, Coltrane, Morricone, Dylan, Miles Davis, Mozart y los Smiths. No hagas caso a los infelices que te digan (lo harán, créeme) que no hay que escuchar esto o lo otro. Si te emociona, me sirve.

El cine. El cine —ya lo sabes— fue el mejor diván que pudo tener tu padre: una sala oscura, el silencio, unos títulos de crédito. Las veremos juntos, pero aquí te dejo una letanía: Rojo, Amour, La última noche, Cuentos de la luna pálida de agosto, Chihiro, El gatopardo, Fresas salvajes, Nelly y el Sr. Arnaud, Los puentes de Madison, Dublineses, Hannah y sus hermanas, Dersu Uzala, El río, Tierras de penumbra, Big Fish, todo Wilder, todo Hitchcock, todo Pixar, todo Buñuel, todo Erice, todo Kubrick. Y claro, El Padrino, aquella pequeña obsesión de tu viejo.

Escribe, escribe sin descanso. No esperes un tema ni una excusa ni un trabajo: sencillamente escribe. Créeme, todo es más fácil cuando lo ves sobre el papel. Lee hasta que se te caigan los párpados, no lo dejes cuando la vida te reclame horarios (lo hacen tantos…). Que leer no sea un recuerdo de tu juventud, que sea una necesidad, una sed: no hay otro camino y nunca lo hubo.

No es lo que miras, es cómo lo miras. Aprende a mirar. Y a mirar se aprende mirando: exposiciones, calles, vidas, cafés, lienzos, amaneceres y portazos. Un pequeño truco: cuatro ojos ven más que dos.

Aprende a sobrevivir («Quien resiste, gana», en la tumba de Cela), pero que nunca sea suficiente: has de vivir.

Te van a hacer daño —es inevitable—, pero te levantarás. Yo estaré ahí, ayudándote un millón de veces. No pretendo que no caigas, tan solo que aprendas una lección, por pequeña que sea, tras cada caída. Esas lecciones serán tu tesoro.

Date entera.

Y, por lo que más quieras, nunca te vendas.

Prenderse

No seas así. El mundo es de los locos. Préndete. El exceso (recuerda) es nuestro único argumento. «Time to get drunk!». Solo es un rato. La noche es una escuela de vida. Una y a casa. ¿A qué tienes miedo? «Atacar naves en llamas más allá Orión» y toda la vaina de la vela es más vela cuando se consume y si no arde pa qué. Qué haces aquí si no es para arder, qué haces aquí si no te prendes. Pero es que yo no sé si quiero.

No salgo de fiesta —y no pasa nada—, pero esta certeza es más nueva que otra cosa; esta resolución llega con la letanía de la madurez, tanto tiempo perdido y este preguntarse sin piedad por cada cosa (y cada persona) que veo a mi alrededor. No pienso dejar pregunta por hacer ni puerta por abrir: es que no quiero una casa con habitaciones cerradas. Entonces (mi entonces, digo) parecía que la única consigna posible era resignarse, aplaudir en coro y correr sin mirar mucho atrás, no vaya a ser. Supongo que debíamos tanto a aquel verso de Charles Baudelaire: «Hay que ser sublime sin interrupción».

A ver, la verdad: nunca me gustó salir (en el sentido más estricto y popular del salir), pero al final siempre llegaba la rendición porque cómo quedarse en casa si tampoco tenía muy claro qué era eso del hogar. Por unas o por otras, siempre ganaba el contrato de lo esperado y la lucha infatigable contra el miedo a vivir, estábamos cagados, pero no lo veíamos; qué poquito veíamos y qué lejos de aquella certeza de Montherlant, «la felicidad escribe en blanco».

Hoy entiendo que arder tiene poco que ver con lo de ocurre fuera y casi todo con la luz de dentro. Arder: «experimentar una pasión o un sentimiento muy intensos»: no puede ser nunca un compromiso porque sin oxígeno no puede haber llama. Si no eliges tu vehemencia, qué escuela de vida ni qué narices. No salgo de fiesta (y no pasa nada), pero qué mal asunto si no eres absolutamente consciente de que los días pasan, de que no habrá segunda parte.

Préndete. Tira todo lo que sobra, no hagas planes y no vendas tan caros los «te quiero». Vuelve a los discos que te emocionaron, a los libros de saldo y a pasear sin el móvil en mano: no te preocupes tanto por lo urgente, que el deadline hace honor a su nombre. Pierde una tarde, desayuna dos (tres) veces y gasta hasta lo imprudente, porque la vida no entiende de cautelas. Ve al cine, corre sin más meta que correr y perdona hasta casi lo imperdonable: tendrás que empezar por ti mismo. Olvida los desengaños (no los tapes, pero tampoco dejes que te ahoguen, porque es lo que hacen) y deja estar a los dementores —la gente tóxica lo es porque tiene espacio. Y el tuyo es infinito—. Sé breve, sé amable. Recuerda que uno se define por lo que hace, pero también por lo que siente: no tengas miedo.

Cosas que no he hecho

Son tantas las cosas que no he hecho y que he mantenido cobijadas, bajo la manta, sin saber muy bien por qué. Pero queman; quizá porque duelen ahí encerradas, porque atormenta el runrún de las cosas que no hiciste. Y que quizá nunca hagas. Pero qué narices, «alta la fe y el corazón en punto» y las cartas, sobre la mesa:

Pasar página. Acabar de una vez La broma infinita, ser padre, viajar a Tokio, un nigiri en la barra Jiro Ono, comer en la Osteria Francescana, cuidar (de verdad) a mis amigos. Decir que no —sin remilgos—, adoptar un perro, un verano en Sicilia, escribir un cómic y contarle despacito a mi madre que, por poco que la vea, si un día me falta, muero. Comprar un original de David Mazzucchelli, vivir en La Viña, meditar sin prisas, cruzar el Loire en barco (Comté y Chenin Blanc en la cubitera, muchos hielos, ningún apremio), vivir un puñado de meses en un hotel y, por qué no, correr cuarenta y tantos kilómetros. Ir al London Jazz Festival, a un concierto de Amos Lee; controlar las expectativas, follar en un ascensor, Treme de David Simon, Menorca en invierno y toda la filmografía de Ozu. Camarón hasta lo más hondo, aprender a pescar, vivir con panache (bravura modesta, vitalidad y sentido del humor frente a la adversidad, que decía Cyrano de Bergerac) y perdonar sin reservas. Tantas cosas.

¿Empezamos?

Por qué seguir

Cambios. A lo largo de las últimas semanas han fallecido en mi entorno cercano dos personas; gente que quiero se me va fuera y crecen aquí dentro (tras la coraza). Más preguntas sin respuesta, esas que medran despacito tras el silencio; esas que no llevan a ningún sitio. Esas que son precisamente las que mejor te definen, y precisamente hoy un buen amigo me ruega unas palabras, negro sobre blanco. La respuesta a una pregunta: «¿Por qué seguir?». Tan fácil, tan difícil. Por qué seguir.

Imposible no arrancar este desarme con el recuerdo de aquella secuencia de Manhattan (1979) que tantos tenemos tatuada en el recuerdo. Woody Allen recostado en el sofá frente a una grabadora, un casete y la pregunta, tan sencilla que duele: ¿Por qué merece la pena vivir? «Groucho Marx y Willie Mays; y el segundo movimiento de la "Sinfonía Júpiter"; y la grabación de "Potato Head Blues" por Louis Armstrong; y las películas suecas; y La educación sentimental de Flaubert; y Marlon Brando, Frank Sinatra, las fabulosas manzanas y peras de Cézanne, los cangrejos de Sam Wo, y el rostro de Tracy…».

Cézanne, sin duda, es un motivo por el que seguir (¿recuerdas la exposición en el Thyssen?). Recuerdo también, todavía, el callejeo sin rumbo aquella tarde de abril, el sonido de los pasos por Huertas y Echegaray hasta plaza Santa Ana; el eco de las voces frente al Pombo. Y sobre nosotros, el cielo de Madrid.

Por qué seguir. Por los colores del otoño; meses de recogimiento y curiosidades. Meses colmados de melancolías, vinos viejos y reencuentros; el otoño es la estación de la memoria y por tanto de aquel inmenso Love Songs de Chet Baker.

La gastronomía, la vida en torno a una mesa; los platos de cuchara, las sopas y la caza. Es momento de volver al arroz con trufa y setas de Arzábal, el tuétano en Askua o las mollejas de Alabaster. ¿Imaginas una mejor razón que el olor de la trufa?

Por los libros que no has leído. Ahora, más que nunca, hay que recordar a Carmen Balcells, culpable de tantas lecturas; «Quiero que el mundo sea grandioso», decías. Culpa tuya fueron Cortázar, Vázquez Montalbán, Gil de Biedma, Marsé o Delibes. Cada vez me gusta más Delibes, cada vez me gusta más su lenguaje contenido, sus paisajes y su compromiso inquebrantable por ninguna palabra de más. «El único escritor sin pose de escritor», Miguel era una escopeta y un cigarrillo.

Por ver de nuevo Tierras de penumbra, Dublineses, La última noche y Amour; la ternura de la doctora Melfi en Los Soprano y el silencio atronador en A dos metros bajo tierra. «Ozymandias», quizá la cuarta temporada de Mad Men y el último episodio de Hannibal. Live at Red Rocks, Camarón en el Cirque d'Hiver de París con Tomatito y, por qué no, 1989 de Ryan Adams.

Por la emoción ante el siguiente viaje. Por cada una de las marcas y las deudas (las de la piel, las otras sencillamente se pagan) tras cada marcha, tras cada maleta abierta sobre tu cama; «Travel changes you. Life —and travel— leaves marks on you. Most of the time, those marks are beautiful. Often, though, they hurt».

¿Que por qué seguir? Por los besos largos y húmedos, los abrazos sinceros y el calambre, la angustia de las cosas que aún no han sido. Por la fe en las personas que merecen la pena. Porque estás aquí, porque aún nos quedan cosas que decir. Porque es «Time to get drunk! On wine, virtue, poetry, whatever!». Porque hay tiempo —de levantarse, de mirar, de perdonar—; de dejar atrás el miedo.

¿Por qué seguir? Porque es momento de equivocarte, escribir y bailar sin descanso. De pagar otra ronda y ahogar este gris con todos los colores del mundo.

Elogio del domingo tarde

Siempre pensé que libertad de no moverse, la libertad de no tomar partido ni alzar la copa cuando algún tarugo exige un brindis es la más sagrada de las libertades. La libertad de no elegir, de meter la cabeza bajo la almohada y plegarse a aquel «I would prefer not to» de Melville en Bartleby, el escribiente. La misma apatía que reina cualquier domingo tarde apático, porque el domingo nadie espera nada de nosotros ni el mundo exige de ti más que silencio.

Quizá por eso mismo el domingo tarde es terreno pantanoso para tanto ruido y para ese ejército de braceros anónimos que abarrotan cada rincón de cada calle virtual de cualquier red social a la que decidas asomarte: ¡Opina! ¡Mójate! ¡Escúchame! ¡Pelea!

Empieza a cansar tanta ambición y tanta tensión constante, tanta guerra no elegida; tanto lunes por la mañana. Pienso un poco como Antonio Muñoz Molina: «Nunca hemos vivido días así. Tenemos miedo a mirar las noticias en el teléfono móvil y abrimos con alarma el correo electrónico. Ponemos la radio con urgencia y con aprensión, con la certeza de que vamos a recibir un sobresalto. Leemos artículos y escuchamos voces buscando información, o algo de tranquilidad, o respiro, o esperanza, y rara vez encontramos algo que no sea desolador o alarmante».

No hay lugar para el «déjame pensarlo» ni mucho menos para ese «ya lo haré mañana» tan de cualquier domingo de cualquier otoño, tantos maravillosos domingos entre la resaca y el abandono. Estoy hablando de los domingos de café, prensa y revista; de este dulce aburrimiento, de pasar el día en la cama o, mejor (infinitamente mejor), entre el sofá, las sábanas y la deserción. Sin más tú que tú mismo ni más batallas que las elegidas, («¿Seguirá pensando en mí?»). Los domingos tarde de HBO, las botellas vacías y la casa por hacer; de Iván Ferreiro y Love of Lesbian, de Peaky Blinders, Tierra de campos de David Trueba y de tantos libros por leer; ¿en serio crees que la vida es lo que sucede fuera?

¿En qué momento dejamos que el fragor entrase en nuestra casa y nuestra intimidad se cobijara bajo el ruido? Si en realidad no existe más mundo que este domingo por la tarde, no existe:

No es que el mundo esté bien: es que no existe.

No hay nada alrededor:

solo tu sueño.

Nada tiene más ley que tu abandono,

tu suave abjuración,

la dulce apostasía que te ausenta.

No hemos fundado el mundo: nunca cambia.

«La pequeña durmiente»,

Carlos Marzal

Lo importante

El 10 de abril de este 2013 tan velado fallecía Paco Guzmán. Humanista. Vividor. Físico. Filósofo: trabajaba como investigador en el Instituto de Filosofía del CSIC. Gran escritor. Llegué a Guzmán a través de Rosa Montero (maravillosa articulista, no se la pierdan). Este fin de semana ha escrito sobre él en El País y he recordado algo. Para nosotros —hablo de mis amigos— la voz de Guzmán era una referencia en el complicado arte-de-vivir, como lo podían ser Hemingway, Churchill, Frank, Jack o Wilde. Un connoisseur de lo importante. Antes de morir, escribió un panegírico que, para mí, es una pequeña Biblia. Una lámpara incandescente en este hoy de penumbra y lloriqueos. No se lo pierdan:

He visto y he hecho cosas que jamás imaginaríais, lo supe por vuestro asombro cada vez que os las contaba.

He visto las nubes pasar como algodones bajo mis pies sobre el valle del río Deva, en Cantabria.

He amado mucho, hasta querer morirme, fijaos qué disparate… Y no tengo noticia de haber sido correspondido, tan solo indicios, destellos confusos, y algún que otro chasco.

Me he asomado a los misterios del Cosmos. Aprendí que el Universo es muy grande y las posibilidades infinitas, así que no desesperéis. Pero decidir es hacer camino, y nunca se puede retroceder, aunque lo parezca, podemos volver a un mismo tiempo y lugar, pero siempre pagaremos un precio y nunca seremos los mismos. Eso se llama entropía.

He recorrido los otoñales bosques de la cultura de papel, la Historia, la Literatura y la Filosofía, y descubierto con regocijo que no todo está dicho. Me serví de muchos libros, aunque creo que pasé por más erudito de lo que en realidad era. La mayor parte de mi cultura provenía del cine y la televisión y de una impulsiva curiosidad por

todo. Ningún libro o película me pudo dar más que algunos buenos indicios sobre quién era y por qué estaba aquí.

Practiqué la política desde el activismo y desde mi vida cotidiana, que es desde donde mejor se puede hacer sin necesidad de adherirse al poder y al dinero, para poner un granito de arena a eso de cambiar el mundo. Tuve la gran fortuna de vivir como lo hice precisamente porque me permitieron aceptarme y vivir tal cual era.

Lamento al fin dejaros, ahora que empezaba a dejar de tener miedo. Que me desembarazaba de cautelas y obligaciones. Que me permitía, a veces, presentarme ante quien fuera tal cual soy, sin ostentosas demostraciones de paciencia o resistencia, y sin preocuparme demasiado por el futuro.

El artículo de Rosa es sincero hasta el dolor. Dice «sus palabras están entre las más hermosas que jamás he leído. Entre las más sabias. Más tiernas. Más valientes. Inmensas palabras sanadoras que deberían ser oídas por todo el mundo, porque curan de la tristeza del vivir». Estoy de acuerdo. A mí, como a ella, «Panegírico» me estalló en la cabeza. Y me enfado con ese gris con el que, tantas veces, queremos ocultar todos los colores del mundo. Y sus palabras cascabelean en mi memoria y no encuentro la forma —ni quiero— de apagar su voz:

Emborracharse de vida. Descubrir —no es fácil— que no está todo dicho. Poner un granito de arena a eso de cambiar el mundo. Dejar de tener miedo.

Véndeme Madrid

—Buenas tardes, señor Terrés.

—Bien hallada.

—Soy Claudia, tengo dieciocho años y tengo un gran dilema.

—Así me gustan a mí las preguntas, al grano.

—A pesar de mi edad, siempre he creído que tenía las cosas claras en cuanto a mi futuro, aunque quizá tenga unos cuantos pájaros en la cabeza, pero es la bendita culpa del cine y de JKR.

—¿Quién es JKR? ¿Son las siglas de los componentes de One Direction? ¿Las iniciales de un tatuaje de Mario Casas? ¿La maleni esa inglesa que escribió Harry Potter?

—Así que después de mucho pensar, decidí que el año que viene quiero estudiar Relaciones Internacionales, algo que solo puedo hacer en Madrid. Ya me he cansado de hablar con padres, profesores y orientadores de tres al cuarto que no tienen ni idea de lo que quiero ni de por qué. Por eso acudo a un profesional.

—¡Paren las máquinas! Espera. ¿Ese profesional al que te refieres soy yo? ¿En serio? Jovencita, para que te hagas una idea: te respondo esto en batín y pantuflas desde la novena planta del hotel Majestic de Barcelona, hincándome un bloody mary con el firme propósito de echar a patadas de mi habitación a esta resaca fiel como un San Bernardo, que no se va de mi lado la condenada. Para que te sitúes en torno a lo que puedo saber yo de recursos humanos, digo. Pero qué narices: vamos al lío.

—Mi dilema es que me veo el año que viene encerrada en una residencia, pagando quince pavos por copa en locales atestados de gente, pasando miedo en el metro, perdiéndome en cuatro calles y encima distanciándome de las personas que tengo aquí…. Y lo único que te pido para que me des ánimos y me hagas recuperar la

ilusión de coger la maleta es que me vendas Madrid. ¿Qué tiene Madrid? ¿Cuál es su magia? Y, sobre todo, ¿qué le puede ofrecer a esta pobre chiquilla de provincias?

—Acabáramos. Que el problema no es tu formación, eso lo tienes claro; ni siquiera tu familia (tienes un par de pelotas, enhorabuena por eso). El problema es que tienes miedo. Tan fácil. Tan difícil.

No te hablaré hoy del miedo, de los cambios o los cientos (miles) de razones para hacer la maleta sobre la cama de esa habitación a la que ya nunca volverás. Hoy solo te hablaré de Madrid. Y esta respuesta va a tener su gracia, porque te escribo, insisto, desde Barcelona, esa ciudad gris a la que ya he perdonado (serías tan increíble si te dejaras de tantas tonterías, Barcelona). Así que sí, qué narices. Aquí. Ahora. Desde la mejor habitación de la mejor planta del mejor hotel de Barcelona voy a explicarte por qué Madrid es la mejor ciudad del mundo.

Y es que Madrid es Madrid todo el año, pero nunca Madrid es tan Madrid como en septiembre. Las calles se desperezan, caen las primeras gotas de este otoño que se cuela entre las sábanas y tintinean las copas en la barra caoba del Cock. Una más. La penúltima. El Madrid de los atardeceres imposibles, los hermanos Alcázar en la Gran Vía y las niñas con sudario en la mesita bebiéndose Juan Bravo.

Sé que vivirás en Malasaña, que te besarán en los portales de Corredera Alta volviendo del Tupperware y que beberás copas de mierda en noches vulgares que no olvidarás nunca. Dormirás poco, llorarás más de la cuenta y echarás de menos aquella cama —que aún te espera— y maldecirás a aquel payaso que un día como hoy te vendió esta ciudad inexplicable. Pero un día bajarás por Espíritu Santo con una desconocida que ya llamas amiga (qué importa de dónde vienes, si estás aquí) y la vida se pintará de acacias y tejas, el color del cielo que abrasa la Gran Vía cuando atardece, y cada paso será una nota de una partitura que aún no entiendes, pero que ya intuyes. Y cruzarás Recoletos y el sol se pondrá en la Cuesta de Moyano, a la vera del Jardín Botánico y el Museo del Prado. Donde cada tarde reposan botines, fracasos, tesoros, llaves y brújulas bajo las tapas de aquellos libros de lance que esperan, sin prisa, la mano de otro dueño.

Y vivirás mil vidas y aprenderás a amar el cine en los Doré, harás cola en la barra del Cisne Azul —esas setas—, y pedirás otro vermú (otro más) y un pincho de tortilla en La Ardosa. Aprenderás a reverenciar El Prado (hay que hacerlo) y quizá descubras el arte (esto es necesario, Claudia) en exposiciones como la de Cézanne en el Thyssen. Pasarán los meses; dormirás poco, llorarás menos y recordarás con cariño aquella cama, porque ya no será la tuya. Ya nunca lo será. Porque la tuya está en Madrid.

Y un día, sin más, no existirá otra ciudad.

Porque no la hay.

Vivir con poco

Sé que más de uno —qué le vamos a hacer—me escupiría por culpa del titular. Vivir con poco. Qué dice este notas —precisamente tú— de vivir con poco. Pero es que la cosa no va por ahí. La cosa no va de pelucos, bespoke, borgoña ni Can Roca.

En los últimos cinco años he sufrido tantas mudanzas que uno aprende (no es una lección fácil) que tu vida no es eso que guardas en las cajas de cartón. Tu vida no son tus discos, tus libros ni aquellas sábanas cuyo olor significaba para ti el hogar. Con las mudanzas —y tantas otras cosas— uno aprende a mirar las cajas de otra manera. Trozos de cartón con objetos dentro. Vivir es otra cosa.

«Un té, una lámpara y un poco de música»

La frase, que probablemente ya conozcan, es de Steve Jobs: «Todo lo que se necesitaba era una taza de té, un poco de luz y tu equipo estereofónico. Y eso era todo lo que tenía». Muchas veces he pensado en esa fotografía y en esa lámpara Tiffany. Y yo, que tanto he amado los objetos (los lomos de mis libros, los cómics apilados por editoriales, las botellas, los recuerdos y los mañanas que no serán), cada día me siento más cerca de una casa sin cajas ni estanterías.

«The aim of life is to live, and to live means to be aware joyously, drunkenly, serenely, divinely aware. In this state of god —like awareness one sings; in this realm the world exists as poem».

Henry Miller. Estar tranquilo, borracho, sereno y despierto. En realidad da igual la marca de los zapatos, no importa —tanto— tu bolso ni la edición limitada de esa peli que luces en la estantería. Al final solo son trastos en cajas. Sé que esto suena a paparruchas,

pero es que comprar esa mierda que guardas en tu wishlist de Amazon no cambiará nada.

Coleccionar experiencias y vivir solo con objetos imprescindibles (un ordenador, un reloj, una camisa…). Comer bien y beber mejor. Estar despierto y no perderse un minuto de la aventura.

No es mal plan.

La naranja entera

«Tengo veintiocho años. Vivo en Madrid. Acabo de salir de una relación y estoy cansada de andar persiguiendo a mi media naranja». Así arranca uno de tantos mails cobijados en mi bandeja de entrada cuyo mensaje de fondo es —tantas veces— el desencanto. Un enorme letrero con la palabra desencanto grapada en cada píxel, en cada línea: «Esto no era lo que esperaba». Y tampoco es que esperase al príncipe azul, pero tampoco esto. La sala de espera de las medias naranjas.

Me aburre mucho el cuento de la media naranja. ¿Para qué demonios querría alguien medio de nada? Me aburren los San Valentines y la celebración de la dependencia envuelta en una cajita azul turquesa. Me aburre, y no me creo, ese amor importante (un tema serio) y definitivo. Me aburre muchísimo esa idea del final del camino, ¿no debería ser el principio? Y me encabrono sin medida con todos los paletos que dan el pésame a un recién casado. «Ya te llegó la hora», le dicen. «Sí», acepta él con la cabeza gacha. Ya to-ca-ba.

Lucía —pongamos que se llama Lucía—: no busques más medias naranjas. Son un coñazo. Siempre querrán (o peor, necesitarán) algo de su «otra mitad». Su vida está incompleta, ya sabes.

Busca naranjas enteras. Un tío (apunta esto) que no te necesite. Que tan solo te desee, te admire y te respete. Alguien para quien no seas el final de la juerga, sino el comienzo de la aventura.

That's life

No. No me refiero a la —maravillosa— canción de Frank Sinatra («I've been up and down and over and out»), sino a una sencilla declaración de intenciones. La firma Seth Reiss en McSweeney's y no puede ser más sencilla, más certera, más vital. Léanla.

Look, there are winners and there are losers in this life. Some people know how to party and, if need be, can really let loose on the dance floor (winners), and some people are like, «It's Saturday night and I don't know what to do» (losers). Some people can hack the work down at the docks (winners), and some people think dock work is too tough (losers). Some people are winners (winners), and some people are losers (losers).

All in all, the one thing we have to remember is that life ultimately comes to an end. Sad but true. And you can either choose to live life to the fullest or with regrets.

Y es que no hay más. That's life. Con sus síes y sus noes. Sus viernes por la tarde y sus lunes por la mañana. Con sus tocapelotas (huye de ellos) y sus personajillos inspiradores (búscalos sin descanso). That's life. Con sus propósitos, sus reglas y sus quimeras (es lo que hacemos, perseguirlas). Las cosas suceden, sin más. No es justo, ya lo sé. Pero es lo que hay, las cosas pasan. Las buenas y las otras. That's life.

Solo nos queda trabajar duro, bailar sin descanso y pagar otra ronda.

Juega

«Aunque sea muy dolorosa y aunque / sea a veces inmunda,
siempre, siempre / la más honda verdad es la alegría»

Claudio Rodríguez

Sé que todo acaba. Que lo nuevo mañana es viejo, que aferrarse es perder y mirar atrás una costumbre de anticuario. Sé que la nostalgia es una mujer fatal vestida de recuerdos con olor a certeza y naftalina, esas certezas que —malditas sean— se te clavan en la espalda como arañas en celo y disfrazan tus dudas de evidencias. Mal asunto.

Memento mori es una frase latina que significa «recuerda que vas a morir», recuerda que eres mortal. Memento mori también significa perder la costumbre de dudar. La costumbre de poner en tela de juicio cada camino que pisas y cada voz que no es la tuya. Porque cada certeza y cada sentencia imagino —sé— que son dos pasos más cerca de las tablas y las sombras.

Se supone que no hay mañana, y sin embargo planificamos cada paso que damos al ritmo de las buenas intenciones y los pagos a plazos. No hay mañana, pero tú envuelves regalos de una Navidad en la que no crees y sueltas por anticipado la leña de tres meses en el gimnasio (la matrícula, la bendita matrícula). Septiembre. Septiembre está aquí, a punto de salir del chiquero. Se acaba el tiempo de brillar, de cometer errores y pedir la luna en este estío incandescente.

Roll the dice.

No hace tanto —en una noche en llamas— alguien me enseñó este inmenso poema de Bukowski. «Roll the dice». Tira los dados. Haz tu apuesta. Juega. No se me ocurre un mejor comienzo para un año (porque el año, recuerden, comienza en septiembre) incandescente. Hay que jugar.

Si vas a intentarlo,ve hasta el final.De lo contrario no empieces siquiera.Tal vez suponga perder novias,esposas, familia, trabajos y quizás hasta la cabeza.Tal vez suponga no comer durante tres o cuatro días,tal vez suponga helarte en el banco de un parque.Tal vez suponga la cárcel, la humillación,el desdén y el aislamiento.Tu aislamiento.Todo lo demás solo sirve para poner a prueba tu resistencia,tus auténticas ganas de hacerlo.Y lo harás.A pesar del rechazo y de las ínfimas probabilidades,y será mejor que cualquier cosa que pudieras imaginar.Si vas a intentarlo,ve hasta el final.No existe una sensación igual.Estarás solo con los dioses y las noches arderán en llamas.

Hazlo, hazlo, hazlo.Hazlo.Hasta el final.

Y llevarás las riendas de la vida hasta la risa perfecta,es por lo único que vale la pena luchar.

El lujo que no interesa

Esta semana ha ocurrido algo divertido. Y todo a raíz de un mísero tuit: «No soporto que las revistas de lifestyle den la brasa con la lista de celebrities que durmieron en el hotel de turno. ¿Qué más dará?». Bien. Tan inocente aleteo de aquella mariposa azul desencadenó el cabreo de algún amigo responsable de a) Hotel de 5 estrellas y b) Revista de lifestyle. Que no tengo razón, decían. Que una celebrity pise tu hotel es sinónimo de lujo. Alcurnia, es decir. Pompa de esta —extraña— época de caché medido en número de followers. Así que aquí estamos, compadre. Tómese este artículo como mi particular «recogió el guante».

Hablemos del lujo que no interesa:

Condes, princesas, monarcas, armiño, zarzuelas y realezas. Ahora en serio, ¿qué han hecho (de verdad) para que importe algo su vida?

Lo predecible. Elijan una publicación de lujo masculina, la que quieran. Las que hay y las que vendrán. Pues bien, ya les chivo yo el índice: relojes, F1, vela, golf, espirituosos, cigarros habanos. Ya está. Eso es el «lujo» para el periodismo especializado en lujo.

Vertu. Los supuestos «móviles de lujo». Las incrustaciones de Swarovski en el gadget de turno, los mil siete diamantes engastados en el móvil de Tag Heuer. Lujo es el diseño de Jonathan Ive o una app que te haga la vida más fácil, más bonita.

Los maîtres estirados. Que sí, que todos —yo el primero— tenemos días de bespoke y exigir un servicio impecable. Pero de ahí a la tontería y el toffee-nosed, del —chusco— abolengo de Conde Orgaz y la miradita condescendiente hay un mundo. Un servicio de sala con una sonrisa pegada en la cara y un gesto de cariño sincero. Eso es un lujo.

Pagar dos mil pavos por un Pomerania. El pedigrí en los perros. Un chucho fiel es un lujo.

El champagne con pepitas de oro. El vodka de Armani. La botella de diseño firmada por no sé quién (¿acaso se bebe la botella?). Toda esa confusión entre continente y contenido. Un chardonnay viejo de Montrachet, en cambio, sí que es un lujo.

Las habitaciones de hotel con Voss en la mesita de noche perfumadas con ambientador de fragancias florales. Unas flores frescas (rosas o jacarandas) y un jardín cuidado sí es un lujo.

La carta de aguas. Y miren que yo lo entiendo todo. Que vale que te encapriches (qué voy a decir yo) con el Petrus de tres mil eurazos o el IWC con el podrías regalarte un coche. Es tu dinero y es tu vida. Pero ¿carta de aguas? ¿En serio? ¿En serio son necesarias 9.750 gotas de agua pura de lluvia de Tasmania en Australia?

Lo cool. Lo cool nunca es un lujo.

Viejos amigos, buenos vinos y el café de cada mañana. Las canciones de la adolescencia. Los polvos que justifican un día (una semana, un mes, una vida) de mierda. Cruzar la meta de lo que era (parecía) imposible. El Padrino en Blu-ray. Los sábados por la mañana. El placer de oír llover. Una mujer difícil. Los quesos de Xavier. Las portadas de los vinilos de Blue Note Records. Los besos robados. Los libros viejos. Las cosas hechas a mano. Todo eso es un lujo. Lo de antes no.

Ser un hombre (en primavera)

Cuando éramos jóvenes (entusiasmo, misantropía y camisetas negras) escuchábamos cintas de casete con Doolittle en una cara (Automatic for the people en la otra), robábamos jirones al futuro y teníamos una teoría: la llamábamos la «dictadura del tirante» y arrancaba exactamente el 20 de marzo. Un día después del fuego. Un par de horas antes de que el sol tomara las calles sin permiso ni vergüenza. Ya estoy aquí, parecía decir. Es la hora.

La primavera. Un adolescente no es más que un cachorro con cuatro libros a la espalda y un par de planes. Poco más. El equinoccio de primavera (primavera = primer verdor) es el icono de la renovación y la juventud, de la belleza y las flores. De la vida que regresa (siempre regresa) a colmar de colores las estaciones y recordarnos por qué jugamos a este juego sin sentido.

Al mediar de la primavera (escribe Pla en su Viaje a pie) llegan las primeras, pequeñas fresas de bosque y de jardín, y su perfume parece entremezclarse con el olor de las violetas. La «torpe y obstinada primavera» (González-Ruano, siempre César), unas horas felices para todos. Las terrazas de los cafés se llenan; aparece la primera mujer tostada ——¿Dónde? ¿Cómo?— y la vida misma parece ponernos un clavel en la solapa.

Primavera fue la última palabra que escribió Sylvia Plath antes de suicidarse y a la consagración de la primavera está dedicado lo mejor que compuso Stravinsky.

Yo no sé nada (o poco) de lo que se cuece en la cabeza de una mujer cuando el invierno llega a su fin y la primavera atropella los días grises, las dudas y el nórdico. Pero sí sé lo que pasa en el mundo de un hombre cuando los primeros rayos de sol atracan la pereza y las mujeres toman las playas de nuestra Normandía con cien mil buques de guerra disfrazados de tirantes y vestiditos del Zara. En primavera nos volvemos a enamorar (y ya van…) de todas y cada una de las mujeres que hemos detestado en invierno; y lo

que antes era no hoy es sí, y lo que ayer era lana hoy es piel. Y al hombre cabal que éramos lo secuestra un loco y un niño con una espada de madera y un castillo donde esconder una sonrisa. En primavera solo cabe rendirse y celebrar la derrota. A su salud.

¿Merece la pena?

«El descubrimiento más consistente que hecho tras cumplir sesenta y cinco años es que no puedo perder tiempo en hacer cosas que no quiero hacer», cosas de Jep Gambardella —protagonista de La gran belleza, maravillosa sexta película de Paolo Sorrentino. No es solo que sea una película enorme (que lo es), es que nos ha presentado a Jep, nuestro Jep, nuestro cínico y tierno y triste y cansado Jep; que desde ya —¿alguien lo duda?— forma parte de nuestro imaginario cinematográfico. Gambardella se queda con nosotros y lo estará siempre en nuestras conversaciones de gin tonic, noches tristes y codo en barra, en nuestros artículos, nuestras preguntas y nuestras respuestas. Jep y su discurso facepalm frente a su amiga Stefania en esa terraza frente al Coliseo. Jep y su paseo con Sabrina Ferilli entre las catacumbas de la Città Eterna. Jep y su infinita melancolía ante su sesenta y cinco aniversario.

¿Qué le pasa a Jep?

Es el propio Sorrentino quien planta sobre la mesa la referencia ineludible: el Marcello Mastroianni de La dolce vita y la Roma procaz de Fellini. Marcos Ordóñez, en un artículo imprescindible, nos recuerda los años de Umbral (¿por qué no?) y el desencanto ante lo mundano. Peter Bradshaw en The Guardian remarca la beatitud —como el propio Paolo, lo sagrado que (ante el encuentro con la anciana) le conduce a la suspensión y al silencio—. Luis Martínez traza otra línea, la que conecta a nuestro Gambardella con otros ojos tristes, los del príncipe don Fabrizio Salina en El gatopardo o a Alberto de Los inútiles. Una cosa les une: todo en este mundo les es ajeno. Solo el instante de placer vivido y perdido en un solo segundo de la juventud valió la pena. Y su recuerdo mantiene el inconfundible aroma de la muerte.

Algo pasó en aquella cala del mediterráneo, aquella noche estrellada en la que un joven Jeppino descubre los pechos desnudos de Elisa. El azul proustiano del mar sobre la pared desnuda del techo de un Gambardella cansado. Intuyo que aquel primer calambre (el vértigo, el sexo, el escalofrío, la belleza) es el McGuffin de todas las demás noches, de todos los cuerpos, de todos los mañanas. De todas las farras frente al Coliseo y todas las Sabrinas sobre sus sábanas arrugadas. Dicen que buscamos en cada beso el recuerdo de aquel primer beso, que vivir es habituarse, que nada importa, que esto pasará, que nos queda la memoria. Mentira. Escribe mi Antonio Lucas sobre Chet Baker: «Di algo que no sepas decir», como pedía Carlos Edmundo de Ory. O sea, dame sorpresa. Regálame vértigo.

Y eso es.

Dame sorpresa. Regálame vértigo.

Cosas que amar

He encontrado una cosa curiosa. Se llama hedonómetro y la idea (pedazo de idea) es sencilla: medir la felicidad del mundo. Y hacerlo midiendo la «temperatura emocional» del planeta a partir de diez mil términos. Por ejemplo, el término happy son 8,30 puntos en la escala del hedonómetro. Hahaha, 7,94; war, 1,80; o jail, 1,76. Y así. Curiosamente, el sábado es el día más feliz de la semana (¿más que el viernes?) y, en fin, que mola el juguete este que han montado dos matemáticos locos de la Universidad de Vermont.

Así que, sin más, he pensado en facilitar el trabajo del Dr. Chris Danforth y plantar (aquí y ahora) las cosas que amo. A destajo. Sin orden, sin propósito, sin segundas intenciones. Estos son mis términos, querido Chris:

El queso, las chicas que se ríen con todo el cuerpo, Madrid, Georges Laval, los cinco últimos minutos de La última noche, los cinco primeros de El Padrino, los besos robados, La Varieté (de Weekend), Jot Down, el polvo antes de la siesta, Comté, los regalos sinceros, los chuchos (todos), los sábados por la mañana, unas sábanas limpias, Daniel Day Lewis, Shadowlands, Round Midnight (de Herbie Hancock), un cuello bonito, el sexo real, que el virtual es triste, los amigos de verdad (tan pocos…), Zelda, los bares de siempre, Laphroaig, ver a tus padres felices, las sobremesas sin prisa, Terroir al Límit, el escalofrío de una noche de verano y los restos de arena en los brazos.

La verdad, los periodistas de raza (quedan, creedme), Grupo Salvaje, la mirada triste de Tony Soprano, Barcelona, intuir qué quieres que esté en tu vida y saber quién no y en ningún caso. Y sigo sumando: el olor de la vainilla, borgoña, Cái (como universo), la caliza del Marco de Jerez, Pitu Roca, El bosque animado de Quique Dacosta, la ducha tras una carrera, Hermès, R. E. M., Kiko Amat, Mr. Ego rememorando su niñez en Ratatouille, Woody Allen. Continúo con: la banda sonora de Match Point, Londres, Aponiente,

las tetas de Monica Bellucci, las piernas de Monica Bellucci, los ojos de Monica Bellucci, Monica Bellucci, la saga de Bourne, Oliver Peoples, las cartas a mano, los bolígrafos bonitos, el (mi) Submariner, la última cena en elBulli, saber perdonar y perdonarte. Ya voy terminando: los relojes mecánicos y el tacto (y el olor) de un libro recién comprado.

La piel de gallina, los restaurantes, las canciones tontas, el sexo guarro —el tierno también—, Gertrud, Píldoras azules, Ed Wood, San Sebastián, los cines de verano (la emoción de una sala de cine), Los Vengadores, Tumblr, El almanaque de mi padre (de Taniguchi), la intensidad, el silencio, las verduras ecológicas, aquel rodaballo en Elkano, la sonrisa de Ricard, el miedo a decirte lo que siento, Born Again, la barra de Koy Shunka, el roce de (mis) dedos en (tu) espalda, Vostok, Bablut del 97, aquellos días en Beaune, el compromiso, En busca del arca perdida, Robert Mitchum. Y acabo: la inocencia (tu rincón secreto), la madera, la aventura, la piel.

No lo hagas

«¿Cómo es posible que te recuerde con tanta intensidad y claridad?».

Así arranca una carta —una súplica— que ha estallado en mi bandeja de entrada con la urgencia de un quebranto. No va dirigida a mí —maldita sea— sino a M, el protagonista de este consultorio que quizá ya nunca responda. Yo qué sé. Susana me habla de insomnios, errores y daños que no puede —que no sabe— olvidar, que no hay manera. M se fue hace dos años, pero su recuerdo no se ha ido. No se va.

Que se vaya, quieres. Quieres no revisar el mail otra maldita vez más en busca de su nombre en negrita; quieres huir, sacar la cabeza del lodazal de las cosas que no fueron, donde todo es gris y las canciones son siempre lentas. Quieres aprender a querer a quien te acompaña hoy —como si eso se aprendiese—; no estar rota, no jugar (más) a dejar la última ficha sobre el tapete, que es lo que hiciste. Quieres no haber vivido aquello para poder vivir esto. Qué poco sentido todo, ¿verdad?

No te contestaré. No hoy, pero sí recordaré aquí las frases de un spot de mierda, robadas a «Hank» Chinaski. Habla de escribir (el poema original se titula «¿Así que quieres ser escritor?»), pero qué es vivir sino garabatear trozos de tu vida en ningún papel. «No lo hagas. Si no te sale ardiendo de dentro, a pesar de todo, no lo hagas. A no ser que salga espontáneamente de tu corazón, y de tu mente y de tu boca y de tus tripas, no lo hagas. […] A no ser que salga de tu alma como un cohete, a no ser que quedarte quieto pudiera llevarte a la locura, al suicidio o al asesinato, no lo hagas».

Quieres beber y no pagar la cuenta; bailar desde el sofá, dar pasos sobre seguro, «alta la fe y el corazón en punto», caer de pie y apuntalar trozos de esa vida que hoy es tuya a medias. Aprender la lección (¿qué lección quieres aprender, Susana?) y mirar de nuevo a los ojos. Renunciar, pero poco. Pues mira, no. No se puede. Hay que

jugar —y, a veces, perder—.

No hay otro camino.

Y nunca lo hubo.

Viajar con perros (una carta de amor)

No es una buena idea viajar con un perro. Viajar, escribe Paul Theroux, es otra cosa: «Deja tu casa. Ve solo. Viaja ligero. Lleva un mapa. Ve por tierra. Cruza a pie la frontera. Escribe un diario. Lee una novela sin relación con el lugar en el que estés. Evita usar el móvil. Haz algún amigo». Un perro —tu perro— es una carga, una molestia, un lastre de plomo en los calcetines de tu calidad de vida.

Viajar con un perro no puede ser una buena idea. No lo es. Y menos en este país atestado de horteras insensibles; de hosteleros con borlas y restaurantes mediocres donde tratan a mi perro como a un criminal. Atado en la puerta, y gracias. No es buena idea, en fin, planificar unas placenteras vacaciones con un can que lo hará todo más difícil, más incómodo, menos «disfruta de unos días inolvidables», que es el eslogan de las vacaciones de El Corte Inglés. Donde, por cierto, no puedo entrar con mi perro.

No es buena idea pagar un suplemento de treinta (¡treinta!) pavos por un plato con agua y una manta en el suelo. No es buena idea tragar con las caras de los indignados por todo a la hora del desayuno ni esa actitud de que me estás haciendo un favor desde que cruzo la puerta de tu «hotel con encanto» con mi perro. No es buena idea —no puede serlo— levantarme cada mañana a pasear al chucho de turno, planificar cada ruta en torno a él y hablar solo por los pasillos: «¿Vienes o qué? ¿Qué te pasa hoy, Mario?».

No es buena idea pisar un aeropuerto con tu chucho, y quizá aún peor idea es enjaularlo en una caja de 50 × 40 × 25 cm —las medidas oficiales— a la vera de los bártulos y las Samsonites. No es buena idea ir de bares asomando la cabeza como un presidiario «¿Puede entrar?» en un país —este, el nuestro— en el que la legislación al respecto parece la de una república bananera. Un ejemplo: mientras que Madrid, Barcelona y Gijón dejan la decisión en manos del dueño del local, otros municipios, como es el caso de Cádiz o Valencia, tienen prohibida por norma la entrada de perros en sus restaurantes.

No es buena idea, me dicen —me insisten— tener que limpiar vómitos en el coche, recoger cacas en la calle ni pagar la Visa Oro de la tintorería, de tantos pelos que suelta el animal. No es buena idea, dicen. Pero ya ven, cuando llego a casa tras un día de mierda y cuatro reuniones con gente estresada y sus «buenas ideas», es mi perro quien se alegra como si hubieran pasado mil años desde nuestro último encuentro (nos vimos esta mañana). Es él quien no se esconde, quien me come a besos, quien da calor a la manoseada palabra hogar. Es él a quien nunca le dura un cabreo más de dos achuchones, quien da sentido al despertador y las decepciones. Tú sabes cuáles.

No es una buena idea, en fin, vivir. Estar vivo. Llevar una carga. Pagar la cuenta. Ser fiel. Darlo todo por otro ser vivo. Sufrir ante cada despedida. Vivir desarmado. Querer hasta que duela.

No puede serlo.

Amor

«Love has nothing to do with what you are expecting to get, only with what you are expecting to give —which is everything»

Susan Sontag

Amour fue la mejor película del 2013, y quizá, de la década. Amor es la suma de las cuatro letras que más repican tras las campanas de cada carta de cada lector. «Nothing is mysterious, no human relation. Except love», afirma Susan Sontag. Somos la generación que cruza en rojo sin mirar, pero que tiene miedo a enamorarse, leo en algún sitio. Me aburro de pataleos, del «no estoy preparada» y «no sabe lo que quiere » que se repiten y repiten en cada carta. Qué pereza. Hasta un correo; viene desde Navarra, es duro. Sincero: dice que esos que escribimos en revistas damos muchos rodeos (nosotros, los hombres. Así, a lo bestia). Que no tenemos pelotas, que nunca hablamos de eso y que eso tiene nombre: se llama amor.

Que basta de canciones, de películas de autor y frases de otros. Que somos unos niñatos, que basta de escondernos (esto lo dice en segunda persona, donde más duele) tras párrafos de Umbral y Hornby, frases ingeniosas, platos de Nerua, chardonnays de Montrachet y la cómoda distancia del que escribe desde la grada. Que basta de distancia. Que me moje. Que hable de amor.

El amor es un millón de enfermedades distintas y, a su vez, la cura para todas ellas. Amor es «cuando mi mami le da a mi papi la mejor pieza de pollo», meter la cabeza en su jersey y saber que (solo entonces) todo estará bien. Los domingos por la tarde, un karaoke en cada atasco y el silencio en el café del desayuno. Belleza, impulso, ternura y elegancia. Amor es la última palabra del poemario que Sylvia Plath envió a The Guardian el mismo día que se suicidó. Tenía 30 años.

El amor puede ser breve o eterno, pero siempre esconde confianza y

calambre. Sin uno de esos dos puntos esta carta se titularía «Afecto» o «Pasión»; fantásticos titulares, por cierto. Amor (también) es pedalear cuando no quieres, bajar la cabeza, doblar rodilla y aceptar la derrota; admitir —no es fácil— que estás vendido, que eres tan frágil como un portazo; las tonterías del candado, las cartas a mano y los recopilatorios en cintas de casete. Amour es una ráfaga de eternidad en este hoy de apareamiento, adicción y serotonina.

Amor es, en fin, no querer que se vaya.

Nunca.

Cosas tristes

No hay que dejar espacio a la nostalgia ni mucho menos a la tristeza, que es el camino más corto a la renuncia: «Es grave confundir la anestesia con la esperanza; también lo es tomar el noble rábano de la paciencia por las ruines hojas lacias, ajadas, trémulas de la renunciación». Cela, siempre Cela. Pero no nos pongamos tremendos que ya está aquí junio, las chicas (algunas) aún saben andar y no queda tan lejos una barcaza con cuatro sardinas al espeto (o eso que llaman felicidad). Así que aquí van, sin ton ni son, un puñado de cosas tristes a las que no dejar paso. Puñetazo en la cara. Que no:

La impostura. El no va más cansino que inunda Twitter, la ironía pocha, el retruécano imposible, el ingenio siempre, porque sí, ante cada situación, noticia, chascarrillo o defunción.

El dinero. No estoy hablando de «cosas de pobres» y «cosas de ricos», sino del soberano sopor que siempre es el dinero como tema. Que sí, que hay que pagar las copas, los hoteles y los Neruas, pero que en realidad solo es eso: un tique para ver una película. Nada más triste que el dinero como discurso, así que guantazo a quien solo sabe hablar de dinero.

El verano cutre. El verano, cuando no es cutre, es lo mejor del mundo, y ya ni digamos en este país bochornoso y triste. Pero cuando es cutre —el sudor, el olor, el ruido, el blanco ibicenco, el atardecer en Café del Mar, David Guetta, Moët, polipiel blanca, los morritos, el chill out, el lounge— es un infierno.

La Monarquía.

La cocina de quinta gama. Y aún peor que la cocina de quinta gama, los restauradores (muchos) sin escrúpulos ante la pitanza mediocre por la que te soplan treinta pavos. Un respeto al comensal, que para una cosa (la comida) sagrada que nos queda… Menos a las parejitas de tiramisú y lambrusquito, claro. Karma is a bitch.

La gente plasta. Pocas cosas más tristes que esos que tan en alto proclaman aquel dicho absurdo y cerril: «El que la sigue la consigue». Insufribles.

Los consejitos. El discurso del «cada uno tiene lo que se merece», tan peligroso y tan dañino, que escucho demasiado a menudo (también en algún amigo, al que perdono por su juventud y su vehemencia). No es cierto. El mundo es un lugar peligroso, injusto, cruel y despiadado. Hoy estás aquí y mañana te está violando un carcelero senegalés en una comisaría de Gambia sin aire acondicionado. En agosto.

Las chicas frías. Es triste (muy triste) no saber dar, entregarse con reservas, andar de puntillas: dar es el comienzo de todo. El McGuffin de todo esto.

El maltrato animal. En cualquiera de sus formas, colores, blasones o estados. No hay excusas ni excepciones.

Mercadona. Que sí, que Deliplus y toda la mandanga, ya lo sé. Pero no puedes amar la gastronomía (y, por lo tanto, la vida) y el trabajo honesto de un artesano y poner un pie en Mercadona. Panga del delta del río Mekong, aceite de oliva marroquí y a joder muy fuerte al agricultor local. No, hombre, no.

Los olores baratos. «Prefiero el olor de un camión de basura al de un perfume barato», sentenciaba Serge Lutens. Pues eso.

Telecinco.

La mentira. Y, peor aún, la mentira encubierta en el «no querer hacer daño»; porque no es mentira, es cobardía.

La banalidad, cuando es hipócrita. Un sí sin reservas a la banalidad que no se esconde, la tontorrona, la ingenua.

La publicidad mal entendida. Cuando funciona, es beluga. Pero estamos (mea culpa) convirtiendo un sector único en un lodazal repugnante, triste y predecible. Que, por cierto, qué cosa tan triste es siempre lo predecible…

Berlusconi.

El discurso ante la idea de una idea, y la idea de comunicar esa idea y el debate generado ante lo importante de esa idea: «A small act is worth a million thoughts», decía Ai Weiwei. Hay que hacer cosas, hombre ya. Más si cabe en este hoy infestado de una plaga llamada autoayuda.

Mayo, pero estamos en junio.

Salud.

Cortito, mejor

«Porque vivir es ir perdiendo cosas»

Esta —enorme— verdad la pronunció Ana María Matute con ochenta y cinco años. Recién galardonada con el premio Cervantes, cuatro años antes de su fallecimiento. Comento esa máxima con el gran Rancapino a la vera de unos espetos frente a la desembocadura del Guadalquivir, junto al parque nacional de Doñana. Alonso Núñez (así se llama) afirma que también es una de las razones por las que ahora canta peor, pero mejor. Ya no necesita gustarse, no se adorna, no es menester la ampulosidad ni lo superfluo: no le queda nada más que lo que tiene que decir. Es una de las razones por las que un cantaor joven nos dice tan pocas cosas: porque quiere decir demasiadas.

«Less, but better»

Como Dieter Rams: menos, pero mejor. «Good design is as little design as possible: Less, but better —because it concentrates on the essential aspects, and the products are not burdened with non-essentials. Back to purity, back to simplicity». Como la belleza en las fotografías de Isabel Muñoz, «la perfección se consigue, no cuando ya no se puede añadir nada más, sino cuando ya no queda nada más por eliminar».

Quizá es porque estamos saturados —quizá tenía razón Saul Bellow: «Lo hemos oído todo. No tenemos tiempo. Tenemos cosas más importantes que hacer. Necesitamos mayor comprensión, términos nuevos, penetración más profunda». A mí, como a él, me sobra (casi) todo. La mayoría de películas son excesivamente largas, me sobran minutos, me sobran temporadas de series que ya no me

interesan. Me sobran los menús de treinta platos, la literatura de cartón piedra y el tiempo de prórroga. Me sobran palabras, entrevistas, promesas y rodeos.

Curioso, en este hoy de 280 caracteres, que hablemos tanto. Que sangre cada pixel con redundancia, ruido y paparruchas. Insiste Rancapino: «Hay que cantar cortito». Como hacer el amor o escribir: al lío. Déjate de adornos y afeites pa la grada. Recuerda Bellow a Chéjov cuando nos dice: «Qué raro, ahora tengo la manía de la brevedad. Nada de lo que leo —ya sea mío o de otros— me parece suficientemente corto».

Escribe cortito. Hazlo fácil. Ve al grano. Cuéntame algo (de verdad).

Menos, pero mejor.

Olores

O los sentidos avasallados. Me explico: yo amo el vino con obsesión y no tengo duda alguna de cuál es el principal motivo: los olores. Catar un vino es olerlo (la sensibilidad del olfato es diez mil veces superior a la del gusto) y es que la vida del bebedor (porque catador suena tan cursi…) es una vida entregada a los aromas: frutas, flores y plantas. Moras, cerezas, violetas o tomillo. Vainilla, regaliz, madera, piel o chocolate.

Los aromas nos rodean desde el primer zumbido de marimba, cada mañana. Puedes tener los ojos cerrados, pero el mundo se va construyendo cada mañana con los aromas de cada día: el perfume inconfundible del café hirviendo, las notas de piel de naranja en el gel de ducha; el azahar, el cedro y el cuero de L'Homme Ideal de Guerlain, la mantequilla derritiéndose sobre los tostados del pan, la mermelada, los cítricos…

Nuestro hogar, más que cuatro muebles y un puñado de libros, son unos cuantos olores reconocibles (tantas veces asociados a nuestra infancia), inquebrantables, que llevamos siempre en nuestra memoria como llaves de un rincón secreto absolutamente nuestro. Esos olores son nuestra patria, nuestra trinchera. Estos son los míos:

Queso. Asocio el queso al placer absoluto de la gastronomía más esencial: queso, madera, fruta, la salinidad del mar, una copa de Pinot Noir. El queso —también— es intensidad y exceso. Sentidos rozando lo prohibido. Una cuña de queso (Comté, por ejemplo) es lo más parecido al paraíso.

El café. «Sé perfectamente que el día en que me muera no echaré de menos los grandes acontecimientos que haya podido vivir, sino el perfume del café con las tostadas del desayuno». Nada más que añadir, Manuel Vicent.

Chardonnay. No voy a ponerme en plan catador listillo y esnob, así que solo elegiré una variedad: chardonnay de Borgoña, la única, la

reina de las variedades blancas. Su casa es Borgoña, como la Pinot Noir o eso que llamamos la tipicidad en los vinos. Pocas varietales reflejan como ella el terroir, el respeto a ti mismo, a tu origen y tus raíces. ¿Sus notas? Piña, melón, manzana verde y albaricoques. También cal, pasado, vainilla y almizcle.

Palomitas. Amo el cine. Y, sin embargo, también las palomitas. Una sala oscura, una pantalla gigante y un bol de palomitas saladas era todo lo que necesitábamos no hace tanto para ser felices.

Flores blancas. Azahar, jazmín, acacias y almendro. Las flores de la primavera, el sol, la juventud, unas sábanas limpias y la vida que asoma tras el jardín. Imposible estar triste frente al olor de un jazmín.

Trufa. Quizá sea culpa de Quique Dacosta y su trufa blanca del Montgó. Quizá es que asocio la trufa al otoño (mi estación favorita), a los libros viejos, trastos, una chimenea, los tostados de la madera, los chuchos fieles y las personas importantes. A las cosas serias.

Vainilla. Escribió no recuerdo qué periodista que todo cinéfilo esconde una historia de amor secreta con Marilyn. Pues bien, ¿quién no la tiene con la vainilla?

Gasolina. Que sí, que lo siento mucho (de verdad), veggies y ecologistas. Pero es que el olor a gasolina…

Verano. El verano —así es— tiene un olor. Un olor concreto, inconfundible: salitre, vermú, hielos, rocas, arena, arroz a leña, romero, marisco, concierto, promesas, calor, espardenyes, ostras, champagne, ortiguillas, Cádiz, besos, cazón en adobo, sandía (ese primer mordisco), helados, más besos, vaqueros rotos, chacolí, futuro, sudor (sí, ese sudor), siestas y mañanas.

Gamba roja a la plancha. Me puede. Es superior a mí. Algo telúrico: escuchar el crepitar de la sal gorda sobre la plancha, la gamba fresca y un champán sobre la barra…

A pecado; que es un olor —evidentemente—.

A limpio. Nada que ver con el anterior. Aunque seamos sinceros,

qué bien maridan…

Leer

Quizá lea hoy menos que nunca. O quizá leamos de manera diferente, más asimétrica: una lectura, la de un tiempo (este) que nos ha tocado vivir infinitamente más caótico. Vivimos acorralados por una maraña de inputs, bocados de información, impulsos eléctricos, vaciles y afectos. Qué me vas a contar: no has acabado una cosa y estás en la siguiente. Nos pasa con las canciones, con los proyectos (que no harás). Nos pasa con las series de televisión. Nos pasa con los libros y me pasa contigo.

Escribo este artículo y suena lento el Time Out de The Dave Brubeck Quartet. Imaginen un concierto de jazz. Los acordes, compases, ritmos y bebops. El jazz es caos y libertad; un puzle sin sentido, un caleidoscopio, una amalgama de elementos (saxo, piano, batería, bajo) que interactúan bajo la batuta de la aparente improvisación. Quizá esto sea hoy leer.

Ayer: 7:00 y el sonido de la Nespresso acompaña las primeras lecturas de la mañana: Raúl del Pozo, Manuel Jabois y Antonio Lucas en El Mundo, o Leila Guerriero y Manuel Vicent en El País; quizá rescate algún artículo de Cristian Campos en Jot Down. Pasa la mañana como pasa la vida sin vértigo: rápido. Lees emails, disculpas, mensajes y quehaceres. Los aforismos (cómo vivir, cómo trabajar, qué narices hacer con tu vida) inundan las redes sociales, las tazas que no usas y las postales tontas del Pinterest. Quizá estamos tan perdidos que necesitamos un garabato cursi.

Tras el café del almuerzo, vuelvo a un libro: un bestseller —también tienen su momento— de un tal Joël Dicker en formato de tinta electrónica, esa que no mancha. Vuela la tarde y este frío de noviembre que tanto huele a desamparo, el sol se esconde tras las acacias del cielo: escribo a una amiga (trabaja en una agencia literaria), y es que nada espero tanto como la segunda novela de mi admiradísima Milena Busquets: También esto pasará. Llega la noche, el día termina con una revista (Apartamento) y un libro, tinta y papel, sin el que la vida —mi vida— es un poco más triste.

Quizá hoy lea menos que nunca, pero el mundo sigue siendo más bonito con un libro entre tus manos.

En torno a una mesa

Hace apenas cuarenta y ocho horas, en torno a una mesa de madera ajada en Canalla Bistró, brindamos con un Colet Navazos a la salud de la última sesión de quimioterapia de uno de mis mejores amigos. Minutos después brindamos de nuevo, felices —el júbilo de un grupo de amigos: tan palpable, tan real, tan físico— ante la noticia de que un nuevo miembro de la familia —ojalá— llegará pronto. La enfermedad, el miedo, la vida y la amistad, unidos sobre el mantel de una mesa vulgar.

En torno a una mesa, envuelto en papel pardo cobrizo (¿cuántos regalos se entregan sobre la mesa de un restaurante?) llegó a mis manos uno de esos libros capaces de remover los cimientos de tu vida. En torno a una mesa me han dejado; cenábamos tartar de atún —lo recuerdo— y en las copas brillaba un riesling alsaciano fantástico, mineral y cortante como la vida que se me escapaba de las manos. En torno a una mesa he conquistado, he llorado (sí, ¿qué pasa?), he perdonado y he pedido perdón. «Lo siento».

En torno a una mesa (en alguna cafetería del Madrid, cansado de los Austrias), hace apenas una semana, sentía cómo un amigo más se convertía en un hermano (qué momento, eh); ese sentimiento nítido del calambre bajo la piel. Aquí y ahora. Alrededor de una mesa (con tres estrellas Michelín) me han traicionado y aprendí a grabarme sobre la piel aquella máxima de Jack Kerouac: «La vida es un país extranjero». Lo es. Vaya si lo es.

Frente a una barra caoba, no hace tanto, he soñado con un mañana mejor —más mío, más nuestro— al ritmo perfecto del servicio, las copas y el sonido acompasado de los platos. La banda sonora de nuestras vidas. En torno a una mesa sin mantel frente al mar creí (me equivoqué) conocer todas las respuestas y no mucho después, sobre un mar de copas en el mejor restaurante del mundo, aprendí (gracias, Pitu) a no dejar nunca de hacer las preguntas adecuadas.

En torno a una mesa, frente a dos vasos de Lagavulin, aprendí que

la vida es ir perdiendo cosas (tantas…), aprendí a escuchar, a mirar y a olvidarte, mientras íbamos naufragando hacia la tarde en un Madrid de verano, perfecto en su color azul y acacia.

Por ahí no

Vivimos rodeados de tanto ruido que hemos olvidado (creo) que en algún momento buscábamos una señal. Y el ruido cada día se disfraza más —y mejor— de ese optimismo tontorrón que lo inunda todo. La positividad por decreto —si hasta tiene nombre: la paradoja de Stockdale—, ese optimismo cursi tras cada mensaje, tras cada tuit y cada decálogo. El optimismo barato y bobalicón de la lámina con paspartú blanco, la taza de té con mensaje cuqui y el tablero en el Pinterest (el reino de lo cuqui) de las narices. El coaching de medio pelo, la ultramotivación del runner que si quiere, puede. Hazlo. No seas un loser. Cómete el mundo. Sonríe. Impossible is nothing.

Desde aquí reclamo —insisto— el derecho a la apatía. El derecho —porque también lo es— a meter la cabeza bajo la almohada, a no salir de casa. A no ver el lado positivo de lo que no lo tiene, a no reír la puta gracia a lo-que-no-la-tiene. A poner los puntos sobre las íes. A decir bien alto y bien claro que por ahí no:

No a las colas, a la cocina de quinta gama ni a las agencias de viajes (¿Te gusta que te organicen la vida? ¿No? ¿Y por qué un viaje sí?); no a ese zumo de bote de tantos desayunos mediocres ni a la media pensión —pocas cosas tan tristes como la «media pensión»—. No a quien no lea, a los que fingen que los mendigos son invisibles, a los que se esconden en el «es que lo hace todo el mundo».

No a las listas en revistas de lifestyle (Los diez mejores…), no al nacionalismo cansino, a Quechua, a los moñas que plantan una foto de su mascota como foto de perfil de Facebook (¿en serio?). No a la faja (que no vuelva, por Dios), al rollito chill out ni a las pulseras de gomitas. No a ese concepto de familia con olor a pachuli (un beso, Diana). No a las cenas tristes ni a las vacaciones en agosto. No a las Crocs, a los plastas del fútbol y al mal gusto, así, a destajo. No a los que dicen (mienten) que se van a borrar del Facebook para disfrutar del tiempo. No a las bodas (porque sí), a la intolerancia ni a los cursis. Y, por supuesto, no a quien decide no jugar. Hay que jugar.

Las series y el cine

Qué queréis que os diga, nunca me he tragado eso de que las series de televisión sean el nuevo cine; pero antes de la guillotina, una aclaración. Desde esta trinchera amamos las grandes (y pequeñas) producciones televisivas y lo hacemos con cada una de las épocas que nos han acompañado. Y es que muchas de estas series —como un puñado de cómics, libros y canciones— forman parte indisociable de nuestra educación sentimental.

Las series (quizá más que el cine) representan el indiscutible Zeitgeist de estas tres últimas décadas que nos han visto crecer; desde aquella Generación X hasta estos millennials cuyo pulso ya no late a veinticuatro fotogramas por segundo. Aprendimos a amar el medio con Twin Peaks (David Lynch y Mark Frost), quizá la primera «serie-suceso», el primer artefacto televisivo que nos pegó a la pantalla en busca de algo más que puro entertainment. Los noventa de Lynch, James Burrows (Cheers), Steven Bochco (LA Law), Michael Crichton (Urgencias) o Joshua Brand, culpable de Doctor en Alaska. Todos fuimos y somos un poco el doctor Fleischman.

Después: la Anunciación.

La edad de oro de la televisión sucedió hace no tanto gracias —en parte— a estos tres pilares de la cultura moderna. Es difícil entender el panorama pop de lo que ha sido y será nuestra herencia cultural sin esos tres tótems capaces no ya de revolucionar un formato, sino de dinamitarlo. Decía John Lennon que antes de Elvis no había nada, y nada había antes de Los Soprano, A dos metros bajo tierra y The Wire. David Chase, David Simon y Alan Ball; la Santísima Trinidad.

Y tras el Renacimiento, el Exceso.

La televisión como medio madura, eclosiona y, por supuesto, se monetiza. Ahora hay pasta, estrellas (segundos espadas de Hollywood), guionistas, atención y espectadores. Es el momento. El medio se fragmenta en decenas de canales y propuestas televisivas. La edad de plata de la televisión nos remite a los openings de Breaking Bad, True Detective, The Good Wife o Mad Men.

El talento se viste de plasma.

Vince Gilligan, Matthew Weiner, David Shore o Sorkin (presente en las dos épocas, con El ala oeste de la Casa Blanca y The Newsroom) cargan sobre sus espaldas el presente y el futuro de un medio que, cómo explicarlo, ya es nuestro. No hablamos de pelis, hablamos de series. Así que en parte no puedo evitar estar de acuerdo, otra vez, con Hernán Casciari y lo que escribe tras «Tomorrowland», decimotercer episodio de la cuarta temporada de Mad Men. La imagen que ilustra este artículo: una botella de bourbon y una cocina vacía. Escribe lo siguiente: «El cine como concepto se queda tan corto, tan pequeñito, tan solo él con sus cien minutos, con sus efectos especiales, con sus palomitas, que no hay con qué comparar a Mad Men. No hay con qué».

Y, sin embargo.

Una sala vacía. Los minutos antes del comienzo de la película, de cualquier película. Los tráileres (uno siempre es un niño ante un tráiler). Los tiques recién impresos. El olor del maíz tostándose, la carátula en Blu-ray, la revista Fotogramas, las crónicas de Rafa Martín en Las horas perdidas o Luis Martínez en El Mundo. Anna Karina en Pierrot le fou, Jep Gambardella o Alain Delon en El

samurái. La textura de Gordon Willis y la cadencia de Morricone. Dos horas de tu vida: nada más. Una sala, pero también un sofá o la pantalla de un portátil en el último vagón del tren. El universo en pausa, tan solo dos horas (un pacto sencillo) del tiempo sometido. Y después, la vida.

Hilar fino

Detesto la nostalgia. Lo he dicho, aquí y donde haga falta, más de dos y más de tres veces: la nostalgia es el refugio de los cursis. «Cualquier tiempo pasado…», qué más dará cómo fue. Lo mejor, mañana. Siempre. Me aburre el tan manido y cobarde «ya no se hacen las cosas como antes». No obstante, algo de razón sí tiene la cantinela de la mueca catastrofista, y es que creo que algo sí que hemos perdido —o peor, estamos perdiendo— en este viaje a ninguna parte: el músculo de hilar fino. Porque es un músculo (como el buen gusto, la caligrafía, el sexo o la memoria) que, si no se ejercita, se atrofia; o peor, queda flácido para cuando un día requieras su presencia.

Seamos claros. No es momento este de sutilezas; más bien de ruido, verdades absolutas, posturas enconadas y brazos en jarra. De gurús en Twitter, charlas en TEDx y aforismos muy emotivos y muy This is your life. No es momento, en suma, de hilar fino.

Hilar fino es escuchar —o escuchar es necesario para hilar fino—, razonar lo escuchado y reposarlo. Hilar fino es pensar lo que dices y decirlo, porque las cosas hay que decirlas. Para hilar fino es necesario inteligencia, elegancia y sutileza. Y si falla uno (tan solo uno) de los tres adjetivos, se caerá todo el conjunto. En Atrapa a un ladrón había inteligencia, elegancia y sutileza; también en Fresas salvajes o en Copie conforme. Lo había en Balenciaga, en sir Frederic Leighton, en Avedon y en Erice. Sin duda, lo hay en Chet Baker Sings, en Longares o en cada página de cada artículo de Manuel Vicent. Vicent, como quien sabe hilar fino, nunca daña a nadie —y si alguien se siente dañado, es porque debe, y nadie más entenderá el agravio (porque es privado, como el amor o el exceso) —.

Para hilar fino hay que vivir despacio y mirar sin prejuicios. No es mal plan, ¿no creen?

Quedarse o irse

«Emotionally, I wanted to stay. Intellectually, I wanted to leave. As always, I seemed to enjoy punishing myself»

Susan Sontag

Irse. Abandonar (a pesar de). Abrazar el camino del frío, la soledad del cambio; ese espacio de la Zona Negativa (donde habita la antimateria, o eso afirma Reed Richards), donde nada es, donde no hay calor (ni cobertura sentimental). No hay nada como alejarse un poco —dicen— para curarse de la psicosis de la proximidad, de la que todos estamos atacados. Hay que alejarse para aprender —a pesar de todo— a conservar, a perfeccionar, a tolerar.

Tiene razón Pla: todo movimiento produce dolor. El dolor de esta embajada más allá de la zona de confort en busca de una mecha, del fuego que ilumine este mármol; «Porque amas lo que se enciende». El calambre, la angustia de las cosas que aún no han sido, que puede que no sean.

Quedarse. Pelear. Los héroes, dicen, lo son porque siguen de pie, pese a todo; pese a ellos —nosotros— mismos. Seguir cuando no ves rastro de las razones, cuando ya no las hay (¿volverán?). Defender —Luis García Montero— «las noches en mi casa, los barcos sin bandera y los inviernos con sol». Poner en duda una vez más esa certeza que nos negamos (y van…), que no podemos acatar: que estamos solos.

No tirar la toalla. Hasta el fin, hasta el agotamiento; de cada músculo, fin. Seguir cuando no hay motivos. Que duela y, a pesar de todo, quedarse.

Privilege and adventure

Tres palabras y un nudo en la garganta: privilege and adventure. Las últimas teclas pulsadas por Oliver Sacks (neurólogo y escritor) en una dolorosa —dura, sincera, imprescindible— carta publicada en The New York Times, cuando ya era consciente de que tan solo quedaba un soplo, unas semanas de vida tras la reaparición de un cáncer terminal. La carta se titula «De mi propia vida»:

De pronto, me siento centrado y clarividente. No tengo tiempo para nada que sea superfluo. No puedo fingir que no tengo miedo. Pero el sentimiento que predomina en mí es la gratitud. He amado y he sido amado; he recibido mucho y he dado algo a cambio; he leído y viajado, y pensado, y escrito. Y, sobre todo, he sido un ser sensible, un animal pensante en este hermoso planeta, y eso, por sí solo, ha sido un enorme privilegio y una aventura.

De Sacks a Iris Murdoch —la mujer más brillante de Inglaterra—, cuya definición del amor es tan sencilla que asusta: «Love is the very difficult understanding that something other than yourself is real».

También son días de amontillado. En El festín de Babette (aquella película de Gabriel Axel que es un himno a la buena mesa y el hedonismo más esencial) beben champán, borgoña y amontillado; decididamente, no hace falta más. Es el jerez más espiritual, pero también el más olvidado: y, sin embargo, estamos ante uno de los grandes vinos del mundo, son creaciones de penumbra, misterio y emoción. Mis recuerdos del Marco de Jerez no pueden ser sin un trago —el penúltimo— de este generoso inolvidable vistiendo tantas tardes en la taberna La Manzanilla, como en aquel cuento de Savater: «La taberna es un paréntesis en la vida, como el sueño; y, también como el sueño, ese paréntesis está más lleno que la propia vida».

Más lleno que la propia vida; y, de nuevo, Oliver Sacks: privilege and adventure. Aventura. Otra vez. Siempre.

Esto era

El sábado 12 de diciembre desayuné ligero. Un rato de prensa y después una bolsa, mi bolsa, con un par de libros y algún que otro desasosiego. Necesitaba este viaje.

Necesitaba este viaje tras tantos otros viajes. Un viaje en soledad hasta los pies de Sierra Mariola en busca de uno de los restaurantes que han marcado mi vida y mi visión de la gastronomía: L'Escaleta de Kiko Moyá y Alberto Redrado.

No fui como cronista gastronómico. Tampoco para puntuar ningún plato ni plantar una grabadora sobre el mantel; no iba de eso, no esta vez. No fui en busca de exceso, sino de recogimiento. Viajar hasta los pies de esta montaña mágica en busca de la emoción, la necesidad tan sencilla, en el fondo, de volver a creer en este placer —la gastronomía— tan arraigado a la tierra y las entrañas.

Recordar que «el placer también es una patria», recordar (aprender, una y mil veces) que todo lo que no es señal es ruido, que no hay más verdad que el vértigo, las noches llenas de verano y el calambre de lo que será.

Esto era. Esto es.

La única manera

«La amaba muchísimo, pero ella se ha ido para siempre. Le escribo a usted buscando unas palabras de esperanza y sosiego, el hecho de imaginarla compartiendo sus sábanas y su vida con alguien que no sea yo duele muchísimo».

Me escribe un chaval roto desde Medellín. Que no puede con tanto dolor, que ella se ha ido para siempre. Así que no te haré perder el tiempo con otra teoría (otra más) sobre cómo deberías levantarte. Tienes veintiún (¡veintiún!) años y el corazón hecho trizas, y nada de lo que escriba hoy aquí aliviará el inmenso dolor que debes tener ahí agarrado en las entrañas.

Y pasará el tiempo (aunque esta historia —el primer corte— nunca la olvidarás), vivirás otras sábanas y otros vértigos, pero también otros desgarros; otras decepciones. Escribirás otras cartas y volverás a escuchar canciones tontas, y las vías del metro te llevarán de nuevo a un lugar mejor; a una estación llamada futuro. Y poco a poco —corte a corte— aprenderás que cada uno de aquellos cortes te han traído hasta aquí. Que todos son un poco tú. Que a veces hay que caer para levantarse. Que el miedo y la tristeza son tan necesarios como el calambre y los incendios.

Y que lo importante, lo único importante, es volver a dejarte la piel y los huesos en la siguiente partida.

Porque es la única manera.

Veneno

Me dijo que tenía cáncer un lunes de noviembre; insistió en vernos, y el mundo se cayó a pedazos al ritmo de las copas y el sonido acompasado de los platos.

Cáncer de mama, estadio III (hay IV estadios, el cuarto significa metástasis. No hay un estadio V). El diagnóstico se lo comunicaron tan solo una semana antes en el IVO. Me lo dijo tranquila, serena y asustada; pedimos ceviche y un sashimi de toro que recuerdo nítido, afilado y amargo como la grieta que se abría en el pecho. No supe reaccionar, no pude (nunca antes alguien tan cercano); solo dolor, lágrimas y preguntas. Miles de preguntas.

La odisea arranca un par de semanas antes en su médico de cabecera. Algo estaba mal. De ahí a quince días de pruebas en el Instituto de Oncología y una fecha marcada en el calendario: 14 de noviembre. El día del diagnóstico.

—Tienes cáncer.

«Una tipología de cáncer que lamentablemente evoluciona con rapidez; así que mañana mismo has de empezar la quimioterapia». Finalmente, la primera sesión de Cucal (así llaman al veneno) fue tres días después. Antes, debía entrar en quirófano para una criopreservación ovárica. Un mazazo más. Otro.

Cuatro meses de quimioterapia. Angustia, vómitos, impotencia, miedo y esperanza. El 23 de abril es el momento de volver al quirófano para una mastectomía radical (eso implica extirpar pecho y pezón izquierdos y, en su caso, veintisiete ganglios de la axila). Tras la mastectomía y la recuperación («remisión total» es el término médico exacto para definir la desaparición completa del tumor), seis semanas más de radioterapia. Y después, todavía, doce interminables meses más de goteros, pruebas, psicoanalistas, dudas, pasillos, el «kit del hospital» (libro, música, auriculares) y una vida que ordenar.

A lo largo de dos años he visto cómo una amiga tenía las agallas de mirar adentro (que es donde más nos duele mirar) para poder mirar hacia delante. He vivido cada cambio y cómo conquistaste la torre más alta del castillo: en tu vida decides tú. He sufrido el desasosiego de mi egoísmo (sé que no he estado ahí lo suficiente) y cómo ella curaba cada olvido con un abrazo inmenso y sincero; he visto cómo una amiga vencía al miedo y al corsé de las emociones.

Anoche cené con ella. En el mismo restaurante de dos años atrás. Celebramos que ya ha finalizado la última etapa de su tratamiento (gotero de Herceptin cada tres semanas). Bebimos, comimos y hablamos del tatuaje con el que quiere dibujar su futuro y sus cicatrices. Dejamos caer alguna lágrima (de las que no duelen) y aprendí una lección que no olvidaré nunca:

Que la vida pasa a pesar de ti. Que todo esto es un regalo y que, en realidad, solo hay un camino.

Seguir.

Esta noche es San Juan

«Anticuado, interrogo a las estrellas,

su desnudo, inapelable misterio,

mientras miro las llamas en la playa,

en esta noche cuando empieza el verano»

Juan Luis Panero

Esta noche es San Juan. Esta noche el planeta —tuyo, mío— arderá en llamas en una ofrenda global de fuego y purificación: esta noche se prenderán millones de hogueras alrededor del mundo en un cántico pagano a la luna, en la noche más corta del año. Esta noche (prácticamente) todas las culturas, pueblos y religiones se entregan a la magia del fuego y el agua.

El solsticio de verano se produce entre los días 21 y 22 de junio en el hemisferio norte; solsticio deriva del latín solstitium: sol (el astro) y stitum (detención). La detención del sol que marca el tiempo en que este se halla más lejos del ecuador y en que parece quedarse varado en los mares del universo (como en tantas otras ocasiones, el cristianismo tradujo esta celebración —que se celebra desde la prehistoria, el sol como símbolo de riqueza, calor y fertilidad— a través de la figura de san Juan Bautista, el único santo del que se celebra su nacimiento y no la muerte).

Esta noche es San Juan. Esta noche «encendemos» el sol y celebramos que estamos vivos en el atardecer más triste del año (hoy el sol se despide) —en la tradición hindú, el solsticio de verano es la «puerta de los hombres», que da acceso al pitr-yâna—. La «puerta de los hombres» (que corresponde al signo zodiacal de Cáncer) da paso al momento de mirar hacia dentro: «Conócete a ti mismo y conocerás al universo».

A la noche de San Juan los celtas la llamaban Alban Heruin y los griegos encendían hogueras purificadoras en honor del dios Apolo. Los incas, al otro lado del atlántico, celebran el Inti-Raymo o fiesta del sol; que cada 24 de junio tenía lugar en Cuzco imperial, en un recinto inaccesible y sagrado.

Qué secreta y hermosa

es la noche festiva para aquel

que no tiene pasado: un tiempo frío

dentro del corazón.

Qué exacta noche

de fuego y juventud.

Felipe Benítez Reyes

Esta noche es San Juan. Millones de hogueras alumbrarán la noche más breve y nos entregaremos a rituales paganos, ancestrales: saltar la hoguera, pedir un deseo, hierbabuena en la ventana, los pies en el agua helada del mar y la promesa (su nombre en un papel) de un amor verdadero. Curioso, en este hoy de selfis y afectos digitales.

No existe una celebración más telúrica (lo telúrico, que no es más que lo que la tierra impone), que nos conecte más a lo sagrado; a la duda, el misterio y la vida. Es momento de fecundidad, mareas y cosechas; de agradecimiento por los dones recibidos y recogimiento para el otoño que viene.

Es momento, sin más, de celebrar que el sol se nos va —pero aquí seguimos—.

El río

«En cada cosa que os sucede, en cada persona que os encontráis que adquiere importancia ante vuestros ojos, o bien morís un poco, o bien renacéis».

Cada cierto tiempo vuelvo a la corriente de El río, la película de Jean Renoir (1951) sin principio ni final. Majestuoso lienzo impresionista a la vera de las aguas del Ganges donde yacen todos los colores de la India. Más. Todos los colores del mundo; de la vida del capitán John, de Harriet y de Valerie, de un país mutilado por la guerra. Del propio Jean. Del tuyo. Del mío. Eléctricos, añiles y esmeraldas; azul cobalto y amarillo cadmio; rojo bermellón y el grana del atardecer, pero también ocres, óxidos, violáceos y cenizas.

Jean, segundo hijo del pintor Pierre-Auguste, ya escribió que «no somos más que un corcho, y hay que dejarse llevar por la vida como un corcho se deja llevar por la corriente de un río». Todo está sucediendo ahora. Tu primer beso, las decepciones, aquel domingo (era temprano) que se llevó a tu padre, el cáncer, la angustia, la pérdida y el florecimiento; el colchón en la terraza, las copas frente al mar, la embriaguez y el deseo. Todos los colores del equinoccio de la primavera. Todo lo que fue. Lo que será. Las copas en Dénia y las acacias en el cielo de Madrid. San Sebastián desde Monte Ulía, Cadaqués y Lisboa; la brisa del Atlántico frente a Santa Catalina, Romanée y Llibertat. Todo se diluye en el río de Renoir donde los niños retozan ajenos a la guerra y al dolor. Trepan a los árboles y se revuelcan en la hierba. «Son parecidos a las hormigas y libres como pájaros. Son como los animales, no se avergüenzan. Saben lo que es importante: que ha nacido un ratón o que una hoja cae en el estanque».

Saber qué es lo importante.

El cosmonauta

Conocí a Nicolás Alcalá un caluroso sábado de julio de 2012 en el sur de Madrid, en una cena clandestina junto a seis desconocidos. Aún faltaba casi un año para el estreno definitivo de El cosmonauta, el proyecto transmedia (quizá «película» se queda corto) que de alguna manera revolucionó el sector y nos enseñó que siempre hay otra vía. Siempre.

Más de quinientos mil euros recaudados gracias a más de cinco mil productores vía crowdfunding, un rodaje de cinco años en tres países —Letonia, Rusia y España—, una locura megalómana y genial: treinta y cinco cortometrajes, ciento veinte localizaciones, catorce galardones en festivales de todo el mundo (desde Nueva York hasta Estocolmo) y estreno simultáneo en salas de catorce países, plataformas de VOD, televisión, DVD, P2P y la misma página web. Y sí, se podía ver gratis, distribuida bajo licencia Creative Commons.

Pero la aventura salió mal.

Aquel Nicolás (si me lo permite) era un chaval de veintipocos años: inteligente, cariñoso y sensible; pero más que eso, me sorprendió un detalle: no cabía lugar a la duda en su discurso. Era un misil teledirigido, un obús, un mocoso de adamantium, un monolito sin una grieta visible. Ante cada «¿Pero y si…?» su respuesta era incuestionable.

Hoy, tres años después, sigue siendo aquel chaval (al que tengo la suerte de llamar amigo), pero con un nuevo barniz: la duda. Ya no veo a un lince entre absolutos blancos y negros, sino a un ser humano con cicatrices (qué remedio, Nico) navegando entre matices. Más frágil. Más cerca. Mejor. Le he pedido una crónica sincera acerca de lo que aprendió en aquel viacrucis. No se la pierdan. Con ustedes, Nicolás Alcalá:

Las personas van antes.

Hay personas que nacen con una vocación y otras que no. Las primeras suelen moverse por superobjetivos. Tienen algo en mente y se focalizan en ello como si sus ojos fueran dos rayos cósmicos capaces de atravesar cualquier materia conocida del universo. Son un láser.

Eso normalmente te hace olvidarte de las personas. Y no. Las personas van primero.

Yo nací con poca empatía. Eso me ha llevado a muchos conflictos con la gente con la que he trabajado. Porque era un láser, ¿sabes? Y el foco es lo importante. El superobjetivo: «Rodar en Rusia una película. Cien localizaciones. En inglés. Ciento cuarenta horas de metraje. ¿Cómo que no se puede? Vamos. ¿Qué permiso ni que niño muerto? Vamos a adentrarnos en las ruinas y grabamos hasta que nos detengan. ¿Cómo que no has llegado a tiempo? Tío, necesitábamos esto para ayer. ¿Qué clase de excusa es "estoy estresado"? Si no puedes con esto, abandona, ya te sustituiremos por alguien que pueda. Lo importante es terminar. Pain is temporary, film is eternal».

Pero no. He aprendido que las personas van antes. Lo cual genera un conflicto de cojones que hasta ahora no he sabido resolver.

Romperse…

A los dieciséis monté una escuela para actores. A los dieciocho había sido jefe de producción de dos largometrajes. A los veinte monté mi productora y a los veintiuno comencé un proyecto gigantesco de cinco años que me llevaría a rodar mi primera película a los veintitrés y estrenarla a los veinticinco. Pero no era solo una película: eran treinta y seis cortos adicionales, una ficción en Facebook escrita a cuatro manos. Una campaña de financiación

gigantesca. Ochenta estrenos en catorce países. La distribución. La edición del DVD. La promoción. También escribí y edité un libro. Y, entre tanto, lidiaba con el cáncer de un familiar, una empresa en crisis y los restos de una tormenta virtual que produjo múltiples naufragios.

Y me rompí, claro. Tuve una crisis que supuso un antes y un después. Un ataque de pánico que me bajó de una hostia al mundo real.

Ser un superachiever está bien. Pero no siempre. Y una vez que llegas a ese punto de inflexión… entonces todo cambia. Y el terror a volverte a romper no se te va jamás. Y tu manera gallita de enfrentarte a la vida sin miedo se transforma. Y ahí supongo que es donde nacen los hombres mediocres, en esa intersección donde la estabilidad va antes que los saltos suicidas sin arnés. Y en esa línea de equilibrista es donde creo que me va a tocar vivir el resto de mi vida hasta que llegue la tormenta o el éxtasis. El colapso total o el equilibrio matemático.

La lección aprendida es que no tengas tanta prisa por hacer y sí más prisa por vivir.

De momento camino.

¿Excelencia o personas?

«Trabajar contigo es imposible. Pero es el mejor trabajo que he hecho». Me haría rico si me dieran un euro por cada vez que he oído esa frase. Bendita desesperación cada vez. ¿Cómo coño se lidia con eso? ¿Qué se supone que debe hacer uno con esa información? Entonces, las dudas: ¿Se puede aspirar a la excelencia sin forzar la maquinaria? ¿Merece la pena el titánico esfuerzo que supone pasar del noventa por ciento al cien por cien? ¿Compensan las bajas en combate?

No tengo ni idea. Lo único que sé es que ahora me importa un bledo

el cien por cien. Me importan las personas. Antes que nada. Y con todo… es algo que sigue desvelándome por las noches.

Salud y consciencia, Nico.

No duermas más de ocho horas. No duermas menos de seis horas.

Come bien. Bien significa sano y ligero.

Reduce tu nivel de cafeína. Especialmente si viene del café.

Tu jornada laboral empieza a las ocho y termina como mucho a las ocho de la tarde.

Cualquier cosa fuera de ahí debe ser una excepción.

Vive en un sitio bonito. Con luz. Mucha luz.

No trabajes los fines de semana. No dejes de salir a tomarte un buen vino con tus amigos porque tienes una reunión.

Si no tienes ganas de hacer el amor todos los días es que algo va mal. Esa es tu alarma. El estrés elimina tu libido. No lo permitas jamás.

Medita. Pasea. Haz deporte. Date tiempo para mirar las cosas con perspectiva.

Intenta probar todo esto y si cambia algo en tu vida antes de pensar que es un montón de basura.

«Querer trascender» es un fallo de Matrix.

Sí. Todos lo hemos deseado alguna vez. Dejar nuestra huella. Que nuestro nombre aparezca en los libros de historia.

Bullshit.

Preocúpate de hacer cosas que importan. De hacer en lugar de decir. De aportar algo, aunque sea pequeño, pero sin que alguien dicte tu agenda. Ni siquiera los libros de historia. Olvida los premios, los reconocimientos, las loas, los aplausos, las críticas buenas, las críticas malas, los juicios. A la mierda.

Predica con el ejemplo. Haz cosas bonitas, que te hagan sentir bien a ti, no a otros. Y deja todo lo demás para cuando no seas más que un puñado de huesos entre gusanos.

Enseñanzas básicas de gurú.

Cada vez que me invitan a dar una conferencia como «experto en transmedia» les digo a las personas que van a escucharme que las están engañando. Que las estamos engañando.

Nadie tiene la menor idea de lo que es transmedia. Y el crowdfunding es un arcano de improbadas certezas, y no, nada de lo que te diga va a hacer tu campaña más exitosa.

No sigas a los gurús. No compres cursos. No vayas a la universidad. No pierdas el tiempo recibiendo enseñanzas de maestros. Ve solo a escuchar a personas que estén ahí para contarte su experiencia. Lo que han hecho y cómo lo han hecho. Y sé crítico. No te lo tomes al pie de la letra. No puede existir otro El cosmonauta, es absurdo intentarlo. Hazlo distinto. Do it yourself. Improvisa. Sigue tu instinto. Equivócate. Equivócate más. Equivócate mejor.

Deshazte de todo lo que puedas, ¿no?

Lee a Joshua y Ryan. Lee a Pieter. Lee a Terrés. Tira o vende todo lo que no hayas usado al menos una vez en un año. No compres nada

nuevo que no vayas a usar al menos cuatro veces al mes. Esto aplica también a las personas.

Adora todo lo que te haya quedado cada vez que lo uses porque esas serán las cosas realmente importantes de tu vida.

Knowmad. Conocimiento.

Viaja. Permanece alerta en un estado de viaje permanente, incluso cuando estés en casa. Mira a tu propia ciudad como un turista. Haz que tus pertenencias quepan en una maleta. No te ates a los lugares, sino a las personas. Sé un hacker. Rompe cosas. Desmóntalas para ver cómo funcionan y mejóralas cuando vuelvas a armarlas. Cuestiónate todo. Cuestiónate sobre todo a ti mismo.

Equivocarse es la hostia. Darse permiso para equivocarse es todavía mejor.

Prototipa. Prueba. Testea. Desecha cuando no funcione y hazlo mejor la próxima vez.

Humildad.

Nunca nunca nunca jamás, seas quien seas, tengas lo que tengas, dejes de ser humilde y gracioso. Humilde no significa estúpido. Puedes tener una autoestima del tamaño de una montaña (de hecho, si puedes, tenla). Pero no tengas un ego del tamaño de una montaña. Ni del tamaño de una piedrecita.

Recuerda que las personas van primero. Recuerda que uno se define por lo que hace. Y por cómo trata a los demás.

Stay foolish. Stay hungry. Never walk, always run.

Cuidar lo que no importa

Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa. Nueve palabras que dan paso a «Un arte de vivir», el poema de Luis Antonio de Villena dedicado a hastíos y emociones, tertulias y bellezas. Pienso en la inmensa belleza de un credo tan minúsculo: cuidar lo que no importa.

El pelo recogido (un recogido sencillo, espontánea logística), un traje a medida y las manos limpias. La infinita seriedad del ritual de cada mañana: el agua sobre la cara, la textura —esa punzada de frialdad— de la crema hidratante sobre la piel. El sonido del perfume avasallando el silencio atronador del amanecer. El café en su taza de cada madrugada.

Una camisa planchada y la horma perfecta de un zapato casi viejo, la belleza de las cosas usadas, moldeadas y hechas a ti y a tus rincones; y, sin embargo, bien cuidado gracias a la cera, el paño y el cepillo con la paciencia del artesano, cada sábado por la mañana. Las rutinas de la madurez, elegidas tras años, despedidas y cicatrices. La maleta previa a una mudanza (lo que cabe ahí: eso eres tú), las cajas que dejaste atrás: trozos de cartón con objetos dentro. Vivir es otra cosa.

La naturalidad. La sencillez de una mujer sin más adorno que su propia esencia —esto es la elegancia— y los pocos objetos —un anillo con historia, el reloj de su padre— que quizá la definen. Su mirada, que es al final su único regalo, tan lejos de los demás, tan cerca de ti. Tan tuya.

La piel. La manera de tocarte y de tocarnos, las cartas inesperadas, escritas a mano, que iluminaron aquellos días. El olor del pan tostado, la gastronomía sencilla: la textura de un lenguado salvaje sobre una brasa y la chardonnay de Mersault. La cocina existe cuando las cosas tienen el gusto de lo que son, decía Curnonsky.

Los días tan cortos del frío, también. La voz rota de Cat Power en

«Lived in bars». Caustic Love, de Paolo Nutini, y la prosa espartana (sin un adjetivo de más) de Luis Landero en El balcón de invierno: «En cada pequeño acontecer, lo trivial y lo misterioso van a partes iguales». La mirada del labriego: tan limpia y tan ingenua, que tanto me acerca a mi madre (tan lejos, tantas veces).

Cuidar lo que no importa y, si todo va mal, si al final todo es duro, saber ser el rey de un palacio de invierno.

El mundo sin ti

—Hola, mamá: soy tu hijo.

—Ah, ¿pero que yo tengo un hijo?

Es la respuesta tipo de tres de cada cuatro veces que llamo a mi madre. La llamo de higos a brevas y con mis excusas de mierda habituales: «Tengo mucho lío, he estado viajando, no encuentro el momento…».

La imagino, al otro lado, resignada y triste. Lo dices desde el humor, ya lo sé (esto lo sé ahora, en el momento solo responde el crío que trata de evitar la bronca —nunca escaparemos de esa escena, ¿verdad?—); pero sé que lo dices, os decía, mirando al vacío desde esos ojos tan cubiertos de arrugas, tan pequeños y sin embargo tan tuyos. Lo pensé la última vez que nos vimos, frente a la playa: te vi mayor y cansada. Sonriendo —siempre estás sonriendo—, pero débil, y tan frágil que te agarraste a su brazo (lo vi, pero no dije nada; yo siempre te veo, mamá. Siempre). Yo avancé unos pasos. No pude evitarlo: algo me crujió en el alma. Imaginé, por un momento, el mundo sin ti.

Imaginé el mundo —mi mundo— sin el olor de tu cafetera moca los domingos por la mañana, cuando subo a verte al campo y se iluminan todos los colores de tu mundo (¿por qué narices no lo hago más?); sin las magdalenas que traes a la mesa y el olor que impregna cada habitación en la que estás. Todo huele a ti.

Imaginé un mundo en el que no existen tu sofá (siempre que pienso en ti te imagino en él), tus libros y tus miedos; tu resignación y esa extraña manera tuya de quererme sin calor, sin abrazos y casi sin besos (¿cómo decirte que lo estoy deseando…?). Recuerdo bien los seis meses que pasamos juntos hace no tanto, tras mi última ruptura. Yo decidí vivir contigo —15 años después—; quizá no supe explicártelo, pero te necesitaba. Cada noche me esperabas, la verdura del campo y el calor de esa distancia que no sabemos

romper y que, tantos años después, ya voy comprendiendo: es nuestra forma de mirarnos. De nadie más.

Imaginé un mundo sin tu amor por cada uno de los veinte gatos que moran en el porche de tu casa —y los que llegarán—. Sin la humildad con la que entiendes que has de sacrificarte por los tuyos, sin tu extrema preocupación por el trabajo (que me ha hecho como soy). Puede que nunca me dijeras: «Hijo, eres lo que haces», pero hiciste algo infinitamente más importante: me lo demostraste. Imaginé el mundo —mi mundo— sin tu mirada inocente y luminosa; en el fondo, siempre esperas lo mejor. También de mí.

Sé que «vivir es ir perdiendo cosas», que la vida pasa a pesar de nosotros mismos y que cada vez estarás más frágil, más lejos. Sé que te irás apagando, y yo solo espero encontrar las fuerzas para comerte a besos y demostrarte que, quizá, no estoy tan lejos. Que te pienso a cada momento. Que te quiero, joder. Que me muero si no estás.

Imaginé un mundo sin ti, mamá. Y no lo quiero.

Mi padre

Mi padre murió y en aquella época yo andaba peleado con su herencia emocional, su mundo y su verdad. Hoy, todavía, ando tratando de reconciliarme con aquel yo que no sabía, que no supo entenderle.

Hoy es el día del padre, se supone. Esta noche en Valencia arderán cientos de panteones efímeros (¿no lo son todos?) y el mundo se colmará de una felicidad que me cuesta no mirar de reojo. Acabo de recordar que la primera cremà fue de tu mano; cómo no iba a serlo. Hoy estoy aquí, en una casa que no conoces (¿te gustaría, mi casa?) frente a un folio en blanco y tu memoria. Este es el día que me gustaría pasar contigo, Diego. Papá.

Te diría de pasar un fin de semana en Madrid, una de las ciudades que mejor define al hijo que no pudiste ver madurar. Nunca estuvimos juntos en Madrid.

Sé que viajar nunca fue lo tuyo, sin embargo (ya ves) tu hijo vive con la maleta a medio hacer. Hace tiempo que pienso que cada viaje es un intento de huir hacia no sé muy bien dónde ni de qué. Pero viajo. No recuerdo qué desayunabas, sí que te obligaron a dejar el café; también recuerdo tu amor por los periódicos, así que te llevaría a La Central. Leeríamos; quizá un segundo café; te llevaría a la primera planta, que esconde tantos cómics (en parte, leo cómics gracias a ti —aquí a mi lado conservo aquel tomo de Frank Miller, mil seiscientas pesetas, que me regalaste un sábado por la mañana—). Sé que te perderías entre tantos libros sobre cine. El cine —ahora lo entiendo— fue más que tu vida: fue tu maleta a medio hacer.

Te gustaba andar y la soledad. Así que andaríamos el paseo del Prado y te dejaría perderte entre Zurbarán, Velázquez y Ribera. Acabo de recordar —maldita sea la memoria— tu dedo señalando Las hilanderas en aquel libro de la escuela sobre historia del arte. Cómo te gustaría este museo. Te regalaría un libro (es el día del

padre, ¿no?) en la Cuesta de Moyano y dejaría que pagaras el almuerzo en Alabaster. Tu hijo escribe (esto ya lo intuías, creo) sobre viajes, emociones y restaurantes. También diseña —cómo insistías en que no dejase de lado el dibujo—; anda metido en cien proyectos y se deja el alma en esos bichos peludos con los que tanto tiempo pasaste. Recuerdo que, cuando murió nuestro primer perro, moriste un poco tú también. Cómo te entiendo ahora. Cada vez pienso más en ti, en lo que me dejaste. En esta maleta a medio hacer. En ese viaje que no hicimos. Tengo miles de dudas y la certeza (esto me lo dicen mucho, vete tú a saber por qué) de que sería un buen padre. Un día, te prometo, haré este viaje con tu nieto. Le mentiré (perdóname) y le contaré cómo nos unió aquel viaje, y dejaré que se pierda entre cafés, libros y memoria. La nuestra, papá.

Abuelos

Se supone que el amor es dar sin esperar nada a cambio, pero qué pena que lo entendamos tan tarde. Pero hay tiempo. Todavía tenemos tiempo. Y es que hoy es el día de los abuelos —de todos los abuelos—, y lo es un poco por culpa de san Joaquín y santa Ana, padres de la virgen María y yayos del niño Jesús. Sé que no eres de santos ni mártires (yo tampoco lo soy) pero, ¿y qué? ¿Por qué no aprovechas esta excusa para decírselo? ¿No ves cómo se mueren por cada pequeño gesto tuyo?

Yo crecí sin abuelos, ¿qué hago escribiendo este artículo? Crecí sin abuelos porque mis padres emigraron huyendo de tantas cosas y solo pude conocer a Josefa en alguna visita fugaz (de vuelta a la casa donde nació mi padre), dos extraños en un mundo extraño. Recuerdo las galletas de nata y el millón de besos de alguien que decía quererme porque sí, ¿cómo iba a entender yo nada?

Crecí sin abuelos, así que tuve que inventarlos robando otras vidas, implantado recuerdos como aquellos replicantes de Blade Runner. Expolié cientos de caramelos de la abuela de Abel, mi mejor amigo en la infancia; lo que él no sabía es que también hubiese matado por un trocito de aquel amor sin débitos: porque era solo amor. Robé fragmentos de otros, como don Ricardo y su infinita paciencia frente a un tablero de ajedrez. Hice mía la imagen de Carl y Ellie que casi —casi— cierra los cinco primeros minutos más bonitos de la historia del cine: así imaginé siempre a mis abuelos. Carl y Ellie con la mirada de quien ya conoce todas las respuestas en este hoy inundado de preguntas.

Yo crecí sin abuelos, pero me muero de amor cada vez que veo a mi madre cuidando a sus nietos, y siento una punzada cuando nos pregunta por los hijos que no sé si algún día serán. ¿Quién sabe nada de lo que pasará? De lo que ya no dudo es de esa línea que conecta familias, recuerdos y afectos a través de tantos hilos invisibles, de ese tejido indestructible que en la mitología japonesa llaman musubi. Musubi es esa conexión tan improbable como

telúrica, porque nace de un lugar que aún no entiendes; musubi es la mirada de tu abuela tras cada visita y el corazón en el pecho frente a cada desánimo.

He entendido que no hay más que entender que «lo que no das, te lo quitas»; por eso cada gesto de amor de tu abuelo y tu abuela es un regalo tan inmenso, un amor de bomba atómica. Como escribe Rafael Chirbes, «dicen que lo que primero se olvida de los que se han ido es la voz […]». Así que no sé a qué esperas para comértelos a besos, para decirles que mañana es hoy y que esta vez lo urgente no levantará la falda de lo importante. Esta vez irás a verlos, esta vez llegarás a tiempo.

No esperes más, ni un minuto más.

Dónde estás

«Si algo te asombra, entra. No declines / estar / en eso que deseas». El verso pertenece a El mirador de piedra y recordé cada palabra ayer, a media tarde. Cada una: No lo mires. Contempla. Date a ello. Lo pensé poco antes de la cena con aquella desconocida que esta mañana arruga las sábanas de esta vida a medio hacer.

Un primer encuentro siempre (siempre siempre; no hagan caso a los cínicos) es una promesa de algo infinitamente más grande. Algo tan grande que no cabe entre tantas citas apresuradas y en este día a día pleno de recompensas minúsculas; esta vida atestada de entregas, deudas, calendarios compartidos y grupos de WhatsApp. Algo tan grande que empequeñece a quien lo dice, que ni siquiera hace falta escribir. Que no escribiré hoy.

Nos lo preguntamos todos, ¿verdad? Antes de cada encuentro y tras cada desencanto… ¿Dónde estás? Sé —sabemos— que este juego va de caer y levantarse. De saberte vencido, de aparcar el orgullo en el cajón de las cosas que no importan y de recordar que todo es ahora, que todo está por venir; que no nos queda más que aprender, de una vez por todas, que en realidad todo esto è solo un trucco y que tras cada decepción te espera un mañana y la cadencia de otro cuerpo. Y, sin embargo, qué os voy a contar; no sabemos (no queremos) olvidar la pregunta. Dónde estás.

Amanece. Volvimos tarde, recuerdo cuando cruzamos Recoletos buscando las paredes de Barquillo y el amparo del ascensor; recuerdo tu cuello, mis manos, tu ropa interior, la vehemencia de tus brazos. Entorno los ojos y solo alcanzo a intuir la forma de tu espalda, un olor diferente (cientos de ellos) y el pelo revuelto sobre un cuerpo nuevo. ¿Quién eres? Siguen llegando como destellos escenas de la noche; el alcohol, el riesgo y el silencio tras aquel primer abrazo al abrigo del sudor y el hambre de quien olvidó medirse en sus batallas. La timidez de dos cuerpos desnudos dejándose caer.

Amanece, intento rozar tu espalda y despertarte, pero solo consigo de ti un fugaz ronroneo.

Esta mañana huele a ti. A tu luz, tus matices y tus tostados; huele a vértigo y a tantos rubores de adolescente (a estas alturas); huele a sexo e incendios, pero también a paz y a ternura —que, de verdad, no esperaba—. Ni rastro en este amanecer extraño del aroma del pasado que ya fue ni del mañana que hoy, en esta hora expatriada del resto del mundo, todavía se intuye difuso. Esta mañana solo huele a piel y a cobijo, a lo trivial y lo misterioso. Huele a deseo y almizcle, a la belleza de este instante que no ha sido, que está siendo.

Huele a una pregunta. Y a una respuesta.

Aquí. Estás aquí.

La trampa de lo perfecto

«No me gusta la perfección. Creo que es peligrosa. No hay nada más después de la perfección»

Alber Elbaz

Es agotadora la búsqueda de la perfección. Un giro más a cada palabra del artículo que enviarás esta tarde, rozando el deadline: ha de ser perfecto, la misma perfección que exiges a cada copa de la botella de El Pisón; quizá no debí abrirla tan pronto, quizá necesitaba un par de años más en botella para expresar en plenitud todo lo que guardan aquellas viñas de Laguardia. Entre tanto, te has distraído (lo haces cada día, cada mañana) procrastinando, leyendo otro decálogo más sobre cómo demonios ser feliz. Otro.

El artículo va sobre un viaje a Rentería en busca de la perfección en cada uno de los platos de Mugaritz. No fue así. Exigencia, sacrificio, renuncia, perfección. Palabras que repican en el discurso de tantas personas que admiras, tan habituales en sectores como la gastronomía, la moda o la publicidad. Pero ¿dónde está la línea que separa la supuesta perfección del trabajo —sencillamente— bien hecho?

«La perfección es muerte; la imperfección es el arte».

Tiene razón Manuel Vicent. Tras la perfección no hay nada porque en la perfección no hay aristas, grises ni auténtica belleza. Estoy hablando de la misma belleza imperfecta, impermanente e incompleta que en Japón llaman wabi-sabi —la simplicidad rústica de los objetos reales, que a veces se caen, se rompen y agrietan—. Como la vida misma, ¿no creéis?

En nuestra agotadora búsqueda de esa supuesta perfección no hay ingenuidad, errores ni margen para un paso en falso; solo entrega y sometimiento a un ideal tras el que, en realidad, no hay nada. Es

agotador correr sin descanso hacia la meta de lo perfecto, vivir esperando la respuesta idónea, el plato inolvidable y la media naranja.

La vida sencilla

El pan del desayuno, el café sobre la mesa —el rugido de la máquina, su tacto frío y sus olores tostados que se repiten cada mañana—. Las rutinas («Nuestras fieles rutinas no conciernen / a quien se marchará»); tantas rutinas que son los amarres de quien, en realidad, está perdido.

El calor de las letras: tinta, papel y refugio. Los libros —tantos— que nunca te abandonaron, que siempre estuvieron allí, al final del pasillo de los días vestidos de gris y recelo. Tantas revistas —tan fácil, el calor sencillo de una revista— y casi cualquier aforismo de García-Máiquez: «Le temo al pasado. Ataca por la espalda». El calor y el color de la biblia que nos ha dejado Mark Oliver Everett. Tantas viñetas, tantas secuencias, tantas canciones tan lejos de todo. Tan cerca de ti.

Los objetos que dieron sentido, que te enseñaron el camino. Aquella bolsa de piel de tu padre, el reloj parado y la cerámica de la taza; el arcón de nogal ajado, con las vetas arañadas de tiempo y cicatrices. Los materiales nobles: nogal, piedra o cerezo. Las cartas inesperadas. Los viajes espontáneos, la vida en torno a una mesa, las copas, los platos y las palabras no dichas —de un amigo, que en realidad nunca hizo falta decir—.

El amparo del desconocido, que no esperabas; la calidez de otra piel sobre tu piel fría. El encuentro (La vita, amico, è l'arte dell'incontro). La bandera por la que luchaste —el placer—. Y al final. Al final, saberte en paz con tu mirada.

Noches llenas de verano

El verano es una noche de verano o no es. Me explico: verano es todas las cosas que saben (y huelen) a verano, y ahí cada loco con su tema. Pero si tengo que resumir la emoción del estío siempre será la de esa hora mágica del atardecer, la de la brisa esquiva y la primera copa antes de la cena. Y es que tras el equinoccio de la primavera estalla sobre nuestra piel el solsticio de verano (ya casi lo tocamos con la yema de los dedos), y el runrún de los proyectos, las prisas y los timings «para ayer» se vestirán de vermú y abandono en cualquier terraza de Juan Bravo o Alonso Martínez. Recordaremos tantas cosas que no parecían importantes —aquel libro a medias… — y tomaremos las horas sin mirar atrás a la vera de una copa de vino blanco en un chiringo frente al mar, y será un poco cierto aquel verso de Rilke: «¿Qué respuesta quieres todavía? Habrá noches llenas de verano y días de luces radiantes, existiremos y Dios existirá».

La distancia

En una de las mejores páginas de Gratitud, de Oliver Sacks, el neurólogo británico recuerda unas palabras de De mi propia vida, la autobiografía que David Hume escribió (escupió, más bien) en un solo día de abril de 1776, tras enterarse de que sufría una enfermedad mortal a los sesenta y cinco años: «Creo que nunca había visto las cosas con tanta distancia como ahora».

Distancia. «Espacio o intervalo de lugar o de tiempo que media entre dos sucesos», pero también «alejamiento, desvío y desafecto»; precisamente de esa distancia hacia las cosas habla algunos párrafos después el propio Sacks:

En los últimos días he sido capaz de ver mi vida desde una gran altura, como si fuera un paisaje, y con una percepción cada vez más profunda de que todas sus partes están conectadas. Aunque eso no significa que ya no quiera saber nada de la vida. Por el contrario, me siento intensamente vivo, y quiero y espero, en el tiempo que me queda, estrechar mis amistades, despedirme de aquellos que amo, escribir más, viajar si tengo fuerzas y ser capaz de comprender y conocer más y mejor.

Yo, ya ves tú, siempre interpreté esa distancia como cobardía —qué poco sabía yo de nada—. Entendía que la distancia era un elegante eufemismo de algo que detesto: la indiferencia ante la vida; una forma quizá no muy ética (pero sí estética) de situarse ante el mundo y sus mierdas: esconderse y mirar hacia otro lado… ¿Qué hacer si no ante este día a día cuyo discurrir parece ser la exposición absoluta a la mezquindad y la basura? Cada día que pasa es más abrasiva la exposición, a cada momento es más difícil abrir los ojos al mundo. Tiene razón Javier Cercas: «desde que existe internet basta con apretar un botón para enfrentarse a toda la

basura del mundo».

Refugiarse en el cine, el cinismo y el cobijo de algunos libros y amigos (pocos). Refugiarse en un perfil adulterado, ajeno al sufrimiento y el mundo real. Distancia. Es la única forma de soportar tanto dolor «ajeno» (entrecomillado porque en realidad no lo es, en realidad nada nos es ajeno). Pero es tanto y se acumula y nunca para. ¿Cómo no mirar hacia otro lado?

Me equivoqué. Hoy entiendo (muchos abismos después) que la distancia es la única forma de ver, que la distancia también es saber mirar a través de la óptica adecuada; que de lo que en realidad está hablando Oliver Sacks no es distancia como desconexión (eso es estar muerto: no amar, no sufrir), sino distancia como perspectiva. Hoy entiendo que no tiene ningún sentido no mirar al dolor de frente, porque el dolor nunca es ajeno: siempre irá contigo —hoy entiendo que la única forma de vivir es vivir expuesto—. Que no hay más literatura que la escrita en sangre ni entrega sin cicatrices: ese es el trato.

Una relación cerrada

Se me ocurren pocas cosas más reaccionarias que esa «aburrida» tradición de una relación (sentimental) cerrada. Dos personas, unidas en un proyecto llamado relación cuyo único mandamiento es el compromiso y el amor.

Soy ateo y detesto el fútbol, no leo el ABC (Gistau y Albiac no cuentan) y la monarquía me parece un anacronismo tan prescindible como el armiño y la zarzuela, pero creo en una relación cerrada.

Creo porque también yo firmo aquello que decía Bolaño en Amuleto: «El amor nunca trae nada bueno, el amor siempre trae algo mejor», pero qué le vamos a hacer —en una relación cerrada —. Tú y yo. Y nadie más. Que ya sé —que lo sé— que el amor no es de nadie y que pocas cosas más poéticas que esa tontería de que el verdadero amor es «dejar volar» que seguro que has escuchado en alguna canción cursi de John Lennon. Si a mí me parece muy bien volar, pero qué le vamos a hacer: contigo. Creo que lo llaman compromiso.

Una relación cerrada es un candado, dicen. Como los cientos, miles de candados que cuelgan de tantos y tantos puentes a lo largo de media Europa; el primero fue el romano Ponte Milvia pero la cosa estalló en Pont des Arts (donde Horacio Oliveira se encuentra con la Maga), y lo peor es que, creo, fue culpa de alguna novela horrible de Federico Moccia. Y de Instagram, también. El rito pagano del cerrojo como símbolo de amor eterno —qué paradoja, ¿verdad?— ha llegado también al barrio de Triana y hasta a este Madrid envuelto en otoños y tristezas. Si es que estamos todos como cabras.

Para qué engañarnos: no están «de moda» la fidelidad ni el compromiso ni nada que apeste a tradición. Y es que cómo nos aburren los clásicos, las cartas a mano, el tweed y los restaurantes con mantel de lino —ya pasó el tiempo de Jockey, Balzac, Via Veneto o Horcher—; nos aburre el protocolo, la corbata o el humo y

la turba de casi cualquier whisky de Islay. Estamos cansados de las librerías de viejos, jardines de azahar, vinos de guarda y de casi cualquier sonido que no sea el de nuestros (supuestos) grandes problemas. Nos aburren las películas lentas y las relaciones largas, pero idealizamos la idea del amor en tantas canciones tristes; lloras como un niño con los extraordinarios cinco primeros minutos de Up pero luego no eres capaz de ponerte —de verdad— en su lugar. ¿Qué esperas entonces?

Somos la generación, en suma, que lo quiere todo sin mover un dedo. Pero el amor —intuyo, porque quién sabe algo del amor— significa estar dispuesto a rendirte a la otra persona; y sin compromiso… ¿dónde queda la certeza —improbable, pero ¿y qué? — de que esto es para siempre?

Whisky

Soy todo lo contrario a lo que ustedes llaman un «bebedor de whisky»: detesto el fútbol, voy al psicoanalista dos veces por semana y lloro como una magdalena cada vez que vuelvo a ver Big Fish. Pero bebo whisky.

Bebo whisky desde hace no tanto, pero ya no imagino (no quiero imaginar) mi vida sin el aroma, el calor y el color de «Uisge Beatha». Agua de vida en gaélico. Bebo whisky, por cierto, por tantas cosas que quizá no quepan en esta carta, pero lo voy a intentar: la primera y más importante es el aroma. La fragancia. Le parfum. Y es que no importa lo complicado y estresante que haya sido el día, lo ajeno que tantas veces nos parezca el mundo: un dedo de Laphroaig —uno de los tragos de mi vida, el mito de Escocia: single malt de la isla de Islay— y dejar la nariz caer sobre el vaso para que se tiñan de otoños todas las dudas del mundo, para que el ruido se vista de silencio y la armonía de lo esencial (nada más que malta fermentada y añejada en barricas de jerez) tome las playas de la Normandía que es este ahora de tanto despertar lento y acostarse baldado. Por eso bebo whisky.

Bebo whisky porque ese acto sencillo me conecta con lo más sencillo: olor, tacto, sabor, emoción y memoria. ¿Sabías que la memoria olfativa es la única que no muere? Son palabras de Marc Levy: «Los rostros de aquellos a los que más amamos se desvanecen con el tiempo, las voces se borran, pero los olores nunca se olvidan». Por eso imagino un whisky para cada momento de mi vida, un trago para cada calambre —bebo Laphroaig, por ejemplo, cuando el mundo parece caerse a pedazos y lo que único que necesito es silencio y destierro—. Es culpa de Islay, la más grande de las islas Hébridas y la turba que allí es patrimonio; «Islay, tierra inclemente, de vientos huracanados y perpetuas lluvias, con apenas tres mil habitantes. Islay, más que tierra: terruño. Terruño es la palabra y la turba su componente esencial: un aroma penetrante a humo y carbón que inunda cualquier estancia». Un aroma complejo, adictivo y fascinante; no hay término medio con Islay. Nunca lo

hubo.

Hay quien bebe whisky para olvidar, como Umbral: «El whisky me ha ayudado a redactar unos cuantos libros (los mejores), a producir miles de artículos y a olvidar varias novias inolvidables»; pero yo bebo para vivir, para recordar que la belleza también es equilibrio y claridad, por eso bebo Hibiki —que en japonés significa resonancia —, de la Casa Suntory. La botella perfecta, un frasco de cristal con veinticuatro caras para simbolizar las veinticuatro estaciones del antiguo calendario lunar japonés. Flor de azahar, jazmín, vainilla y canela, tantos atardeceres en primavera y todos los matices del mundo.

Hablo con dos personas que admiro, ¿por qué beben whisky? Javier Cañada, buen amigo. Bebedor. «Una bebida adulta para personas adultas. Una bebida de terruño y guarda; honesta y cansada, a salvo de ese lodazal infecto llamado “modas” y “tendencias”. Una bebida dura y verdadera, que no da cobijo a experimentos (¿gin tonic de flores?) ni cursiladas. Una bebida lenta —porque sí, hay bebidas lentas y bebidas rápidas—, perfecta acompañante de una noche en soledad o un cara a cara en la barra de siempre. Lenta porque el whisky no se traga, se saborea».

Otro loco, Diego Cabrera, el hombre tras la barra de Salmón Gurú y confidente de tantas noches inolvidables: «Fue una casualidad. Tropecé con este destilado buscando en el bar de mi papá. Afortunadamente, él tomaba buen whisky, así que mi iniciación no tuvo nada que ver con el botellón. Recuerdo aquel primer sorbo; no entendí lo que estaba bebiendo, pero tantas historias, afectos y relatos hicieron que me enamorara de aquella bebida tan profunda. Tan suya. Por aquella época en Buenos Aires no se veían las grandes marcas que hoy puedo tener en mi propio bar, así que al llegar a Europa y conocer Escocia a fondo redescubrí este espirituoso único y pude volver a escuchar todas aquellas historias». Memoria y familia. Y verdad. Qué bonitas razones, Diego.

Bebo Whisky porque sé que uno nunca se cura de su pasado; porque he aprendido que no se trata de olvidar, sino de entender. Y porque, para qué engañarnos, cada trago nos recuerda que aquí hemos venido a jugar.

Ser mayor

Dicen que los cuarenta son los nuevos treinta, pero no es verdad. Cuarenta son cuarenta y por eso habrá que abrigarse un poco más este otoño que ya enseña el colmillo. Y es que qué rabia, este insistir del mundo por lo nuevo, lo intenso y lo vibrante o, como mucho, este insistir en esa emoción de pega que es la nostalgia por culpa de algún remake tirando a pocho: qué malos son siempre los remakes.

Yo cumplí cuarenta hace no tanto y veo ya ahí los cincuenta como quien mira de reojo las luces del pasillo en los Princesa: tan lejos y tan cerca. Tengo cuarenta años y la madurez me pilla lúcido, enamorado y un poco ajeno a este día a día tan dispuesto al ensayo y al error, pero yo ya no estoy para estas tonterías. Piensa lo mismo Enrique, un amigo (tiene un restaurante con manteles de lino, el pobre desgraciado) que anda por los cincuenta, encelado como un perro con Lucía tras un divorcio tirando a glacial, como aquella canción de Zahara, «Cómo has dejado pasar / El frío dentro de ti». A Enrique le abrasa la certeza de que cada minuto y cada centímetro de Lucía son quizá ya lo único por lo que merece la pena el desvelo (son tantos los desvelos…). «Que son cincuenta palos, Terrés, y uno ya sabe con quién jugársela; y por qué». Yo le digo que se deje de rodeos y se lo diga (¡díselo!), se lo escriba o se lo susurre follando. Que estas cosas hay que decirlas, Enrique; que ya sé que eres lo que haces, pero lo que dices también pesa. Y cómo.

Ser mayor (me dice desde ese vagón más allá de la media vida que son los cincuenta) es abrazar sin miedo el abandono de las «segundas oportunidades»; yo pienso como tú, Milena, las segundas oportunidades son las oportunidades del cansancio. Si algo no sale bien a la primera, es rarísimo que salga bien a la segunda. Los cincuenta (y los cuarenta, también) se visten de certezas y de placer; de lucidez, que es mi palabra favorita del mundo: lucidez, consciencia y ternura, de saber como quien respira que «lo único importante, qué fácil es decirlo, consistía en no resignarse. La lucha infatigable contra el miedo a vivir». La cita es de Francisco

Casavella, que falleció con cuarenta y cinco de un infarto de miocardio con más preguntas que respuestas y la convicción, de esto estoy seguro, de que solo nos queda el entusiasmo. Y el calor. Y la belleza. Esta madurez huele a otoño y turba, a libros de viejo y el punzón de la memoria de lo que no fue, de lo que no pudo ser. Y yo, hoy, no puedo evitar recordar que mi padre murió con cincuenta y uno (hace más de veinte) y su hijo, al que no pudo ver madurar, ya no tiene miedo a ser mayor porque sabe que el único miedo posible es el de una vida sin calor. Sin amor.

Oda a lo inútil

En este hoy entregado a la productividad, nada más reaccionario que lo inútil: la belleza de la inutilidad.

El primer sonido que escucho cada mañana es la alarma por defecto del iPhone; miro la pantalla, retraso la tortura: son los mejores nueve minutos del día (es el tiempo que en Apple han pensado que debe durar este cachito de gloria más… ¿quién narices lo habrá decidido?). Admítelo: son los mejores nueve minutos de tu vida.

El trasto también me informa de las horas de sueño recomendadas y, tan pronto me levanto, arranca la rutina previa al café de cada mañana: eventos en Calendar, lista de to-dos para el día y un puñado de notificaciones violentas, no vaya a ser que se haya caído el mundo. Saltan (las notificaciones) como lemmings asesinos teñidos de rojo.

Entrar en cualquier red social se convierte, durante el desayuno, en un calvario. Tiene razón Íñigo González: opinar se ha convertido en una esclavitud —«como si el mundo estuviera pendiente de tu declaración»—. Así que pienso que quizá sea un buen momento para parar. Quizá sea momento de hacer una escapada, así que organizo un viaje de fin de semana a un bonito hotel en de la Costa Brava, en busca de paz, gambas de Palamós y trufa negra de la Garrotxa. Les escribo: «Quiero descansar, comer bien, esas cosas…», y me responden con las bondades del hotel (ajá: el interiorismo es cosa de Lázaro Rosa-Violán) y me organizan un programa de descanso y visitas más extenuante que la ascensión a Alpe d'Huez: mindfulness al amanecer, a las nueve un «masaje energizante de raíz de jengibre recién cortada y aceites esenciales desintoxicantes tibios en una agradable envoltura de papel osmótico»; más tarde, paseo a caballo por la huerta (ecológica) y quizá después un viaje en globo, para satisfacer a mi yo «más aventurero» [sic]. ¿En qué momento los hoteles se transformaron en campos de concentración para atletas húngaros? Si yo solo quería dormir y no hacer nada. No. Hacer. Nada.

Parece que no es posible permanecer al margen, dejarlo estar y no alzar la copa; no hay espacio (porque no queremos) para la intrascendencia y la belleza de lo inútil. Parece imposible no correr esta carrera, no mojarse, no participar (decididamente) y no levantar las armas, cada mañana, ante cada suceso que corroe el presente.

Hemos olvidado la necesidad de lo intrascendente, la felicidad ligera de lo aparentemente inútil (ese «Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa, tu corbata de tarde, la carta que le escribes a un amigo» de Luis Antonio de Villena) y hemos sustituido la belleza de la vida que simplemente es por esta necesidad de programarlo todo, de vivir pendiente del feedback, la batalla y el aplauso. Quizá sea momento de rendirse, de celebrar lo aparentemente inútil y de recordar que, en realidad, solo hay un viaje. Sabes cuál es, ¿verdad?

Qué aprendimos aquel verano

Sylvia Plath publicó su primer poema a los nueve años: «cerca de lo que yo veo y escucho en las calientes noches de verano». Con nueve años. Este verano anda acabándose y los días incandescentes de lo que parece un lejano (parece un siglo) junio mutan en menos horas de sol y el atardecer arañando minutos al ahora. Y es que hoy vengo con malas noticias: se nos acaba el verano.

En apenas unas semanas el tostado de tu piel mudará en el reflejo blanquecino y mustio de la pantalla del portátil y la monotonía tomará los mandos de tu vida. Otra vez. Y el estío solo será un recuerdo y un puñado de fotos en el mar con menos likes de los que imaginabas. Yo no tengo dudas: para un adolescente siempre es verano porque cada día es una aventura y un sobresalto, porque entonces todo eran incertidumbres, posibilidades y cambios; siempre pasaba «algo». Por eso los días eran eternos y el tiempo corría lento, tan lento. ¿Por qué, si no, son los veranos de la adolescencia los que se grabaron a fuego en tu memoria?

Por eso nos pasamos la vida esperando la huida de la rutina y el asfalto. Porque solo en verano la monotonía se viste de riesgo y cada amanecer es una página por escribir, la posibilidad de un sobresalto; felices sobresaltos.

Aquel verano

Quizá recordaremos este 2017 como el del horror en Las Ramblas, «¿cómo imaginar cerrado el espacio más abierto del mundo?», firma Enric González en esa piedra de orfebrería que sigue siendo un artículo honesto. Quizá no, quizá lo recordaremos como el del hotel en la playa de Manuel Bartual, la eucaristía entre Mayweather y McGregor en Las Vegas o el final de la séptima de la movida de los Stark, Lannister y Targaryen —pero nada más lejos de la verdad: lo

que seguro que recordarás serán «las calientes noches de verano», los whatsapps inesperados, los planes que olvidaremos y las promesas de amor eterno—.

Para mí también ha sido el verano de Ackley Bridge, de tanta paz entre calas de turquesa imposible y de aquel beso bajo las Perseidas; el pescado a la brasa en Cataria, Breath of the Wild y ese inmenso Después del invierno de Guadalupe Nettel: «Esperar a alguien, al menos de esa manera, equivale a cancelar la existencia de uno mismo, a hipotecarla por un tiempo condicional, a cambiarla por un absurdo subjuntivo; es desaprovechar la infinidad de posibilidades que ese tiempo nos ofrece y canjearla por la peor de las opciones».

Supongo que la consciencia de esa hipoteca es la única certeza que habita tras cada uno de los miles de divorcios, separaciones y nulidades que se producen tras el verano, pero es mentira: no se producen más divorcios en septiembre por culpa de la convivencia veraniega. La falsa creencia del estío como dinamitador de matrimonios cansados tiene una causa mucho más gris: el parón de los juzgados, pero me temo que, en realidad, las parejas cansadas celebrarán la vuelta a la rutina y sin embargo será el fin de tantos encuentros fugaces, tantos felices sobresaltos. Es la costumbre la que mata la aventura.

Es a lo único (ahora que arrancan los hábitos) a lo que debes aspirar este final de agosto: que no dejen de pasarte cosas nuevas. No olvidar nunca que la única regla es exponerte y recordar, cada día, que estás vivo todo el año.

Que me beses

Besamos poco. Nos besamos poco y esta es una certeza que, malditas sean las certezas, puedo secundar con porqués y matemáticas —cada día se dan menos besos y cada día hay menos piel cuando en realidad, ya ves tú, solo importa la piel—.

¿Más aritmética? Los besos acortan la vida (por culpa de las palpitaciones que genera en el corazón, pero… ¿qué es un corazón sin boxeo?), pero riegan nuestro cerebro de oxitocina y endorfinas: el beso es el lenguaje del placer y quizá por eso es el código universal que entienden el noventa por ciento de tribus del planeta; tras cada beso incendias veinticuatro calorías y más de treinta músculos de tu cuerpo más allá de la frontera de los labios: y es que la república de un beso no entiende de patrias ni corsés.

«El día menos pensado te encuentran cosido a besos» fue el inolvidable mensaje con el que se despertó aquel paso de peatones (cómo olvidarlo) frente a la Puerta de Toledo hace no tanto y precisamente Madrid será la capital mundial del Orgullo LGTBI+ a lo largo de esta semana, pero será mucho más que eso: la alcaldesa de París, Anne Hidalgo, ha accedido a la propuesta de Carmena de ceder a la Villa y Corte el título de «ciudad del amor» durante el Orgullo. ¿Y se os ocurre una mejor metáfora del amor que un beso?

Durante el Orgullo Madrid estalla en millones de besos y la piel toma las calles de esta ciudad de todos. El beso es el símbolo del Orgullo, pero también de la lucha por tantos derechos básicos: estos días vemos cómo en Rusia el colectivo LGTBI+ (que no puede manifestarse libremente ante el miedo a las represalias del Gobierno de Putin) ha decidido combatir el atropello con besos y yo, ya ves, me muero de ganas de comerte la boca y geolocalizar esa fotografía en la plaza Roja de Moscú a la salud de lo prohibido, ¿qué sentido tiene un mundo capaz de prohibir una caricia?

El beso es un libro de Chéjov y aquel lienzo de Klimt que vistió tantas y tantas carpetas de nuestra adolescencia; El beso también es la obra en

mármol más recordada de Rodin, una maravillosa balada de Carla Morrison y aquel verso de Chateaubriand: «Por tus besos vendería el porvenir»; el beso es fundamentalmente una cuestión química, pero cómo narices íbamos a entender la historia de nuestras canciones y nuestra memoria sin la ternura y el calor de dos labios matándose a besos.

Besar, cada día, parece devenir en un acto más anacrónico y más subversivo; besarse es tantas veces peligroso y tantas veces prescindible en este hoy que quiere sustituir los besos en la mejilla por el apretón de manos. Tan correcto. Tan frío. Nos besamos menos (y peor), pero yo sigo pensando que el beso es una forma de diálogo y la bandera más bonita que puede tener la libertad.

Besamos poco, pero cuando maduras entiendes que amar es la única forma de entender —y de entenderte—. Que eres lo que das y que no hay religión más verdadera que la piel y el calambre.

Y que me beses.

Beber o no beber

En sus tiempos de hombre letrado, Carvalho se educó en la máxima de Brillat-Savarin de que el hombre se distingue del animal en que puede beber cuando no tiene sed, y no necesariamente agua.

Palabras, mucho más que perspicaces, de Manuel Vázquez Montalbán en su imprescindible Beber o no beber. Del vino y las costumbres bebedoras de los españoles. Y es que es verdad, el alcohol quizá sea una de las primeras drogas de diseño de la humanidad, tan pegada a nuestro ADN y nuestra historia («Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas, y fue que no tenían vino que beber»), casi tanto como el sentimiento de culpa que lo rodea. Porque parece que no hay manera, mi madre todavía me pregunta: «¿Pero todavía bebes?». «Algún trago de vez en cuando, mamá».

Vivimos, y bebemos, rodeados de copas, tercios, sours, cócteles y generosos. Como premio, como alivio y como trinchera —pese al escenario tan gris de esta obsesión por lo detox y el clean eating; pero es que uno no puede escapar de lo que es, de lo que fuimos—. Y somos los dos peces de hielo en un whisky on the rocks de «19 días y 500 noches», el dry martini de Luis Buñuel, el destornillador de Truman Capote y el Chablis de Providence, maravillosa película de Alain Resnais. Somos nuestras primeras copas en el Tupperware de Malasaña y las cogorzas de ron con cola en el parque del Oeste; el old fashioned de Don Draper, los blends de Tommy Shelby y el gin martini de Dorothy Parker («Me gusta tomar un martini, dos a lo sumo. Después de tres estoy debajo de la mesa; después del cuarto estoy debajo de mi anfitrión»). Somos el Manhattan de Diego Cabrera en Salmón Gurú, los vinos naturales de David Villalón en Angelita o el gin fizz perfecto de los hermanos Del Diego en ese bar que ya es patrimonio de Madrid.

Si al final la cuestión no será si beber o no beber, sino el qué.

Somos nuestras cosas

Se supone que, en realidad, tras cada compra estamos comprando el hombre que queremos ser. Pero yo lo veo mucho más sencillo: compramos tiempo para serlo.

Crecí (crecimos) rodeado de objetos. Objetos que en algún momento cruzaron la línea del mero producto para convertirse en algo más, en un símbolo —¿no era lo que le decía sir Michael Caine a un despistado Christian Bale en el maravilloso Batman de Nolan?—.

Yo recuerdo nítidamente mi primer Walkman, un cacharro de Sony rojo y negro y con trozos de celo en la tapa de las pilas; entonces estas cosas llevaban pilas. Aquel trasto y las cintas de casete dejaron de ser cosas porque en realidad eran islas, búnkeres, naves espaciales. Por eso no imagino mi adolescencia sin ellos, sin el rewind para volver a escuchar el Omega de Morente o Automatic for the people de R. E. M. Y así crecimos, rodeando nuestros días de cosas que definen ese hombre que queremos ser (un poco complicado, porque ¿qué hombre queremos ser?). Mira si no a tu alrededor: el cargador del móvil, la máquina de afeitar o la cartera de piel; la bolsa del gimnasio, el pañuelo de cashmere o esa copa de chardonnay, porque tiene que ser esa, sin la que ya no entiendes tus noches grises.

Y, sin embargo, hay quien dice que con la edad (que no la madurez, porque la madurez tiene poco que ver con la edad) nos vamos cargando de cosas: yo creo que es justo lo contrario. Nos vamos aligerando. Porque aprendemos a elegir.

Un buen amigo, diseñador, dice que hay dos clases de objetos. Unos son hijos de la escuela de Ulm, la Bauhaus y la modernidad: objetos cuya forma está relacionada con su función. Son lo que parecen y su vocación no puede más sensata: quieren serte útiles. Otros son hijos de la posmodernidad, el diseño italiano, el grupo Memphis y las vanguardias; la belleza, el ruido y la furia: soy un objeto, pero también quiero decir cosas. Por eso soy salvaje como un Ferrari

rojo, sexual como un perfume de Tom Ford o inconfundible, como el exprimidor imposible de Philippe Starck para Alessi.

Yo ahora sé que hay otro tipo de objetos; los que impregnas con tu memoria, tus emociones y cada pálpito de tu vida. Los que huelen a ti y a tus cicatrices, esos que son tan parte de ti como tú mismo: el reloj mecánico que heredé de mi padre, la libreta donde me desangro, la taza del café con la que mi madre trata de decirme tantas cosas (lo consigue), el bolígrafo con el que dibujar el mundo, este anillo de casado. Aquí están ellos. Aquí estás tú.

Todo lo que aprendí en un bar

Dicen que el cuerpo es un sepulcro y que eres lo que comes, pero yo intuyo que también eres lo que bebes —y con quién—. Como Rick Blaine, nunca haría algo tan vulgar como dejar de beber («¿Cuál es su nacionalidad, amigo? Soy borracho»), pero desde luego lo que no haría bajo ningún concepto es dejar los bares. En los bares aprendí tantas cosas que estoy por persignarme cada vez que vuelvo a uno; son nuestro María Moliner, nuestro Liceo y nuestro cura del pueblo: y es que muchos ni tuvimos cura ni tuvimos pueblo. En los bares aprendimos a emborracharnos de vida (sin una gota de alcohol), a escuchar al otro y a intuir que esta fiesta no durará para siempre. En serio. Para eso sirven los buenos bares. ¿No?

En un bar de Santa Engracia con poltronas de cuero verde oliva le dije a un buen amigo que me casaba, frente a un old fashioned quizá un poco cargado. Solo quizá. No olvidaré nunca ese día como no puedo olvidar mi primer destierro sentimental: ella pidió una caña y yo un café doble; como para no odiar la cerveza. Al bar sí lo perdoné, porque ella se fue y yo me quedé allí, solito y taciturno. Aquel día aprendí dos cosas: que ella no era de nadie (ninguna lo es) y que no hay atajos para el dolor. No los hay. No está mal para un jueves universitario, ¿verdad? En un bar aprendí que lo que escondemos es a menudo lo más nuestro, que escribir es desangrarse (aquí tampoco hay atajos) y que hay que respetar las formas, porque en las formas y en su distancia se encierra toda nuestra herencia: por eso amo con locura el gesto del barman dejando el posavasos sobre la barra. Nada puede salir mal.

En los bares aprendimos que lo mejor de la fiesta casi siempre es el café y las «zapatillas» del Melo's tras la contienda, y que la penitencia del trasnochado es más bonita si amanece en torno a amigos que un día se irán; pero hoy están aquí, a tu lado. Aprendí que no hay trago más perfecto que el Manhattan (lo tiene todo: es dulce y es amargo; es aristocrático pero también voraz. Como la vida misma, ¿no?) y que, como la vida, la coctelería es una música que solo disfrutas cuando entiendes su contraste, su vibración; no

puede haber dolor sin alegría, primavera sin otoño ni amor sin pérdida. No puede ser. En un bar de la Barceloneta aprendí que la virtud es precaución de alcaldes (Cromwell), que eres cada gesto de amor de tus padres y que ella solo se quedará si la entrega es sin medida, hasta la última gota. Porque tienes sangre en las venas, ¿no? En un bar aprendí que todo lo que viene antes del pero no importa, que en realidad solo tenemos nuestros afectos y quizá la verdad más cruel de todas: es mentira, no hay tiempo.

Madurez

Dijo lord Beaconsfield que «la madurez es una lucha y la vejez un lamento», pero yo no puedo estar más en desacuerdo, porque al menos la mía (madurez, todavía) se dibuja más bien con los tonos de la ternura y el asentimiento. Tengo poquitas ganas de luchar. Ya no peleo el café torrefacto y las cartas sin responder, ¿para qué? Y abrazo las cosas de siempre y el cajón con su ropa, y defiendo, como Gómez Dávila, «que rutinario sea hoy insulto comprueba nuestra ignorancia en el arte de vivir».

Me interesan las lámparas bonitas y las mantas de lino, porque ya (casi) no compro ropa. Me aburren los escaparates del Zara y me aburre infinitamente aquel ideal tan imbécil del «molar»; pero lo respeto, mola tú si quieres. Entiendo el cashmere y los platos de cuchara, que abrigan —también el corazón—. Y vuelvo al cuello vuelto, a las ciudades de siempre y a la belleza serena de Meryl Streep. Los perfumes caros, los Tondonias viejos y las personas sin dobleces; madurez es dejar un libro a medias (si no te gusta, para qué), intuir que la elegancia es pasar desapercibido y abrazar (siempre) con ganas. Con calor. Madurez es entender que esto no es un ensayo, que no habrá prórroga en tu obra y que la única prisa es el amor. Pero el amor no entiende de prisas.

Muestra tu herida

«Muestra tu herida, porque hay que revelar la enfermedad que se quiere curar […]. Una herida que se muestra puede ser curada». «Zeige deine Wunde» es una instalación que Joseph Beuys hizo en 1980 en el Maximilians Forum, pero yo llegué a ella a través de la fotografía (maravillosa, terrible) de la cabeza grapada de David Delfín. La hizo Pablo Sáez en aquella pieza para recordar que Daniel Borrás firmó para Vogue: la lucha de David Delfín. Durísimo. Precioso.

David Delfín y aquella frase tatuada en el brazo. «Fíjate, no lo había pensado. Pero sí. Mostrarlas es la forma que tenemos de aceptarlo, ¿no?». Herida (Damage) también es una película de Louis Malle, Jeremy Irons y Juliette Binoche sobre los claroscuros del dolor. «Damaged people are dangerous». Pero no es verdad, cómo iba a ser verdad si el dolor escondido solo pudre hacia dentro y solo gangrena una patria, la tuya. Me costó casi dos años de terapia (tres días a la semana, dos desde hace unos meses) entender que había construido gran parte de mi vida en torno al descomunal talento —soy un maestro, de verdad— de no mirar atrás. De no querer ver. ¿Pero qué había que ver?

Lucha de gigantes

Todo está fuera, ¿no? Los pasos hacia la desconexión y el naufragio emocional son desconcertantes porque no hay señales (monstruo de papel / no sé contra quién voy), no hay sintomatología, herida ni indicios de nada doloroso; de ninguna enfermedad, ningún daño aparente. Pero entonces, ¿qué estaba pasando?

Un río helado que se resquebraja, bajo mis pies. Fue la única aproximación posible (yo, que me dedico a escribir) a explicar qué pasaba; pero ¿qué me pasaba? Los problemas, se supone, siempre

están fuera. La violencia, el dolor, las lesiones y los desengaños —vienen de fuera, ¿no?—, porque dentro solo acertaba a percibir melancolía. Melancolía, por cierto, es el nombre con el Hipócrates dibujó el cuadro clínico que hoy llamamos depresión casi quinientos años antes de Cristo desde la isla de Cos, en Grecia. Melancolía: «de bilis negra». Pero ¿qué tenía que ver todo esto conmigo? Si yo estoy bien, si todo está bien, ¿no?

¿No?

No.

Todo está dentro. «Todo se ve a la luz de dentro, todo es dentro, / y las chispas no son más que chispas de nosotros…». El verso de Juan Ramón Jiménez llevaba años sobre mi mesa (colección de poesía de El País), pero aquel septiembre de 2016 se presentaba de un color diferente. Todo está dentro. Vuelvo a mi madre, a la habitación donde crecí (que hoy ya no existe); vuelvo a los libros amontonados y las libretas garabateadas; la colección de Fotogramas (que almacenaba bajo la cama, de tantos que eran), los cómics de Vértigo, las cintas de vídeo y los planes de fuga. Correr y no mirar atrás. Y lo hice bien, con mi descomunal talento, y conquisté galaxias y ternuras y asalté naves en llamas más allá de Orión; pero vuelvo a casa, a su recuerdo, y me doy cuenta de que todo está aquí. Siempre estuvo aquí. Dentro. Y esta certeza de que mostrar la herida es la única forma de curarla, de que no puedo volver, pero tampoco irme; la certeza (dolorosa pero sólida, bellísima) de que todo está dentro, todo ha estado siempre ahí. El frío, la desconexión, la luz. El amor.

También eres lo que no haces

«Pues bien, las tres clases de personas que las costumbres modernas han creado son: el hombre que trabaja; el hombre que piensa; el hombre que no hace nada. De ahí derivan tres fórmulas de existencia […]: la vida ocupada; la vida de artista; la vida elegante». Es el Tratado de la vida elegante de Balzac, que relataba la Europa de principios del siglo XIX, y qué lejos se observa desde esta romería que es nuestro presente aquella lectura de la bohemia y el dandismo: el ocio como destino, el descanso como espacio —y tiempo— idóneo para que fluya el pensamiento.

Honoré, por el contrario, veía al hombre trabajador como un mero instrumento, una «especie de cero social», un burro de carga con diez deditos cuyo único fin es producir, producir y producir. Un tostón útil. Pero en algún momento (las escuelas de pensamiento son cíclicas, como las boy bands o la chupa de cuero) volvió el racionalismo, y el pensamiento de escuadra y cartabón disfrazado, esta vez, de objetivismo vía Ayn Rand, y su desarrollo del capitalismo puro que tan bien cuajó en la ética y estética de la ideología ultraliberal de aquellos Estados Unidos de los ochenta de Gordon Gekko y los cachorros de Wall Street, el darwinismo social y kilos de farlopa entre fondos de inversión y capitales riesgo: «para vivir el hombre debe actuar; para actuar, debe tomar decisiones», afirma sin despeinarse la de San Petersburgo. Ayn, por cierto, vuelve a estar en el ajo porque su La rebelión de Atlas es el libro de cabecera de varios braceros de la Administración Trump y, cómo no, es casi evangelio para Donald. El presidente, digo.

«Eres lo que haces», «Just do it» o «Impossible is nothing»: parece ser que te definen tus actos, ni tu pensamiento ni tu palabra —«se las lleva el viento»—, y es que nos han convencido de que somos porque hacemos, nos están vendiendo la moto de que sencillamente nos definen unas zapatillas y un puñadito de logros. El objetivismo, claro, es la piedra angular del pensamiento de Silicon Valley: «Rand es la figura más influyente del sector», se desliza en aquel maravilloso especial de Vanity Fair sobre los magnates de la era

digital, los príncipes del silicio: Kevin Systrom (Instagram), Travis Kalanick (Uber), Evan Spiegel (Snapchat) y Jack Dorsey (Twitter); quizá no lo habías pensado, pero la autora de La virtud del egoísmo es el Cristo de todas y cada una de tus aulas digitales; también era uno de los libros imprescindibles de Steve Jobs. Cómo no. Eres lo que haces. Supongo que solo hay que rascar un poquito sobre la superficie de todo este fascinante universo de makers y entrepreneurs para intuir que, detrás, no hay más que nada.

Yo me niego a pensar que tan solo soy lo que hago. Lo soy, una parte, pero también lo que siento y pienso. Soy mis actos, pero también mis ternuras y cicatrices, mi memoria y cada uno de mis viajes, mis olores y tantos lugares vividos, los «hastíos y emociones, tertulias y bellezas, las rosas de un banquete suntuario, y las viejas callejas, donde se siente todo, en el verano, como un aroma intenso», de Luis Antonio de Villena. Ojalá seamos más, infinitamente más que lo que hacemos.

Pues claro que lloramos

La plorera (mucho más bonito en valenciano: plorar) tras la secuencia final de Cómo entrenar a tu dragón 3 (ajá) fue épica; una de esas con mocos, gemidos y la búsqueda del consuelo de Laura al amparo del abrazo que te cobija, «y me cogía la cabeza y la metía en su jersey». Las lágrimas sobre su cashmere y mi corazón hecho pedacitos por culpa de un dragón huérfano y un padre que solo cree en el amor. Pues claro que lloramos.

«Boys don't cry» es un himno totémico de The Cure con aquel estribillo tan absolutamente cosido (carpetas forradas y cintas de casete) a nuestra adolescencia por culpa de Robert Smith y aquel verano del 84: «hiding the tears in my eyes,'cause boys don't cry». Hay una versión cursi de nuestro Morrissey venido a menos (Miguel Bosé), pero creedme, es mejor dejar estar eso ahí —Boys don't cry también es una película tirando a mala, pero con una inmensa Hilary Swank, y vaya si lloramos con aquel final por otra parte nada inesperado. Ella ganó un Óscar y nosotros una fatiga, otra más.

Yo aprendí a llorar bien llegada la madurez; porque a llorar se aprende como aprende uno a pedir perdón, a decir te quiero o a lidiar con la herencia emocional, porque es la única que importa. Y es que creo que puedo reproducir los mejores momentos del último año a través de cada una de las lágrimas que lo han dibujado, como un bellísimo mapa lacrimógeno: es el mapa de mi vida el que os voy a contar. Hubo lágrimas los días chungos, pero también los bonitos, quizá los más luminosos de mi vida, porque si algo he aprendido es que no hay —no puede haber— felicidad sin dolor, that's the deal. Recuerdo las lágrimas leyendo los votos de un amigo que hoy es un hermano: «tienes que ser el hombre que ya eres y firmar cada día del resto de vuestra vida con aquel mensaje de todas tus cartas: amor verdadero». También le dije que le quería. Recuerdo aquel día en el cementerio de València —desenterrar a mi padre, veinte años después, para reencontrarme con su recuerdo y sus cenizas—; imposible olvidar este diciembre y aquel primer viaje de la mano de mi madre en busca de una parte del puzle de los recuerdos que

serán. Cómo lloraremos entonces. Recuerdo las lágrimas del día de mi boda, cuando ella, muy bajito y muy de verdad, me susurró todo aquello que (lo digo bien alto) yo me muero por cumplir. Recuerdo cada palabra: «Prometo no guardarme nada, y darme entera. / Prometo olerte cada día. / Prometo buscar tu roce, tu calor y tu piel. / Ojalá tu olor, tu voz, tu mirada, tus besos y tus manos me acompañen siempre, hasta mi último día, hasta mi último suspiro».

«Quiero llorar porque me da la gana», es un verso de Federico García Lorca escrito pocos días antes de morir. Pues claro, Federico; hay que llorar muy dentro y muy claro, llorar por todo lo que fue y por todo lo que vendrá; llorar porque estás vivo, porque nos queda tiempo. Porque nos da la gana.

Nos quedan los libros

El mundo parece cada vez más ajeno, pero nos quedan los libros como salvaguardas de este naufragio que nos ahoga un poco, cada día. Pienso en la distancia, cada vez menos sutil, ante este alud de sinsentidos y torpezas que es asomarse a la realidad, tras el café de cada mañana. Pero nos quedan los libros.

Para Kafka, leer es «el hacha capaz de derretir el hielo que habita en nuestro yo más interior» (imposible traducir una belleza así: «the axe for the frozen sea inside us») y, para Carl Sagan, la única prueba verdadera de que, quizá, sí existe la magia: cómo si no íbamos a inventar los libros. Leer un libro era (es) como respirar, y cada libro una semilla que siempre (siempre) encuentra su momento para florecer —tarde o temprano, porque cada historia que lees cumple su misión en tu vida—. El único tesoro verdadero, la forma de comunicación que sobrevivirá (estoy seguro) a este presente eléctrico, digitalizado; follaremos con sensores, pero nunca olvidaremos los libros. Porque ellos cobijan lo mejor de nosotros mismos.

Cierran los medios de comunicación en una crisis editorial que no parece tener fin (¿pero cómo podéis pretender que la cultura no valga nada?); dejaremos atrás los discos (nunca la música), los ordenadores y hasta los relojes, pero nos quedarán los libros. Porque no existe un objeto más bello, atemporal y preciso —y esto lo dice un convencido lector, también, de trastos electrónicos—; quizá seamos una especie despreciable, pero hemos sabido encapsular toda nuestra memoria y nuestro sentir en una pieza sencillamente perfecta que ya roza, tal y como lo conocemos, los trescientos palos. Bendita imprenta y bendito Gutenberg.

Así que solo concibo poder amar los libros, como también hace Ignacio Peyró, autor de ese maravilloso Comimos y bebimos y bibliófilo sin reservas:

El fetichismo del bibliófilo o del coleccionista maniático no añade

nada al libro, pero no creo que haya que tener ninguna vergüenza en amarlos con pasión: cuánta belleza y alegría, cuánto consuelo del alma hay todavía al pasar los ojos por una estantería y quedar seducidos por esa luz que solo los libros tienen. No ha de venir ningún maestro zen para hablarnos de los beneficios de estar en una biblioteca, ni ha de predicarnos ninguna Marie Kondo para saber que una de las mejores maneras de leer es picar entre los libros. Al elegir un libro de los anaqueles siempre habrá una nobleza a la que no podrá llegar el pasar el cursor por la pantalla de Netflix. Cada uno trata los libros según es, pero hay algo hermoso que le es intrínseco al libro: es imposible leerlo sin, de alguna manera, acariciarlo.

Cómo no amar eso que tanto nos abriga e ilumina, cómo no volver siempre (¿imagináis una mejor herencia que los libros que leísteis?) a ese tú que eres cuando tienes un libro entre las manos. Hoy puede ser un día gris, pero nos queda Milena, Cortázar, McEwan, Joan Didion o Lucia Berlin. Nos queda Carlos Marzal, Manuel Vilas, Albert Camus, Proust o Houellebecq. Nos quedan los libros.

Brindo

Brindo fue la canción con la que bailamos en mi boda, así que cómo no os voy a regalar un puñado de buenas razones para brindar por lo que vendrá; «es por ti la marea» y las luces esperando en la pista de baile. Hay que brindar en cada comida y en cada cena porque tras cada brindis se esconde una pregunta sencilla, inapelable, imprescindible: ¿por qué brindamos?

Brindamos por los viajes que serán, las sábanas blancas y el asombro ante cada regalo: la vida lo es. No somos noruegos (ni maldita la falta que hace, todo sea dicho), pero qué bonita es su tradición, llamada Jólabókaflóð, de pasar las fiestas leyendo en familia; yo lo haría con joyas como Ordesa, de Manuel Vilas; Una noche en el paraíso, de Lucia Berlin; Comer y beber, de Ignacio Peyró; Zona de obras, de Leila Guerriero; o La regata, de Manuel Vicent, el verdadero primer hedonista: «en este momento de la noche, bajo las estrellas, todo mi horizonte son tus labios».

Alcemos las copas por que el cine nos siga emocionando (así, como una bala en el corazón) y por que sea una temporada la mitad de buena que la que nos deja; y es que menudo año de películas inolvidables, eh: Cold War, Roma, El hilo invisible, Quién te cantará, La forma del agua o Call me by your name, porque cómo olvidar el discurso del profesor Perlman a su hijo Elio: «[…] Nuestros corazones y cuerpos se nos regalan una vez en la vida. Antes de que te des cuenta, tu corazón ya está gastado. Y llegará un punto en que nadie querrá mirar tu cuerpo. Menos aún acercarse a él. Ahora sientes tristeza, dolor, pero no lo mates, ni con ello el placer que has sentido». Yo no puedo olvidarlo. Mejor: no quiero.

Brindo por las bodas bonitas, las camisas de lino y por dejar de una vez atrás los prejuicios (qué daño nos hacen). A mí me ha vuelto loco «Un veneno» de C. Tangana y el Niño de Elche, quién me lo iba a decir. Brindo por los restaurantes de siempre, el mágico ritual de la sala y por que nunca se acaben esas noches eternas en la terraza de Sacha; Madrid sería un poco menos Madrid. Por la cocina pegada

a los ritmos del año, los cocineros sin gilipolleces y la gastronomía como encuentro, como la fiesta que debe ser. Brindo, por lo tanto, por Estimar, Etxebarri, Pakta, DiverXo, Cataria, A'Barra, Quique Dacosta, Mugaritz o La Tasquita de Enfrente; tenemos la suerte de disfrutar de una generación de restaurantes, cocineros y cocineras apabullante, ¿a qué esperas para hacer la maleta?

Brindo por la belleza de un cuerpo desnudo, por los zapatos de Jackson Pollock, por el #MeToo y por los medios que siguen creyendo en la libertad de expresión. No quedan tantos.

Por las copas vacías, el lenguaje de la educación (donde es tan fácil entenderse, pese a todo) y por que sigamos creyendo en la belleza. Brindo por saber perdonar y por seguir dejándonos la piel en cada página de esta historia, porque no tenemos otra.

Dramas

Uno no puede ponerse intenso, porque puede ser acusado de exhibicionista sentimental; para ellas es mucho peor, claro. Infinitamente peor. La cosa viene de lejos, y el sencillo acto de mostrar tu dolor está sancionado porque sí, porque los chicos no lloran y ellas sí lloran, pero sin dramas, no vaya a ser que salte la alarma de la amargada en ciernes —pienso en Montgomery Clift, en Jim Morrison o en James Dean, almas atormentadas cuyo destino se intuía más bien negro: suicidio o depresión—. Pienso en Bette Davis, en Blanche DuBois o en la bellísima Natalie Wood de Esplendor en la hierba: «aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello que me deslumbraba. Aunque ya nada pueda devolverme las horas de esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, pues siempre, la belleza subsiste en el recuerdo». Ella enloquece de amor, como si fuese algo malo.

¿Pero por qué celebrar esta sumisión al silencio? Enterramos a nuestros muertos y enterramos casi cualquier destello de vida fuera del guion de lo correcto: yo hace demasiado tiempo que no le digo a mi mejor amigo que le quiero, ¿por qué esta prudencia? Me cuesta horrores expresar qué cosas me duelen y siento que una parte mía está muerta en vida si dejo todo esto ahí dentro: calladito. Frío. Pero es que es a lo que me enseñaron: los héroes clásicos no lloran (solo Spiderman, que siempre fue un niñato, ¡un llorón!), un lord inglés lo es porque se abstiene y los hombres de verdad (trampantojo narrativo: todos somos de verdad) llevan la profesión por dentro. Menuda sarta de gilipolleces.

Lady Violet diría que quejarse es una «vulgaridad» y no puede ser casual que buena parte de la educación que supuestamente admiramos (los modelos escandinavos u orientales) estén armados sobre la prudencia, sobre la constricción: estar muerto es elegante y estar vivo es vulgar. Yohji Yamamoto o Cate Blanchett son elegantes. Lola Flores o Gerard Depardieu son vulgares, la Scarlett Johansson de Match Point es tremendamente vulgar: hay que joderse. Yo cada día tengo más claro lo contrario: somos hijos del Mediterráneo y nos define nuestro caminar

pegaditos a la vida —nos definía saber llorar, saber reír y saber follar, pero andamos cada día más perdidos, buscando incertidumbres donde antes había certezas—.

Yo quiero ser un dramas. No soy hombre de propósitos, pero si tengo uno, es este: no guardarme nada dentro. Ser una hoguera, una fragua, un llorón; dame veneno, joder («es un veneno que llevo dentro / en la sangre metido»), porque estamos vivos. Quiero mirar de frente a la desolación (tenemos tanto que aprender del flamenco…) y gritar nuestros miedos bien alto y bien claro, porque la vida solo sucede cuando estalla: la vida estancada no es vida. Quiero (es que pienso hacerlo) decirle todos los días que la quiero, sudar bonito, llorar por los que no están y también, claro que también, por los que están.

De ninguna manera

«Lo único importante, qué fácil es decirlo, consistía en no resignarse». La cita es de Francisco Casavella y, en realidad, resume el objeto de este artículo (así es, pueden dejarlo estar aquí). Y es que el enemigo —el verdadero enemigo— no es la corrupción, la podredumbre y la miseria moral a la que nos enfrentamos cada día, en cada periódico. El verdadero enemigo no es la prostitución de todos y cada uno de los valores en los que creíamos: la honestidad, el esfuerzo y el compromiso. El verdadero enemigo es esta entrega absoluta a la ley del mínimo esfuerzo.

¿Corregir el texto antes de mandarlo? Para qué, que lo hagan en la redacción —que para eso les pagan—. ¿Dejar propina? Y una mierda, con la que está cayendo… ¿Contestar ese último email? Para qué, si no me interesaba el asunto. ¿Cerrar con un «Tengo que dejarte, hablamos en otro momento» esa conversación de WhatsApp? Para qué, ya se dará por aludida ante el silencio.

Así que tolerancia cero con la resignación. No puedo (ni quiero) con la ley del mínimo esfuerzo. Dicen que madurar es aprender a decir «no»; así que aquí van un puñado de «y un carajo» por los que (ya) no paso, de ninguna de las maneras:

Detesto la impostura, el discurso (vacío) del dinero por el dinero, el maltrato animal, a los trepas, los plastas y tantos «amigos» de los de puñalada trapera tras darte la vuelta. Detesto la arrogancia de quien se sabe ahí arriba (porque caerás, amigo; tarde o temprano caerás), la vulgaridad, los nacionalismos y el cinismo que inunda cada barra de cada bar.

Detesto a los restauradores sin escrúpulos. Y hablando de gastronomía (¡que me suelten les digo…!), detesto el servicio envarado, esa altivez tan provinciana —tan rancia— de salvarme la vida, de que parezca que me estás haciendo un favor escribiendo la comanda (que es lo que tienes que hacer); hablo de esa actitud tan de «¿Qué quieres?», con un resoplido y la mirada fija en la libretilla.

Detesto, aún más que a los camareros envarados, a los clientes altivos. Detesto el clasismo y, en fin, a todo ser humano ungido con el don de la verdad y el agravio; que siempre, sin excepción, van tan de la mano. Detesto sin medida a esos grupos —perdón, ganado — ruidosos, el machito que se crece con cuatro colegas, pide la caña a gritos y casi a gritos comenta la jugada del culazo de turno (¿pero tú eres tonto?), el mismo que te ha llenado las copas. Detesto las mesas demasiado juntas, la televisión demasiado alta (la televisión, grosso modo), el pan que no he pedido, las esperas eternas y que traten mucho mejor a mi madre que al crítico gastronómico de relumbrón. Esto último lo detesto especialmente.

Detesto a los padres maleducados (los niños qué culpa tendrán de ser concebidos por dos mandriles), y sé que en el tema de los niños —ya lo sé— hay carnaza para mil artículos, pero permítanme una síntesis: si no saben ustedes cómo hacer que sus herederos se comporten en un lugar público, no los lleven. No sé, pidan un Happy Meal o una pizza barbacoa, ¡pero déjennos en paz!

Detesto las terrazas donde miran mal a mi perro, mucho más educado, por otra parte, que esos niños de antes.

Detesto que se vulgarice algo tan sagrado como la comida y (también) que olvidemos un poquito, cada día, lo único importante: no resignarse.

Siempre hay una pera

No os lo vais a creer.

Lo primero, esta historia es real. Sucedió hace no tanto en una mesa del café de La Piola —recomendadísimo—, y es que el aquí firmante casi se atraganta con el pastel de cabracho escuchando cada palabra del diálogo que desencadenó el divorcio de mi amiga Martina. Llamémosla Martina.

Lo segundo, yo no sabía que estaba divorciada (¿por qué os lo calláis?), así que tiré del hilo. La historia típica (sorry, M) de bodorrio: casoplón a estrenar, lista de regalos en Becara y un amargo «¿con quién cojones me he casado?» un par de años después. Así que —maldita sea mi estampa— me fue imposible no hacer esa pregunta que nunca hay que hacer: «¿Por qué os divorciasteis?». Su respuesta fue concisa, rotunda y aterradora: fue culpa de una pera.

Esta es la historia: Martina y Carlos (su por entonces maridito) terminaban de comer:

—¿Quieres algo de postre, Carlos?

—Mmm, no, gracias. Está bien.

—¿Seguro? ¿No quieres una pera?

—No, no, M. Está bien, no me apetece una pera.

—Te lo he dicho mil veces, Carlos. Tienes que comer más fruta. No comes nada de fruta. No te cuesta nada comerte una pera…

—No quiero una puta pera, M.

—Joder, C (se eleva el tono de voz). Eres un puto egoísta. Yo siempre estoy pensando en ti y en cómo hacerte feliz y tú a tu bola, joder. Como siempre. Quiero que te comas la pera de las narices.

—Por mis cojones que no me voy a comer esa pera.

—Si no te comes esa pera, Carlos, hago las maletas y me largo.

—Si te vas de casa porque no me he comido esta pera, no esperes encontrarme cuando vuelvas.

¡Zasca! Tracatrá. Y así, tan rápido como un día mi amiga se encoñó hasta las trancas de Carlos, hoy cruza esa línea que separa la indiferencia del desprecio y se acabó. El segundo clic. Un instante —qué fácil es reconocer ese instante mirando al pasado— en el que tienes la certeza total y absoluta de que estás viendo los títulos de crédito de una película que ya no reconoces como tuya.

Todo por culpa de una pera.

Noches llenas de verano

Yo siempre odié el verano. «El sol brillaba, no teniendo otra alternativa, sobre lo nada nuevo», así arranca el primer párrafo de Murphy, de Samuel Beckett, y con la pesadumbre de quien tan solo encuentra cobijo bajo la sombra y algún otoño, aquel adolescente que yo era observaba con pavor los primeros latigazos del estío: ya están aquí las hordas de madrileños tomando las playas de nuestra Normandía (que es el Mediterráneo de nuestra infancia: las calas de Xàbia o Dénia, el pulpo seco y la gamba roja del Faralló). Ya están aquí los trolleys atestados de promesas y toda la tristeza del secano, amontonaditos en los vagones del AVE. Yo soy aquella niña repelente de Poltergeist: ya están aquí.

Lo odiaba como solo se puede odiar lo que ya no es tuyo (pero lo fue) porque ya es de todos. El verano saca lo peor de nosotros mismos: nuestra versión más primitiva, procaz y provinciana —el notario con pisito (renta antigua) en calle Montalbán luciendo lorza, chanclas de hilo y camisa de manga corta en a saber qué hotel de Calpe—. El Marca bajo el brazo, la cañita a media mañana y la doctrina de la media pensión: pocas cosas más tristes en la vida que la media pensión y el desayuno bufé, escuchando berrear a ese ejército de mocosos con Peppa Pig (o peor: un youtuber) en la pantalla del iPad, ¿y a esto lo llamas verano?

Me negaba a llamar verano a esta tontería de sudar para nada (qué cosa tan vulgar, sudar para nada); a tantos chiringos con sus servilletas de papel y sus matrimonios grises como «un torero / al otro lado del telón de acero». Tintos con Casera, paellas congeladas y la canción del verano. Tomás Romero, los tirantes de silicona, las colonias baratas, el lambrusquito —y el tiramisú de las narices—. Las plantas artificiales, los perros maleducados (o sea, sus dueños) y la contraportada del AS. Casi todas las fiestas regionales, los trapitos «tan veraniegos» de Desigual y El laberinto de los espíritus de Carlos Ruiz Zafón: será el posavasos del verano. Despacito. «Firmo en las paredes de tu laberinto, Y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito». Des-pa-cito.

Yo pensaba, qué cosas, que el único verano soportable era el de la memoria y el aire acondicionado. Pues bien: me equivocaba. Porque verano es (puede ser) ordinariez, pero también epidermis; la brisa de media tarde y tantas Noches azules (Joan Didion) como metáfora de esas semanas «en que los crepúsculos se vuelven largos y azules» y «uno piensa que el día no se va a acabar nunca». Unas espardenyes de Castañer, las lonjas de pescado y el peso de la toalla sobre tus hombros: tu única carga. El Manhattan de Juan Marcos y Carla en el Bar Lemon de Port Es Castell (en Menorca) y el sashimi de ventresca del Hotel Antonio en Zahara de los Atunes. «Summer Wind», las noches de llenas de verano y tantas canciones de Sinatra, «Era música para hacer el amor; en las playas, en los atardeceres suaves de verano; en casitas a orillas del lago; en yates, en taxis, en cabañas».

En verano cada día es una hazaña y el niño que fuimos nos recuerda el hombre que podríamos ser. Ese que olvidaremos en septiembre.

Por qué

Escribo, también, sobre comer, beber y vivir —que es, al fin y al cabo, la misma cosa—, así que me enfrento más bien demasiado a menudo a la preguntita de rigor: «¿Por qué te gustan tanto los restaurantes?».

Y es que me gustan, demonios. Me gustan los restaurantes como me gusta vivir y me gusta arañar minutos a la manecilla del reloj de lo inesperado, como esos besos que no te pertenecen. Me gusta el cosquilleo de la duda y las mariposas palmeando al son del calambre del ahora, como las de aquella carretera que nos llevó hasta Cala Montjoi. Me gustan (me emocionan) las setas de El Cisne Azul, los gin tonics de Joaquín en el Dickens y las tardes interminables en la mágica sobremesa de Quique Dacosta.

Me gustan los mercados y los olores, los bocatas del Pinotxo en la Boquería y las bravas del Rausell. Me gustan —amo— la serenidad de Pitu Roca, los croissants de Le Pain y cada rincón de «lo viejo» en San Sebastián, desde las gastrotapas de A Fuego Negro hasta los pintxos en Txepetxa. Amo los quesos de Monvínic, las flores de Mugaritz y la vergüenza ante lo dicho con tres copas de más. Esos restaurantes donde cruzar el umbral de la puerta significa entrar en un mundo más civilizado, más auténtico y, en definitiva, mejor; donde la cobertura se olvida del móvil y el furor del día a día se ve amablemente sublimado por la sonrisa del camarero y la ceremonia del servicio. Donde se respira respeto, sosiego y sobremesas sin prisa hasta esa hora mágica de la media tarde, cuando las mujeres son más guapas, los chistes más ocurrentes y la crisis un recuerdo de mañana.

Las casas de comida donde nos enamoramos, donde conocemos nuevos amigos y olvidamos a varias novias inolvidables. Donde, tras un par de copas, se deja el capote y se coge la muleta, donde el tiempo pasa lento y los amantes aún se susurran tonterías al oído. Donde es fácil creer —volver a creer— en la gastronomía como civilización: como ocio, como cultura, como filosofía de vida.

En resumen, la buena mesa, porque «ser feliz es esconderse en el último rincón de mundo», como decía Cortázar. Y ese último rincón no es otro que la mesa de tu restaurante favorito.

¿Cómo no amarlos?

Otoño

Sacar del cajón el reloj de invierno y su correa de piel —cada septiembre—. Este atardecer, y cualquier paseo en casi cualquier playa, a esa hora en la que la piel pide ya un abrigo y la cabeza un plan: ¿no lo hueles? Es el aroma del otoño. Acabó el verano y con él los planes imposibles, es momento de los proyectos posibles, de las cosas que serán. Es momento de abrir el calendario, de reubicar alientos y andar a la caza de razones para sobrevivir a este septiembre voraz. Nos sobran.

Silencio, de Martin Scorsese y Patterson, de Jim Jarmusch. Wagner Moura en la segunda temporada de Narcos y The young pope, de Sorrentino; la exposición dedicada a la Beat Generation en el Centre Pompidou y esa otra maravilla, «Francis Bacon: de Picasso a Velázquez», en el Guggenheim de Bilbao. Rendir pleitesía a Puppy, patear las siete calles y jugar tres (cien) partidas en el pinball dedicado a Life Aquatic en el Bar Luce de la Fondazione Prada, en Milán. La muralla roja de Ricardo Bofill, en Calpe (está en Airbnb), y la brasa de Etxebarri; el marisco de Los Marinos José, en Fuengirola; los colores de Ezcaray y el Manhattan perfecto de Diego Cabrera en Salmón Gurú. La barra de Matador, el Unplugged, de Jordi Vilà; y la cocina portentosa de Manolo de la Osa, en Adunia. Madrid en septiembre —nunca Madrid es tan Madrid como en septiembre—, Miguel Poveda en Sevilla, los chamizos de San Mateo en Logroño, Norah Jones en Campo de las Naciones y, joder, The Pixies: «I know the nervous walking, I know the dirty beard hangs, out by the boxcar waiting, take me away to nowhere plains».

Vuelve el otoño. El sofá cálido de la terapia, tan implacable; el frío de cada estación de tren (tan familiar, a su manera) y el suspiro tras dejar mi bolsa de viaje en la cama de cada hotel. Siempre, no importa la veces ni los hoteles ni las ciudades; siempre, insisto, se repite ese suspiro y aquella certeza: hay que jugar.

Septiembre. Y el olor, este olor que impregna las calles, los planes y las melancolías. Se llama futuro.

Despropósitos

Es momento de hacer la maleta, comprar esos billetes y guardar las dudas en el cajón de las cosas que no importan; ahí fuera te espera un mundo inmenso, rebosante de lugares por conocer y experiencias por vivir que no sucederán nunca si no das ese primer paso. La vida está ahí fuera y no pasará dos veces frente a tu casa, ¿a qué esperas para abrir la puerta y comértela a bocados?

Come ligero, viaja siempre con una libreta y un boli, apunta cosas, dibuja, garabatea (los niños lo hacen, no tengas miedo a ser un niño porque ellos lo entienden todo como un juego y quizá no van tan desencaminados…). Las cosas son porque las nombramos: llama a las cosas y a las personas por su nombre; sé respetuoso pero no dócil, sé valiente pero nunca grosero; deja el planeta como estaba cuando viniste o, por qué no, mejor. No compres perfumes baratos, invierte en diseño, lee sin descanso, besa en cada ciudad. No distingas entre trabajo o placer, que la vida no entiende de compartimentos estancos.

Escucha atentamente a quien no piensa como tú, es la única manera de crecer. Camina, camina sin parar porque el mundo tiene un ritmo diferente a pie. Saborea cada trago porque nunca sabes cuál será la última botella. Deja siempre propina. Atento a los sonidos de lo que te rodea, respeta las costumbres, sé honesto contigo y con los demás, pide siempre permiso. La educación es el único lenguaje universal. Compra en pequeños negocios locales, aprende a amar la artesanía, estate atento a cada historia tras cada objeto, cada lienzo y cada plato: detrás de cada uno siempre hay una historia esperándote. Escucha a Jhonny Cash, pero también a Magdalene. Ten grabado a fuego aquello de Salvador Dalí: «La vida ha de ser una fiesta continua». Aquí hemos venido a bailar y nada más que a bailar.

Deja de dar la brasa con esa idea tan pueril de la perfección: no somos más que la suma de nuestras imperfecciones y cada una de nuestras cicatrices, y si no aceptas (solo hay una manera de aceptar:

entender) las tuyas, nunca lo harás con las de los demás. Sé infinitamente más duro contigo mismo que con el resto; dedícate tiempo, haz terapia, duerme de más, deja en orden las cosas importantes porque mañana quizá estalle la tormenta. Ten en cuidado con el «éxito». ¿Qué es el éxito? Yo cada día tengo menos claro lo que buena parte del mundo entiende como una victoria.

No hay por qué compartir la vida con nadie, pero si lo haces recuerda siempre las razones por las que te eligió. No des las cosas por sentado (es el principio del fin), no pienses que te pertenece, porque nadie pertenece a nadie. No patalees porque las personas no actúen como esperas que lo hagan; entiende que la libertad es nuestro mayor tesoro. No juzgues. Sé más consciente que astuto, sé más emocional que práctico. No ser feminista es ser imbécil. No pierdas el tiempo con personas tóxicas, recuerda que la luz (la tuya) brillará con más fuerza si sabes rodearte de personas que sepan mirarte; quiérelas mucho. Díselo. No tengas miedo.

Deberías

Debería decirte «te quiero». Debería alzar la copa, brindar por tus logros, morir en tu guerra. Deberías —dicen— hacer lo que se supone que debes hacer (¿qué era lo que tenía que hacer?). Deberías atender, pedir perdón y aplaudir al ídolo.

Deberías votar en blanco, tomar partido —sentirse insultado ante este presente saturado de imputados y de presuntos—, informarte cada mañana y leer tantas firmas, columnas y renglones cargados de rencor, vísceras y ego. Deberías ofenderte. Patalear. Manifestarte un millón de veces ante el Congreso del soberano. Exigir lo que te corresponde, firmar las cartas y saldar tus deudas. Deberías ver House of Cards, The Leftovers y la última tontería de Godard; leer Libertad de Jonathan Franzen, suscribirte a The New Yorker y escuchar toda la discografía de Los Planetas. Deberías estar al tanto de cada una de las cosas de las que se supone que hay que estar al tanto.

Deberías atar a tu perro, contestar cada email, sumarte al coro de palmeros que aplauden al mañana. Deberías entender el discurso ajeno, poner la otra mejilla, hacer un esfuerzo; todos los esfuerzos del mundo. Deberías escuchar. Y asentir. Y callarte.

Pero no lo vas a hacer.

Donde siempre se vuelve

El cielo de Madrid

De Madrid al cielo, la oda castiza de Quiñones de Benavente que arranca con «pues el invierno y el verano, en Madrid solo son buenos» y se cierra con el inmenso verso sobre ese cielo que ya es un poco de todos. Como ese Madrid que no es uno; más bien cien, mil Madriles para cada extraviado en esta ciudad que es todas las ciudades y por eso mismo ninguna. Tres millones de huérfanos de un cielo como el de aquí, infinito edredón plagado de añiles y tejas, que cobija pero no ahoga, que ilumina pero no quema, que solo duele cuando se aleja…. cuando no está.

El cielo del Madrid de Francisco Umbral: «El minué fluvial de los automóviles, un cruce de saloon y medio siglo, con estatuas cubistas en el cielo» en su domingo de invierno en Madrid.

El cielo de Josep Pla, que «baja a buscar a la tierra, que alarga el brazo y le ciñe la cintura. En otras comarcas, la tierra se alza en un impulso hacia el cielo. El color y la forma de estas nubes y de la luz de Madrid hace un poco tarjeta postal iluminada: estilizada, de una finura delicadísima, algo artificial, escenográfica, filtrada, limpia, precisa. Esta luz, este cielo, estas nubes son el lujo de Madrid».

El cielo de la Gran Vía de Antonio López, tan desnudo y tan frágil, tan ajeno (su mujer, Mari, le pregunta al pintor: «pero, ¿por qué no pintas el cielo?»), y Antonio lo mira como el pretexto de la vida que está a punto de nacer (en el lienzo; son acaso las seis y media de la mañana), porque en Madrid está amaneciendo. ¿Cuándo no amanece en Madrid?

El cielo de la Villa de Azorín, donde «la vida fluye incesable y uniforme; duermo, trabajo, discurro por Madrid, hojeo al azar un libro nuevo, escribo bien o mal—-seguramente mal— con fervor o con desmayo. De rato en rato me tumbo en un diván y contemplo el cielo, añil y ceniza».

El cielo del Madrid de Ignacio Peyró, ese que miramos

«naufragando hacia la tarde en un Madrid de verano, perfecto en su color azul y acacia»; su Madrid —intuyo— tiene el aroma del otoño, de hojas secas y abandonos.

El cielo de mi Madrid está dibujado de índigos, tristezas y granas; lo recuerdo siempre a lomos de un taxi, subiendo Recoletos hacia Gran Vía, pegada la mano a la bolsa de viaje que no sabe, que no quiere dejar Madrid. El tiempo —esa cárcel— se detiene casi siempre (mentira: siempre) a la altura de Cibeles: cómo es posible tanta belleza. Bajo la vista, suena el móvil, sigue la vida. A media tarde busco —necesito— el cobijo sereno de Juan Bravo, pero también el calambre en Echegaray, no muy lejos de La Venencia y sus barriles. El cielo de mi Madrid es terapia, cura y abrigo. Y todo está bien, y el mundo funciona. Pero suena el móvil, y sigue la vida.

El sol es una estufa de butano; luz espacial, presencia eternizada. Madrid no te pertenece —ya lo sabes—, pero cómo no va a ser tuyo el cielo de Madrid.

La identidad de Barcelona

¿Qué pasa con Barcelona? Es la pregunta que creo que más veces he escuchado durante los últimos cinco años tras cada uno de mis viajes a la Ciudad Condal. Qué pasa con Barcelona y qué pasa con Cataluña, con su identidad, su lucha. Es una buena pregunta.

Es un sábado de octubre, finales de octubre. Me hospedo en el Majestic, mi casa en L'Eixample, pleno Passeig de Gràcia. Me gusta este hotel, me gusta su historia (las ciudades, como las personas, no deberían renunciar a su historia) y su manera de entender el lujo: discreción. En la calle, un ruido atronador. Una ola de senyeras (el escudo de la Casa de Barcelona cuyo origen nos remite a la leyenda de Guifré el Pilós) de granas, ámbares y ocres inundan el asfalto hacia la plaza Catalunya. Una manifestación multitudinaria cuyo mensaje es claro: presionar en favor de la celebración de la consulta. La calle, al menos una parte, reclama la independencia.

¿Por qué?

La pregunta parece obvia, pero de verdad creo que no lo es tanto. Me da la sensación de que a mitad de este camino ya iniciado hemos olvidado la señal entre tanto ruido. «¿Por qué la independencia?». Desde cualquier cafetería de Chamberí el «proceso» se observa desde una mezcla de antipatía y distancia. No quiero —no es este el foro— entrar al trapo de este tablero político en el que las piezas bailan desordenadas sobre los sesenta y cuatro escaques nacionalistas: Junqueras, Mas, Lleida, Constitución o soberanía. El presidente catalán y líder de CiU, Artur Mas, insiste en que su plan es proclamar la independencia de Cataluña en el plazo de un año y medio.

Identidad, seny, país. Mis amigos en Barcelona (fieles, honestos, cabales) no entienden la distancia y la antipatía que crece desde el

rompeolas de todas las Españas (pero también desde el Ensanche de Valencia, Bajo de Guía o el casco viejo de Cáceres —tres destinos recientes—). No hay duda en sus valores ni en su corazón: seny, rauxa, país. Más allá de lo político, un sentimiento de pertenencia que nace en las entrañas. Es lo que trato de entender y de explicar a mi familia allá en Andalucía.

La manifestación en plaza Catalunya estalla en una sinfonía de silencios y respeto. El taxi azabache y ámbar se dirige hasta el Hotel Arts, quiero hablar con Sergi Arola, cocinero y catalán que respeto y admiro. Mientras tanto, el taxista (que es de Poble Nou) se asombra ante mi pregunta: «¿Qué significa Barcelona para ti? ¿Cuál es su identidad?». Su respuesta es sencilla, no titubea: feina. Somos un pueblo trabajador, no más que pagesos. No me ofende (¿debería?) su tono; de hecho, me enternece ese orgullo tan castizo.

Cerramos la conversación con una frase de Josep Pla que creo que es importante para entender todo esto: «El único autógrafo digno de un hombre es el que deja escrito con sus obras»; la dignidad en tus manos y tu cabeza, eres —no más— lo que haces y lo que haces es tu bandera. Garabateo esas palabras en mi libreta.

Almuerzo con Arola frente al inmenso peix metálico de Frank Gehry. No se muerde la lengua: «¿El problema de Barcelona? Búsqueda obsesiva de una capitalidad que no necesita. Se debería centrar más en los valores que tiene; los aspectos geopolíticos, los movimientos culturales y contraculturales de las tres últimas generaciones, la intelectualidad a pie de calle de escritores, arquitectos, ilustradores o diseñadores. Y un detalle: un amigo catalán es un amigo para siempre- En Madrid, quien yo pensaba que era un amigo del alma me ha pegado una puñalada».

Entender el seny. Repaso las notas, hablo con amigos, insisto, pregunto. Creen que la independencia no llegará y que seguirá pegado a su piel ese sentimiento de extranjeros con el que ya nacieron.

El resto del mundo observa distante y gris el eco de una ciudad que recordábamos maravillosa; antes de la Barceluña de Enric González: «la ciudad postiza más famosa del mundo. Una ciudad para turistas. Confortable, pero ha perdido completamente el carácter».

Yo sigo enamorado de Barcelona, de sus colores, su libertad y su orgullo. De la vibración que generan dinamos como Miqui Otero, Kiko Amat, Milena Busquets, Felipe Salgado, Nacho Alegre, Javi Antoja, Juanjo Sáez, Daniel Riera o Albert Adrià. Tantos.

En plaza Catalunya, una multitud se quiebra enmudecida. La calle huele a libertad.

¿Sanluqueño o Jerezano?

Los viejos dicen que no, que no hay por qué elegir; que en esta vida «hay tiempo para todo»; que si el cuento de los grises, amontillado a media tarde y el tercer pañuelo blanco del aviso que nunca llega. Pero este es mi artículo y esta es mi letra: en esta vida hay que elegir.

Y en el marco de Jerez la cruz del camino tiene dos nombres: Sanlúcar de Barrameda o Jerez de la Frontera. Dos universos que comparten tantas cosas (la variedad Palomino fino, el sistema de criaderas y soleras, el mosto y el alma) y, sin embargo, tan diferentes. Tan suyas. Tan nuestras.

El carácter jerezano es finura y alcazaba. Jerez es Borgoña, (exquisita) educación, cuna y fino viejo. Jerez es señorío, monte, anises, avellanas y un barniz bellísimo, inconcebible. Jerez es Rafael de Paula, los Beatles y los ibéricos de la Carboná. Jerez es orden, muleta, razón y concierto. La clase de Eduardo Ojeda (que es del barrio de Santiago, el barrio más flamenco de Jerez) y los pagos míticos de Macharnudo alto, Balbaína y Carrascal. Jerez es Inocente y Cardenal de Valdespino. Una, Dos, Tres y Cuatro Palmas de González Byass o la gama Antique de Rey Fernando de Castilla. Jerez es aula, calidez y confianza. Confianza en las cosas como siempre han sido, como deben seguir siendo.

Sanlúcar es misterio y albariza. Sanlúcar es la fría noche del Atlántico; caos, locura y anunciación (Sanlúcar nunca llega, Sanlúcar siempre está llegando). Sanlúcar es cuchillo, salinidad y la vida que se escapa por la boca y el alma. Sanlúcar es capote y naturales; provocación, riesgo y mañana. Sanlúcar son los Rolling Stones, las acedías del Bar Navarro y los gin tonics de José Antonio frente a la desembocadura del Guadalquivir en Pórtico 72 (en Bajo de Guía). Sanlúcar es el magisterio de Álvaro Girón, la guitarra de Manolo Sanlúcar y el puño (y la letra) de don Manuel Barbadillo. Sanlúcar son los pagos de Miraflores, Mahína y Las Cañas. Sanlúcar es champán, sapidez y fragilidad (maravillosa y enorme fragilidad).

Sanlúcar es Deliciosa en rama de La Guita, La Bota n.º 44 Florpower del Equipo Navazos o la manzanilla pasada Pastrana de La Gitana. Sanlúcar no ha pasado. Sanlúcar está pasando.

Y uno, que, ya ven, nació buscando la perfección jerezana —en los vinos y en la vida—, aprende —cosas de primaveras, canas y portazos— a buscar la feminidad, el misterio y la locura sanluqueña.

Recordando San Sebastián

El sol sale sobre las campanas de la Basílica de Santa María. El ajado empedrado de la calle Campanario escucha los primeros susurros de la mañana (las ruedas de una bicicleta, el cepillo de la escoba, el cuero de unos zapatos, las pezuñas de un galgo), un amanecer donde todo huele a humedad, misterio y renacimiento. Despierta San Sebastián.

Uno no puede estar muy lejos de Donosti como no puede estar muy lejos de un par de botellas de chardonnay (de la Côte de Beaune), el cuello de una mujer o el silencio que acompaña el café del desayuno. Donosti es elegancia, respeto, civismo y la creencia (fe, más bien) de que aún merece la pena susurrar «buenos días» ante un extraño. De que existe un mundo donde las cosas son —siguen siendo— como siempre imaginamos que debieron ser. Ese mundo existe y se esconde en este Camelot frente al Cantábrico y el monte Igueldo.

Me despiertan las olas de Zurriola tras la Kursaal (me gustan las noches en zona Gros), las olas de ese Cantábrico que enamora por igual a pescadores, notarios y surfistas. Ese mar que es patria de bonitos, merluzas, anchoas, rodaballos y bacalaos escondidos bajo los azules esenciales del silencio y del sonido del agua. Los mismos que yacen tras las redes de las barcazas camino a las tascas de «lo viejo» donde, una vez más, nos reconciliaremos con el mundo frente a una barra.

Es hora del vermú en casa de Paco Bueno, tras cruzar sin prisa —aquí no hay prisa— el puente de María Cristina sobre el Urumea. Llegamos a lo viejo, el barrio donde el pintxo es religión y la conversación un arte inalterable frente a este hoy de tuits y comunidades abarrotadas de avatares tristes. Un arte (el de la conversación) que impregna cada tasca y cada corillo frente a una barrica vieja y tres chacolís. El mismo corillo que cada mediodía se cita en el Bar Néstor a la espera de la mejor tortilla de patatas del planeta. El mismo que se entrega al placer de la conversación sin fin

en el bar Txepeta, el templo de la anchoa. El templo de Gilda, la mítica tapa homenaje a la bofetada de Glenn Ford a Rita Hayworth. Pobre Ford, con sus ojos tristes de perro pachón, quién te manda subir la falda de Margarita Carmen Cansino; está claro que en tu casa no seguían a rajatabla aquella regla básica del Coronel: nunca te acuestes con una mujer cuyos problemas sean más graves que los tuyos. Bien. En la mía tampoco.

Conversaciones. Afirma un amigo que la capacidad de conversar no solo distingue al hombre del animal, sino que separa fundamentalmente «al hombre civilizado del hombre bárbaro». Brindo por eso con un Taittinger en el Atari (excelente carta de espumosos) y también en la barra de mi bar de cabecera en lo viejo: Borda Berri. Y aquí parte del equipo de San Telmo roza la excelencia en cada pintxo con joyas como la carrillera de ternera al vino tinto, la vieira a la plancha con mermelada de melocotón de viña o el risotto de setas con Idiazábal.

Cae la noche en la calle Mayor, donde los amantes aún van de la mano y los chuchos no molestan. A lo lejos aún susurran las olas de la Concha y el salitre inunda de belleza cada rincón de esta ciudad imposible. Creo que fue Manuel Vicent quien dijo aquello de «un hombre está acabado cuando la belleza lo pone triste».

¿Cómo no amar San Sebastián?

Otros títulos

1. Anatomía poética

J. M. Caballero Bonald y J. L.Fajardo

2. Radical libre

Manuel Vicent

3. Zona de Obras

Leila Guerriero

4. Suspense

Patricia Highsmith

5. Para ser escritor

Dorothea Brande

6. El tiempo reversible

Francisco Umbral

7. Puntos suspensivos

Ángel Gabilondo

8. Toda la vida preguntando

Juan Cruz

9. Hambre de realidad

David Shields

10. La vida en cinco minutos

Virginia Galvín

11. Ensayos Bárbaros

Jordi Soler

12. Vidas de santos

Antonio Lucas

13. Lacrónica

Martín Caparrós

14. Las Encantadas

Charles Darwin y Herman Melville

15. El arte de perder

F.Scott Fitzgerald

16. Japón el paisaje del alma

Rudyard Kipling e Inazo Nitobe

17. Cosas que brillan cuando están rotas

Nuria Labari

18. Largo viaje inmóvil

Doménico Chiappe

19. Mientras haya bares

Juan Tallón

20. ¿Pero qué broma es esta?

Miguel Ángel Aguilar

21. Leer es un riesgo

Alfonso Berardinelli

22. Un abuelo rojo y otro abuelo facha

Juan Soto Ivars

23. La importancia de no entenderlo todo

Grace Paley

24. Constantinopla, eterno viaje a Itaca

Théophile Gautier y Konstantínos Kaváfis

25. América

Manuel Vilas

26. Nuevas lecturas compulsivas

Félix de Azúa

27. No somos refugiados

Agus Morales

28. El último pistolero

Raúl del Pozo

29. ¿Dónde vamos a bailar esta noche?

Javier Aznar

30. Crónicas biliares

Jorge Bustos

31. Polinesia, Paraíso encontrado

Jules Dumont D'Urville y Robert Louis Stevenson

32. Caída libre

Sue Kaufman

33. Empiezo a creer que es mentira

Carlos Mayoral

34. Palos de ciego

David Torres

35. Fuera de carta

Rodrigo Varona y Javier Márquez Vázquez

36. Contar es escuchar

Ursula K. Le Guin

37. La gran desilusión

Javi Gómez

38. Inferior

Angela Saini

39. Impón tu suerte

Enrique Vila-Matas

40. Alienación indebida

Rafa Cabeleira

41. Crónica de una paz incierta, Colombia sobrevive

Aitor Sáez

42. Una isla, tres continentes

Alexander von Humboldt y Gertrudis Gómez de Avellaneda

43. A favor o en contra de la bomba atómica

Elsa Morante

44. La vida instantánea

Sergio C. Fanjul

45. Michigan, acaso Michigan

Antón Reixa

46. Estaciones de regreso

Jacobo Bergareche

47. Gente que se fue

David Gistau

48. El día que murió Kapuscinski

Ramón Lobo

49. Literatura infiel

Ricardo F. Colmenero

50. Egipto, sueño de dioses

Gérard de Nerval y Amelia B. Edwards

51. ¿Por qué nadie publica mi novela?

Fay Weldon

52. El juicio sin final

Pablo Ordaz

53. Ella soy yo

Marta Suria

54. Crónicas barbitúricas

Karina Sainz Borgo

55. Te quiero viva, burra

Loreto Sánchez Seoane

56. Elogio de la quietud

Pedro Cuartango

57. Buenas noches

Santiago Isla

58. Cuando el Vips era la mejor librería de la ciudad

Alberto Olmos

circulodetiza.es

Este libro terminó de imprimirse el 2 de julio de 2020. Tal día como este de 1877 nace en Calw (antiguo reino de Wurtemberg del Imperio alemán) el escritor germano Hermann Hesse, autor de una gran obra poética, además de novelas, meditaciones y relatos, que le hicieron merecedor del premio Nobel de Literatura en 1946. Gran viajero, ejerció los trabajos más diversos antes de poder dedicarse a la literatura con libertad. La superación de las crisis personales es uno de los puntos focales en la obra de Hesse. En la década de los sesenta se convirtió en uno de los autores más leídos e influyentes para una generación de jóvenes que vieron en Siddartha, Viaje al Oriente o El lobo estepario una búsqueda de la iluminación y otros ideales de la contracultura hippie y del contacto con la naturaleza.

Si quieres conocer otros libros editados por

Círculo de Tiza

visítanos en

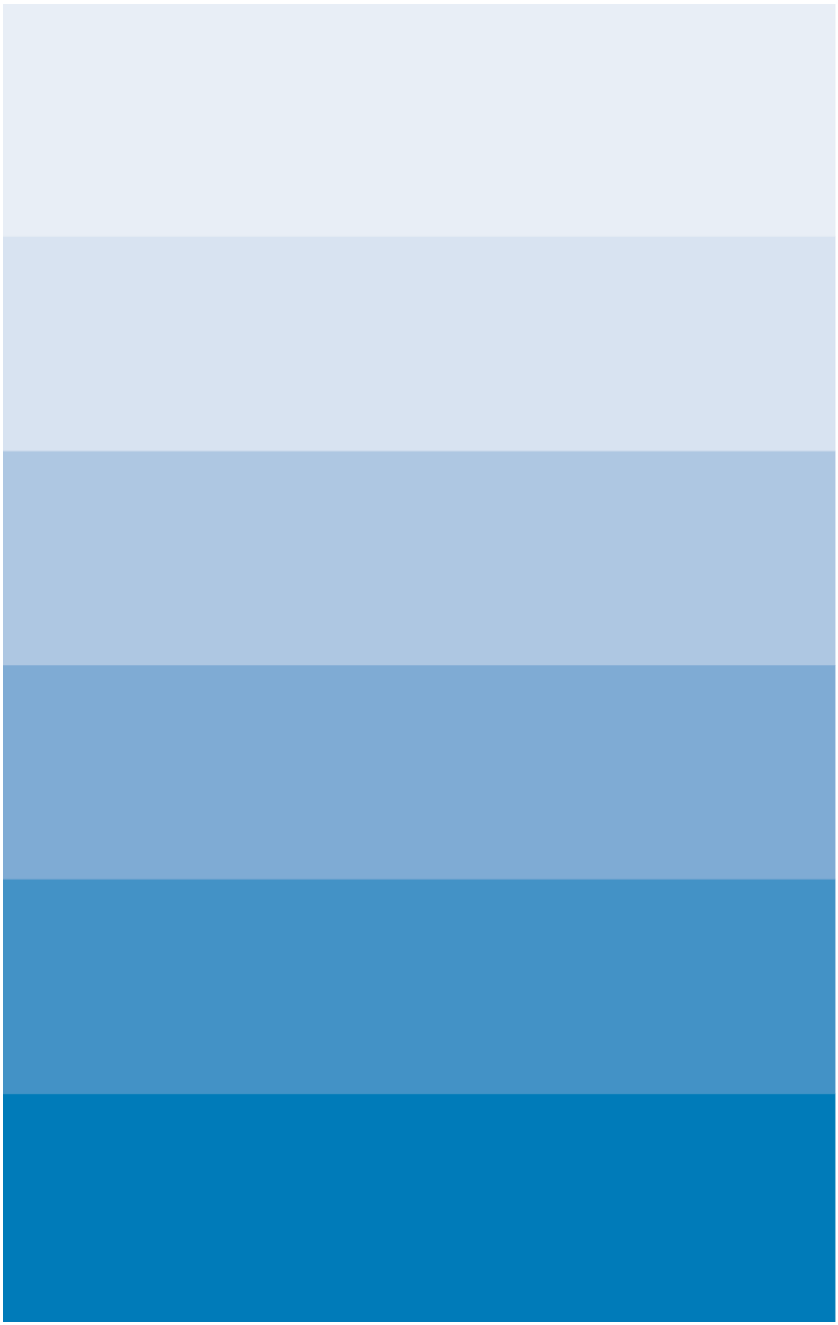
www.circulodetiza.com

y síguenos en

/circulodetiza

@CirculoDeTizaEs

@circulodetizaeditorial



Índice de contenido

Guarda primera

Jesús Terrés

Créditos

Nada Importa

Dedicatoria

Ilustración

Nota del autor

No te vendas

Prenderse

Cosas que no he hecho

Por qué seguir

Elogio del domingo tarde

Lo importante

Véndeme Madrid

Vivir con poco

La naranja entera

That’s life

Juega

El lujo que no interesa

Ser un hombre (en primavera)

¿Merece la pena?

Cosas que amar

No lo hagas

Viajar con perros (una carta de amor)

Amor

Cosas tristes

Cortito, mejor

Olores

Leer

En torno a una mesa

Por ahí no

Las series y el cine

Hilar fino

Quedarse o irse

Privilege and adventure

Esto era

La única manera

Veneno

Esta noche es San Juan

El río

El cosmonauta

Cuidar lo que no importa

El mundo sin ti

Mi padre

Abuelos

Dónde estás

La trampa de lo perfecto

La vida sencilla

Noches llenas de verano

La distancia

Una relación cerrada

Whisky

Ser mayor

Oda a lo inútil

Qué aprendimos aquel verano

Que me beses

Beber o no beber

Somos nuestras cosas

Todo lo que aprendí en un bar

Madurez

Muestra tu herida

También eres lo que no haces

Pues claro que lloramos

Nos quedan los libros

Brindo

Dramas

De ninguna manera

Siempre hay una pera

Noches llenas de verano

Por qué

Otoño

Despropósitos

Deberías

Donde siempre se vuelve

El cielo de Madrid

La identidad de Barcelona

¿Sanluqueño o Jerezano?

Recordando San Sebastián

Otros títulos

Colofón

Círculo de Tiza

Guarda final